**EL MUNDO DE LOS PTAVVS**
**Larry Niven**




LIBROdot.com
HTTP://WWW.LIBRODOT.COM

En tiempos remotos, se produjo un instante tan corto que nunca se le pudo medir con exactitud. Pareció como si en ese momento cada mente que había existido desde siempre o existiría en el universo lanzaba a gritos sus más profundas emociones.

Luego todo acabó. Las estrellas habían vuelto a cambiar.

Incluso para Kzanol, considerado como un buen astrogador, no le quedaba posibilidad alguna de discernir dónde se encontraba su nave ahora. A 0,93 luz, velocidad en la que el promedio de masa del universo llega a adquirir un tamaño tal que permite la entrada en el hiperespacio, las estrellas se volvieron irreconocibles. Delante de él las veía brillar en tonos azules claros. Al dejarlas atrás eran de un rojo pálido, como las llamaradas de un carbón medio apagado. Por los lados se las veía como comprimidas y planas, convertidas en lentes diminutas. Kzanol se dio un respiro, hasta que el cerebro de la nave hizo un ruido sordo. Fue a echar un vistazo.

La pantalla del cerebro decía: «Reestimación de la duración del viaje a Thrintun: 1,72 días».

Decidió que no era alentador. Debía estar mucho más próximo a Thrintun, pero la suerte —más que la habilidad— decide cuándo una nave hiperespacial debe llegar a la base. El principio de incertidumbre es la ley del hiperespacio. No había que impacientarse, pues pasarían varias horas hasta que el aparato de fusión volviera a cargar la batería.

Kzanol giró su silla para poder ver el mapa de estrellas en la pared posterior. El alfiler de zafiro clavado en él centelleaba y relucía en la cabina. Por un momento quedó inmerso en su resplandor, un resplandor de una riqueza sin límites; luego se levantó y comenzó a teclear en el tablero del cerebro.

¡Por supuesto, había razones para estar impaciente! Incluso entonces, cualquiera que tuviera un mapa como el suyo, con un alfiler allí donde Kzanol había insertado su marcador de zafiro, tendría sus pretensiones. El control de todo un mundo esclavo, con derecho a poseerlo mientras durase la vida de Kzanol…, pero sólo si era el primero en llegar a Thrintun.

Escribió: «¿Cuánto tiempo se necesita para volver a cargar la batería?»

El tablero del cerebro emitió un sonido casi al momento, pero Kzanol nunca iba a conocer la respuesta. De repente, una luz cegadora brilló a través de la ventana posterior. La silla de Kzanol se convirtió en sofá, comenzando a sonar una suave nota musical, y la presión aumentó, haciéndose cada vez más insoportable. No se suponía que la nave utilizara una presión tan elevada en una aceleración. Duró unos cinco segundos; luego… Se oyó un sonido como si se cerraran dos puertas a la vez, y la nave estuviera entre ellas.

La presión cesó. Kzanol se puso en pie y miró por la ventana posterior a la nube incandescente que había sido su aparato de fusión. Una máquina no tiene una mente en la que se pueda leer; por ello nunca se sabe cuándo te puede traicionar.

El tablero del cerebro sonó.

Leyó: «Tiempo necesario para volver a cargar la batería», seguido de una espiral… el signo del infinito.

Con la cara apoyada sobre el cristal de diamante, Kzanol miró cómo la planta de potencia se consumía ardiente entre las estrellas. Seguramente, el cerebro se había desprendido de ella al detectar que se había vuelto peligrosa; por eso había sido llevada a un par de kilómetros de la nave, porque los aparatos de fusión a veces explotan. Justo antes de que desapareciera de su vista, la luz volvió a brillar, convertida ahora en algo resplandeciente similar a un sol.

Volvió a sonar el cerebro. Kzanol leyó: «Reestimación de la duración del viaje a Thrintun», seguido de una espiral. La onda de choque de la explosión alcanzó la nave y sonó como una puerta cerrándose en la lejanía. Ahora ya no había prisa.

Durante cierto tiempo, Kzanol permaneció delante del mapa situado en la pared, mirando fijamente al alfiler de zafiro.

La diminuta estrella en la diminuta joya le lanzaba centelleos, habiéndole de dos mil millones de esclavos y un mundo completamente industrializado dispuesto a servirle; le hablaba de más riqueza y poder de los que incluso su abuelo, el gran Racarliw, había conocido; le hablaba de cientos de compañeros y decenas de miles de personas que le hubieran servido durante su larga y perezosa vida. Kzanol segregaba saliva, y las comisuras de sus labios se retorcían sin que él se diera cuenta. Inútiles lamentos llenaban su mente.

Su abuelo debería haber vendido la plantación cuando los esclavos tnuctipos de Plorn produjeron antigravedad. Plorn pudo y debió ser asesinado a tiempo. Kzanol debió haberse quedado en Thrintun, incluso a costa de ser un esclavo durante toda su vida. También debería haber comprado un aparato de fusión de repuesto en lugar de aquel traje y el sofá de lujo y el perfumador de la planta de aire y, con lo último que le quedaba, el alfiler de zafiro.

Hubo un día en el que se sentó sujetando un hilo de plástico azul verdoso, que le convertiría en un propietario de naves espaciales… o en un pobre sin trabajo. Figuras esqueléticas blancas inclinándose se habían presentado ante él, el animal más rápido en toda la galaxia; pero en cuanto a potencia, Kzanol era el más rápido del resto. Si hubiera tirado del hilo…

Durante algún tiempo su vida se vio reducida a la vasta plantación de árboles donde se había convertido en un adulto, Leños Cohete Kzathit, con su monopolio del combustible sólido sacado de los troncos, ahora perdido para siempre. Si estuviera allí ahora…

Pero Leños Cohete Kzathit era una base de aterrizaje desde hacía ya casi diez años.

Fue al armario y se puso el traje. Había dos trajes allí, incluyendo uno que compró de más por si el otro dejaba de funcionar. Estúpido. Si el traje hubiera fallado, de todos modos habría muerto.

Recorrió con sus dedos el botón de emergencia situado en el pecho. Pronto lo tendría que usar, pero aún no. Había otras cosas que hacer primero. Quería conseguir la mejor posibilidad de sobrevivir.

En el tablero del cerebro escribió: «Compute curso a cualquier planeta civilizado, duración mínima de viaje. Dé la duración del viaje».

El cerebro se movió alegremente. A veces Kzanol pensaba que únicamente estaba contento cuando trabajaba mucho. Solía hacerse preguntas sobre los pensamientos faltos de emoción de la máquina. Le preocupaba que no pudiera leer su mente. A veces le preocupaba su incapacidad para dar órdenes, a no ser a través del cerebro. Pensó que quizá era también un extranjero. Thrintun sólo había hecho contactos con la vida protoplásmica.

Mientras esperaba la respuesta, practicando intentó alcanzar el pulsador de salvamento situado en su espalda. No lo consiguió, pero ésta fue la última de sus preocupaciones. Al apretar el botón de emergencia, el campo del traje se pondría en marcha y el tiempo dejaría de entrar en él. Sólo el pulsador de salvamento le sacaría del campo. Había sido colocado de tal modo que sólo el eventual salvador de Kzanol —no él mismo— podría alcanzarlo.

De nuevo sonó la pantalla: «Sin solución».

¡Qué tontería! La batería tenía un gran potencial. Incluso después de un salto en el hiperespacio, aún le debía quedar suficiente energía como para llevar la nave a algún planeta civilizado. ¿Por qué el cerebro…?

Entonces lo comprendió. Probablemente la nave tenía potencia suficiente para llegar a diversos mundos, pero no para acoplarse a la velocidad de cualquier mundo conocido. Bueno, eso estaba bien. Dentro de su campo, Kzanol no tendría que preocuparse por la rudeza del golpe. Escribió: «No considere el descenso de velocidad a la llegada. Indique el curso a cualquier planeta civilizado. Reduzca al mínimo la duración del viaje».

La respuesta tardó unos segundos: «Duración del viaje a Awtprun, 72 años de Thrintun y 100,48 días».

Awtprun. Bueno, le daba igual el sitio donde aterrizara; podría volar a Thrintun tan pronto como alguien apagara su generador de campo. ¿Podría algún otro explorador anticiparse a él y encontrar Racarliwun en setenta y dos años? Mmm… probablemente. ¡Espíritu del poder!

Rápidamente escribió: «Cancele curso a Awtprun». Luego se recostó en su silla, pensando en sus pocas posibilidades de escapar.

Si cayera en Awtprun a más de 0,9 luz podría matar a un millón de personas; esto en el caso de que cayera en el océano. La onda de choque destruiría cualquier cosa que volara en aquel momento en un radio de miles de kilómetros y recorrería la tierra y las islas, destrozando edificios en la mitad del mundo. Por un hecho como ése, lo condenarían a morir después de un año de torturas. La tortura en manos de una sociedad telepática y muy científica es algo horrible. Los estudiantes de biología le vigilarían, garrapateando furiosamente, mientras los miembros del Consejo disciplinario recorrían cuidadosamente su sistema nervioso con estimuladores…

Poco a poco su situación se le hizo más clara. No le era posible aterrizar en un planeta civilizado, de acuerdo; pero tampoco podía aterrizar en un planeta de esclavos, pues probablemente destruiría unos cuantos palacios de los vigilantes y también mataría a billones de sirvientes, que suponían riqueza.

¿Podría quizá aspirar a cruzar el sistema, sólo esperando que la masa cada vez mayor de su nave fuera detectada por alguien? No se atrevió a hacerlo, ya que permanecer en el espacio era algo impensable. ¿Podría salir de la galaxia? Se vio a sí mismo perdido para siempre entre las islas del universo, la nave desintegrándose a su alrededor, el botón de salvamento reducido a una pequeña mancha por el polvo interestelar… ¡No!

Se restregó los ojos con sus manos en forma de zarcillo. ¿Podría aterrizar en una luna? Si golpeara una luna con suficiente fuerza se vería el resplandor…, pero el cerebro no era tan bueno como para llevarle a un satélite, estando a tal distancia. La órbita de una luna es una cosa que da vueltas, y él tenía que golpear la luna de un planeta civilizado. Awtprun era el más cercano, y se hallaba a mucha distancia.

Se dio cuenta que estaba agotando su último recurso. Se sentó un rato, sintiendo pena de sí mismo, y luego comenzó a recorrer la nave.

¡Por supuesto!

Permaneció quieto en medio de la cabina, pensando en su inspiración, tratando de encontrar la imperfección. No pudo encontrar ninguna. Rápidamente escribió en el cerebro: «Compute curso para planeta con alimento, reduciendo al mínimo la duración del viaje. La nave no necesita aminorar la velocidad en la llegada. Proporcione detalles».

Dejó caer sus zarcillos con languidez, relajado ahora. «Va a salir bien», pensaba, y sería así.

Para las formas de vida protoplásmica no hay muchos planetas habitables en la galaxia, pues la naturaleza pone un número poco razonable de condiciones. Para asegurar una composición correcta de la atmósfera, el planeta debe estar a la distancia exacta de un sol tipo G, debe ser del tamaño exacto y debe tener una luna de tamaño monstruoso en su cielo. La luna tiene como objetivo despojar al planeta de la mayor parte de la atmósfera, generalmente alrededor de un 99 por ciento. Sin su luna, un mundo habitable se convierte en un mundo imposible de habitar, ya que su aire adquiere una densidad muy alta y su temperatura es la de un horno caliente.

De los 219 mundos habitables descubiertos por Thrintun, 64 tenían vida; 17 tenían vida inteligente, 18 superinteligente. Los 155 mundos que quedaban improductivos no estarían listos para que Thrintun los ocupara hasta después de un largo proceso. Mientras tanto, tenían sus usos.

Se les podía sembrar con la levadura elaborada por los tnuctipos. Al cabo de algunos siglos las levaduras cambian, pero hasta entonces el mundo sería un planeta de alimentos, con todos sus océanos llenos del alimento más barato de la galaxia. Por supuesto, solamente un esclavo podría comer eso; pero había montones de esclavos.

Había planetas con alimento por toda la galaxia, para poder alimentar a los planetas de esclavos. El palacio de los vigilantes estaba siempre en la luna —¿quién querría vivir en un mundo de tierra improductiva y mares espumosos?, sin mencionar el peligro de que las bacterias contaminaran la levadura—; desde las lunas se vigilaba cuidadosamente los planetas de alimentos.

Después de que las levaduras sufren mutaciones —hasta el punto de que ya no son comestibles para los esclavos—, se puede llenar el mundo con rebaños de *carneblancas*, que se alimentan de levaduras. Estos carneblancas comen cualquier cosa, y de ellos se aprovecha la carne. La vigilancia continúa.

A su actual velocidad, Kzanol chocaría con el planeta con suficiente fuerza como para producir una ligera masa de gas incandescente. La roca, al explotar, lanzaría llamaradas al espacio, centelleantes e inconfundibles para el vigilante radicado en la luna. La luz rojiza del cráter duraría varios días.

Existía la posibilidad de que Kzanol quedara sepultado, pero no a mucha profundidad. El aire incandescente por el roce que precede a un meteorito normalmente le hace estallar en el aire, extendiéndolo sobre una amplia área. Kzanol, envuelto en su campo de estasis, saldría de su propio agujero (la nave) y no caería muy profundo en su segunda caída. El vigilante le podría encontrar en seguida con un instrumento que penetrara en la roca: un campo de estasis es el único reflector perfecto.

El cerebro terminó su planificación: «Planeta con alimento más próximo: F124. Estimación de la duración del viaje: 202 años 91,4 días».

Kzanol escribió: «Muestre el F124 y su sistema».

La pantalla mostró pequeñas manchas de luz. Uno por uno aparecieron en tamaño ampliado los principales planetas y sus sistemas lunares. El F124 era una bola cubierta de vapor, un típico planeta de alimento; incluso la rotación lunar era casi nula. El tamaño de la luna parecía excesivamente grande y también a una distancia excesiva. Un planeta exterior le hizo dar un grito de admiración. ¡Estaba anillado! Kzanol esperó mientras aparecieron los mundos principales. Cuando comenzaron a aparecer los asteroides según su tamaño, escribió: «Suficiente. Ponga curso a F124».

Sólo le faltaba el casco; ya estaba vestido para el largo sueño. A causa de una vibración en el metal producida por los motores, sintió cuando la nave aceleró. Cogió el casco y se lo colocó en el cuello, pero cambió de opinión y se lo quitó. Se acercó a la pared, arrancó el mapa de las estrellas y se lo metió, una vez enrollado, por el cuello

hasta la pechera del traje. Tenía el casco dispuesto para bajárselo, cuando comenzó a hacerse una serie de preguntas.

Quien le rescatara, seguramente le pediría una gran cantidad de dinero por su altruismo. Pero ¿y si la recompensa no le satisfacía? Si acaso pertenecía a su clase, le quitaría el mapa en cuanto lo viera; después de todo, no había ninguna ley contra esto. Kzanol decidió entonces memorizar el mapa.

Pero había una respuesta aún mejor. ¡Sí!

Fue corriendo al armario, sacó el traje de repuesto y metió el mapa en uno de los brazos. Estaba emocionado por su sagacidad; había espacio vacío suficiente en el traje, por lo que rápidamente recorrió la cabina recogiendo sus tesoros. Cargó el casco amplificador, símbolo universal de poder y realeza, el que había pertenecido a su abuelo; era un instrumento voluminoso pero ligero, que podía amplificar el poder natural de los thrintos —en cuanto a controlar de veinte a treinta mentes que no lo fueran— hasta incluso un planeta entero. El regalo de despedida de su hermano: un desintegrador con la empuñadura tallada a mano…; tuvo un pensamiento que le hizo dejarlo. Las estatuas de Ptul y Myxylomat —¡ojalá nunca las hubiera encontrado!—, pero tales hembras morirían antes de que él las volviera a ver, a menos que algún amigo las colocara en estasis para su retorno. Su reloj de diamantes con mecanismo criogénico, que siempre iba retrasado, aunque lo hiciera arreglar… No podía llevarlo al F124, pues era para grandes acontecimientos solamente. Envolvió cada cosa de valor en uno de sus mantos antes de guardarlos en el traje.

Aún quedaba sitio.

Malhumorado, llamó al pequeño esclavo y le hizo meterse en el traje. Luego cerró el casco y pulsó el botón de emergencia. El traje parecía ahora un espejo mágico. Conservaba todos sus pliegues, pero se puso más rígido que el diamante. Lo apoyó en una esquina, le pasó la mano por la cabeza y allí lo dejó.

«Cancele el curso actual a F124», escribió. «Compute y siga el curso más rápido a F124 utilizando la mitad de la potencia restante, completando todas las maniobras necesarias mañana».

Al día siguiente Kzanol sufría ligeros síntomas por la falta de gnal. Hizo todo lo que pudo para mantenerse ocupado y no pensar en cuánto deseaba un gnal.

De hecho, acababa de finalizar un experimento. Había desactivado el campo en el segundo traje, colocado el desintegrador en el guante y puesto en marcha de nuevo el campo. El campo de estasis había seguido su superficie de metal: el instrumento perforador penetró en el estasis con el traje. Apagó entonces el campo y retiró el arma, conectándolo de nuevo.

Luego detuvo la marcha de la nave. Con un sentimiento de alivio Kzanol se acercó al tablero y escribió: «Compute el vuelo más rápido al octavo planeta del sistema F124. Espere medio día, luego siga el curso». Se puso el traje, cogió el desintegrador y un tramo de alambre, dirigiéndose a la portilla y al espacio. Utilizó el alambre para detener su caída hasta que permaneció inerte con respecto a la nave.

¿Alguna última idea?

Había hecho todo lo que sabía. Descendería hacia F124. La nave alcanzaría el octavo planeta, sin vigilancia y sin habitar, algunos años antes de que Kzanol chocara contra el tercero. Haría un bonito cráter, fácil de encontrar. No es que él lo necesitara, de todas formas.

Había un riesgo, pensó: podía estropearse el mando de salvamento al entrar a la atmósfera, por el calor. Si tal cosa sucediera se despertaría bajo tierra, pues el campo no

muere al instante; pero en ese caso, podría salir a la superficie utilizando el desintegrador.

Kzanol adelantó un dedo delgado y torpe hacia el botón de emergencia. ¿Algún último pensamiento?

Lo buscó, pero ya no había más. Soltó el cable.

Y pulsó el botón de emergencia.

Larry Greenberg salió del campo de contacto y se detuvo. Sus pisadas hacían eco en el gran tanque del delfín. No había efectos de desorientación esta vez, ni tenía problemas con la respiración ni el deseo urgente de mover sus aletas —que no existían— y una cola imaginaria. Todo ello era bastante lógico, pues el mensaje había ido en el otro sentido.

El delfín, cuyo nombre era Charley, yacía en el fondo del tanque. Se había retirado de su casco de contacto, especialmente diseñado para él. Larry rodeó el tanque hasta llegar a donde Charley le pudiera ver a través de la cristalera, pero los ojos de Charley no estaban fijos en ninguna cosa en especial. El delfín se hallaba completamente crispado. Larry le miró con preocupación, pues los dos biólogos marinos se habían acercado a su lado y le miraban también preocupados. De pronto Charley dejó de moverse nerviosamente y salió a la superficie.

—Ha sido difícil —dijo Charley con su mejor acento, tipo Pato Donald.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con ansiedad uno de los biólogos—. Hemos mantenido el campo a la potencia más baja.

—Por supuesto, estoy bien, pero ha sido difícil. Siento como si tuviera brazos y piernas y una larga nariz que cae sobre mis dientes en lugar de un agujero en la cabeza —fuera cual fuera su acento, no había nada equívoco en su vocabulario—. Y además tengo estas horribles ganas de hacer el amor con la mujer de Larry.

—Yo también —dijo el doctor Bill Slater, casi sin respirar.

Larry se rió.

—Pez lujurioso, ¡no te atreverás!, o te robaré tus hembras.

—¿Negociamos las mujeres?

Charley zumbó como un MG, luego aleteó salvajemente por el tanque. Es la forma de reírse de un delfín. Terminó su risa saliendo en picado hacia la superficie de la piscina y aterrizando sobre su panza en el borde, fuera del agua.

—¿Ha mejorado mi acento?

Larry decidió que no valía la pena perder el tiempo quitándose el agua. Se había empapado hasta la piel.

—Pensándolo bien, sí, ha mejorado mucho.

Charley comenzó a hablar en la lengua de los delfines, que viene a estar situada en una escala inferior a la humana, continuando su conversación con una serie de ruidos, silbidos y otros sonidos más estrepitosos.

—¿Cuándo es nuestra próxima sesión?

Larry se preocupaba de secarse la cabeza en esos momentos.

—No lo sé exactamente, Charley. Probablemente dentro de unas semanas. Me han pedido que acepte otra designación. Tienes tiempo para hablar con tus colegas y comunicarles todo lo que has aprendido sobre nosotros al leer mi mente.

—¿Estás seguro que quieres que haga eso? Seriamente, Larry, hay algo que quiero discutir contigo.

—Bien, suéltalo.

Charley, deliberadamente, habló con mucha rapidez. Nadie excepto Larry Greenberg podía seguir el coro de sonidos emitidos por él.

—¿Qué posibilidades hay de que un delfín suba a un Lazy Eight III?

—Veamos. ¿A Jinx? El océano de Jinx tiene más espuma que éste.

—De acuerdo, entonces a algún otro mundo.

—¿Por qué está interesado un delfín en viajes espaciales?

—¿Y por qué tú, un humano? No, no es una pregunta honorable. Creo que la verdad es que me estás contagiando las ansias de viajar, Larry.

Una ligera sonrisa cruzó la cara de Larry. Encontró difícil el contestar.

—Es una enfermedad contagiosa y difícil de quitársela de encima.

—Sí.

—Lo pensaré, Charley. Eventualmente tendrías que contactar a la ONU para ello, pero antes dame tiempo. Tendríamos que transportar un montón de agua, tú lo sabes. Mucho más pesada que el aire.

—Eso había oído.

—Dame algún tiempo, pues tendré que estudiarlo con detenimiento. Ahora tengo que irme.

—Pero…

—Lo siento, Charley, son las obligaciones. El doctor Jansky me lo ha puesto como la oportunidad de la década. Ahora lo veremos.

—Tirano —silbó Charley, lo que no era fácil.

Se volvió sobre sus espaldas y los tres hombres, durante unos minutos, acariciaron su estómago.

Luego Larry se fue. Por unos momentos se preguntó si Charley habría tenido problemas asimilando sus memorias, pero no había peligro, pues utilizaron una baja potencia de contacto. Charley podría olvidar toda la experiencia si quisiera. Incluyendo la conquista del espacio.

Lo que sería una vergüenza.

Esa noche él y Judy fueron a cenar con el doctor Dorcas Jansky y su señora. El doctor era un enorme berlinés occidental, de barba rubia y con una personalidad extravagante y extrovertida, cosa que siempre le había hecho sentirse a Larry ligeramente a disgusto. Era así; pero sabiéndolo, uno se daba cuenta que Larry poseía una psique bastante similar, aunque su cuerpo era mucho más pequeño. En ese sentido diferían. La señora Jansky era más o menos como Judy y casi igual de bonita. Era del tipo tranquilo, al menos cuando se hablaba inglés.

La conversación se desarrolló de forma muy ardiente durante la cena. Como Larry dijera más tarde:

—Es estupendo reunirse con alguien a quien le gusta discutir las mismas cosas que a ti.

Compararon el crecimiento de Los Angeles con los rascacielos de Berlín Occidental.

—La imperiosa necesidad de alcanzar las estrellas —dijo Jansky.

—Estando rodeados por Alemania del Este —mencionó Larry—, el único sitio para extenderse es hacia arriba.

Derrocharon tiempo decidiendo cuál de las once formas del comunismo se acercaba más al marxismo, y finalmente decidieron esperar y ver qué gobierno se apagaba más rápidamente. Hablaron sobre la procedencia del humo de Los Angeles, ahora que no había plantas industriales ni vehículos que marchaban con gasolina. Principalmente de las cocinas, pensó Judy. Pitillos, dijo Jansky, y Larry sugirió que los acondicionadores de aire electrostáticos podrían concentrar impurezas en el aire exterior. Charlaron sobre delfines. Jansky puso en duda la inteligencia de los delfines sólo por el mero hecho de

que nunca habían construido algo. Larry, tocado en su punto flaco, se levantó e hizo un recuento apasionante de su vida.

En los cafés, trataron el asunto que les había llevado allí.

—Usted no es la primera persona en haber leído la mente de los delfines, Mr. Greenberg —Jansky sustentaba un enorme puro como si fuera el indicador de un tablero de profesor—. Y no creo equivocarme al pensar que los contactos con delfines sean solamente una práctica.

—Así es —asintió Larry—. Judy y yo estuvimos intentando obtener un puesto en el Lazy Eight III con rumbo a Jinx. Sé por los tests estándar que tengo cierta aptitud telepática, y cuando nos enteramos de la existencia del bandersnatchi yo supe que ése era nuestro lugar. No hay nadie que esté aprendiendo la lengua bandersnatchi en ningún lugar, y no hay contactos con Jinx. Por ello me ofrecí voluntario para el trabajo de los delfines y Judy comenzó a estudiar lingüística, y nos presentamos para el viaje como un equipo de marido y mujer. Pensé que nuestras tallas serían las apropiadas. El trabajo de los delfines suponía solamente una práctica para contactar un bandersnatchi —suspiró—. Pero esta estúpida guerra económica con el Cinturón está posponiendo el avance espacial. Los muy imbéciles.

Judy se inclinó hacia él y le cogió la mano.

—Iremos allí —le prometió.

—Puede ser que no necesiten hacerlo —dijo el doctor, adornando sus palabras con gestos de su cigarro—. Si la montaña no viene a Mahoma… —hizo una pausa expectante.

—¿No querrá decir que tiene un bandersnatchi aquí? —gritó Judy asombrada—. Los bandersnatchi pesan treinta toneladas.

—¿Soy acaso un mago? No un bandersnatchi, pero sí otra cosa. ¿Le había dicho que soy físico?

—No.

Larry se preguntaba porqué un físico tendría que buscar a un hombre capaz de ponerse en contacto con las mentes de otros.

—Sí, soy doctor en física. Mis colegas y yo hemos estado trabajando durante doce años en un campo del tiempo. Sabíamos que era posible, conocemos bien las matemáticas, pero las técnicas de ingeniería fueron muy difíciles. Nos llevó años.

—Pero ¿lo consiguieron?

—Sí. Desarrollamos un campo con una duración de seis horas de tiempo exterior, normal, equivalente a un segundo de tiempo dentro del campo. La proporción entre el tiempo exterior y el tiempo interior se desarrolla en amplios saltos cuantitativos. La proporción de veintiún mil a uno es todo lo que hemos conseguido y no sabemos dónde se encuentra el próximo cuanto.

Judy habló de repente.

—Entonces construyan dos máquinas, y pongan una dentro de la otra.

El físico se rió estrepitosamente; parecía que toda la habitación se agitaba.

—Perdóneme —terminó al acabar su risa—, pero es muy extraño que haya hecho esa sugerencia tan pronto. Por supuesto, fue una de las primeras cosas que intentamos.

Los pensamientos de Judy eran bastante negros. A su vez, Larry se retorcía las manos nerviosamente. Jansky no se apercibió de esto.

—El hecho es que un campo de tiempo no puede existir dentro de otro. Lo he estudiado matemáticamente y lo he comprobado.

—Qué desastre —dijo Larry.

—Quizá no, Mr. Greenberg. ¿Ha oído usted hablar de la Estatua del Mar?

Larry intentó acordarse, pero fue Judy quien habló.

—Yo sí, la revista *Lifetimes* trajo un artículo sobre ello. Es una que encontraron en la plataforma continental brasileña.

—Así es —recordó Larry en voz alta—. Los delfines la encontraron y la vendieron a las Naciones Unidas para algún laboratorio oceanógrafico. Algunos antropólogos creyeron haber encontrado la Atlántida —recordó los dibujos y fotografías de esa figura deforme de un metro veinte de altura, con los brazos y las piernas esculpidos de un modo extraño, con joroba y un globo sin rasgos distintivos como cabeza, toda su superficie pulida como un espejo—. Parecía una interpretación antigua de un duende.

—Sí, así es. La tengo aquí.

—¿Aquí?

—Aquí. El Centro de Exhibición de Culturas Comparativas de las Naciones Unidas nos la prestó una vez que les explicamos para qué la queríamos —aplastó el resto de su cigarrillo reduciéndolo a nada—. Como sabrá, ningún sociólogo ha podido hasta ahora asociar esta estatua a ninguna cultura conocida. Pero yo, un doctor en física, he resuelto el misterio. Al menos, así lo creo.

»Mañana les mostraré por qué creo que esta estatua es un extranjero que ha estado en un campo de tiempo. Puede que se pregunte qué es lo que yo quiero que usted haga. Bien, quiero que usted y la estatua permanezcan dentro del mismo campo de tiempo, el que hemos fabricado; esto cancelará el campo de nuestro visitante y así usted podrá leer su mente.

Caminaron hasta la esquina a las diez de la mañana siguiente. Judy permaneció quieta mientras Larry apretaba el botón de llamada y esperaban a que llegara un móvil. A los dos minutos, una nave amarilla y negra se detuvo en la esquina.

Larry estaba entrando cuando se dio cuenta que Judy le sujetaba por el brazo.

—¿Qué sucede? —le preguntó, volviéndose.

—Tengo miedo —le dijo, y así lo parecía—. ¿Estás seguro de que todo estará bien? Después de todo, no sabes nada acerca de él.

—¿De quién? ¿De Jansky? Mira…

—De la estatua.

—¡Ah! —lo consideró durante unos momentos—. Mira, pongamos en claro un par de puntos, ¿de acuerdo? —ella dijo que sí con la cabeza—. Uno: el aparato de contacto no es peligroso; lo he utilizado durante años. Todo lo que obtengo son los recuerdos de otra persona y un poco de lo que ella piensa. Incluso así, son recuerdos muy profundos, y tengo que pensar concentradamente para recordar algo que no me ha pasado a mí personalmente. Dos: mi entrenamiento con los delfines me ha dado cierta experiencia con mentes no humanas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero siempre después de una sesión con Charley quieres llevar a la práctica una serie de bromas, como Charley. Acuérdate de cuando hipnotizaste a la señora Grafton y la hiciste…

—Diablos, siempre me han gustado las bromas. El tercer punto es que esta vez el campo no tiene ninguna importancia. Se trata de matar el campo alrededor de la estatua. No puedes olvidarlo. Cuarto: Jansky no quiere poner en peligro mi vida. Tú lo sabes, lo puedes ver. ¿Vale ahora?

—Todas esas inmersiones el verano pasado…

—¿Es ésa tu idea?

—¿Qué? Bien, supongo que así es —su mujer sonrió sin querer—. De acuerdo, pensaba que ibas a practicar con bandersnatchi, pero imagino que esta prueba es de más aliciente. Aun así, estoy preocupada. Y tú sabes que soy presciente.

—Bueno, vale. Te llamaré tan pronto como pueda.

Entró en el vehículo y le dio la dirección de la escuela de física de la UCLA.

—Mark estará de vuelta con el café en un minuto —le dijo Dorcas Jansky—. Déjeme enseñarle cómo funciona el campo de tiempo.

Estaban en una gran habitación cuyo techo tenía dos electrodos gigantes, que producían estampidos de luz artificial para impresionar a los grupos de estudiantes del colegio. Pero a Jansky no le interesaba el productor de luz.

—Tomamos prestada esta parte del edificio porque tenía una gran fuente de potencia —dijo— y era lo suficientemente grande para nuestros fines. ¿Ve esa construcción de alambre?

—Sí.

Se trataba de un cubo hecho de una malla de alambre fino, con una trampa en una esquina. El alambre cubría el techo y el suelo, así como los lados. Unos obreros muy ocupados estaban comprobando y disponiendo grandes complejos de maquinaria, que aún no estaban conectados a la caja de alambre.

—El campo sigue la superficie de este alambre. El alambre es la frontera entre el tiempo interior, lento, y el tiempo exterior, normal. Nos han sucedido algunas cosas graciosas al construirlo. Se las voy a contar —Jansky paseó sus dedos entre la barba, meditando sobre la gran labor que tenía delante—. Consideramos que el campo alrededor del extranjero debe ser en varios cuantos superior al nuestro. No se puede saber qué tanto tiempo ha estado ahí, excepto por el método que nosotros utilizaremos ahora.

—Bien, puede ser que él tampoco lo sepa.

—Sí, supongo que así es. Larry, usted estará en el campo durante seis horas de tiempo exterior, lo que será un segundo de su tiempo, adentro de la jaula. Entiendo que la transferencia de pensamiento es instantánea, ¿no?

—No instantánea, pero tarda menos de un segundo. Disponga todo, conecte la máquina de contacto antes de encerrarme en el campo y obtendré sus pensamientos tan pronto como vuelva a la vida. Hasta que lo haga, no obtendré nada.

Igual que con los delfines, se dijo Larry. Es justamente igual que contactar un **Tursiops trúncalas**. Bueno…, no estaba seguro. ERROR

Jansky le fue a decir a Mark dónde debía dejar el café. Larry agradeció la interrupción, pues de repente empezaba a preocuparle. No se sentía tan nervioso como la noche anterior a su primera sesión con un delfín, pero era suficiente. Recordaba que a veces su mujer sentía que su psique no estaba satisfecha. Bebió el café con fruición.

—En fin —murmuró Jansky, después de haberse bebido la taza en unos cuantos tragos—. Larry, ¿cuándo sospechó por primera vez que era telepático?

—En el colegio —le dijo Larry—. Iba yo a la universidad de Washburn, en Kansas, y un día un señor importante que nos visitó le hizo a todo el colegio una prueba de poderes psíquicos. Nos pasamos todo un día haciéndola. Telepatía, ésper, PK, presciencia, incluso una prueba de teleportación que nadie pasó. Judy consiguió muchos puntos en presciencia, aunque irregular; yo superé a todos en telepatía. Así fue como nos encontramos. Cuando descubrimos que ambos queríamos…

—¡Supongo que no es la razón por la cual se casaron!

—Por supuesto que no. Y tan seguro como que el infierno existe que no es la razón por la que no nos hayamos divorciado —Larry soltó un poco de su furia, pero al poco pareció recogerse en sí mismo—. La telepatía ayuda a los matrimonios, ¿lo sabía?

—Nunca lo hubiera pensado —sonrió Jansky.

—Yo pude haber sido un buen psicólogo —dijo Larry, sin pesar—, pero ya es un poco tarde para empezar. Ahora espero que envíen el Lazy Eight III —dijo entre dientes—. No pueden abandonar las colonias; no pueden hacer eso.

Jansky volvió a llenar las tazas. Los obreros transportaban algo con ruedas a través de la inmensa puerta, algo cubierto con una sábana. Larry los miró a la vez que se bebía el café. Empezaba a sentirse completamente relajado. Jansky vació su segunda taza tan rápido como lo hizo con la primera. O es un entusiasta del café o lo odia, decidió Larry.

De repente, Jansky le preguntó:

—¿Le gustan los delfines?

—Por supuesto, mucho.

—¿Por qué?

—Son tan… graciosos —fue la poco adecuada respuesta de Larry.

—¿Está contento con su profesión?

—Mucho. Le habría sorprendido a mi padre, pues él creía que iba a ser un prestamista. Verá, nací… —su voz se apagó—. ¡Eh! ¿Es eso la estatua?

—¿Cómo? —Jansky miró hacia donde Larry estaba mirando—. Sí, ésa es la Estatua del Mar. ¿Nos acercamos a verla?

—Vamos.

Los tres hombres que transportaban la estatua siguieron trabajando. La condujeron dentro de la estructura cúbica de malla de alambre y la colocaron bajo uno de los cascos de hierro cristalizado de la máquina de contacto. Tuvieron que estabilizar sus pies con cuñas de madera. El otro casco, que sería el de Larry, estaba fijo en el extremo de un diván de analista. Terminada la faena, los obreros salieron de la caja y Larry se quedó mirando la estatua.

Su superficie era un espejo sin romper, perfecto. Un espejo desvencijado. Hacía difícil la visión de la estatua, pues todo lo que se podía ver era un reflejo distorsionado de otras partes de la habitación.

La estatua no tenía más de metro veinte de altura. Parecía un duende sin rostro. La joroba triangular de su espalda era más estilizada que real, y su aspecto, excepto su cabeza globular, era algo fantástico. Sus piernas eran raras y dobladas y sus talones estaban demasiado apartados de los tobillos. Podía haber sido el intento de moldear un gnomo, a no ser por sus extrañas piernas y pies y su superficie, y los brazos delgados y cortos con unas manos como las de Mickey Mouse.

—Veo que está armada —fue el primer comentario de Larry, y no muy de su agrado—. Y parece estar encogida.

—¿Encogida? Mírala más despacio —le dijo Jansky—. Y mírale los pies.

Otra mirada más detenida resultó aún peor. Su postura encogida era amenazante, depredadora, como si el supuesto extranjero fuera a cargar contra un enemigo o un animal. Su pistola, de dos cañones y sin mango, estaba lista para matar. Pero…

—Aún no veo dónde quiere llegar, pero me doy cuenta de que sus pies no están en la posición correcta, no se apoyan bien en el suelo.

—¡Eso es! —exclamó Jansky con entusiasmo—. Fue la primera cosa que pensé cuando vi la fotografía de la estatua en el observatorio de Griffith Park. Imaginé que esa cosa no había sido construida para estar en pie. ¿Por qué? Luego lo comprendí: cuando se encerró en el campo, él estaba en vuelo libre.

—¡Qué!

Asombrosamente, era obvio. La estatua tenía la postura de un hombre sin peso en el espacio, a medias entre la extensión completa y la posición fetal. ¡Sí, así era!

—Esto ocurrió cuando los arqueólogos aún se preguntaban cómo el artista habría terminado el cristal. Algunos de ellos ya pensaban que la estatua la habían dejado

visitantes del espacio, pero yo acababa de completar mi campo del tiempo y supuse que estaba en el espacio y que algo había ido mal. Se habrá colocado a sí mismo en tiempo lento esperando que le rescataran, pero este rescate nunca llegó. Por ello fui a Brasilia y persuadí a la UNCCE para que me dejaran comprobar mi teoría. Apunté un láser a un dedo…

—¿Y qué pasó?

—Que el rayo láser no pudo siquiera marcar la superficie. Entonces se convencieron, ¡y me la traje! —exclamó con alegría.

La apariencia de la estatua era formidable: armada, encogida, dispuesta a volar. En cierto modo le daba pena. Larry preguntó:

—¿Lo puede sacar de ahí?

Jansky movió su cabeza con violencia.

—No. ¿Ve esa pequeña protuberancia en su espalda?

Larry siguió el dedo del físico y la vio, justo debajo del ápice de su joroba triangular. Era más oscura que la perfecta superficie del espejo que la rodeaba, y ligeramente roja.

—Sale afuera del campo sólo un poco, solamente unas pocas moléculas. Creo que es la llave para hacer desaparecer el campo. Debe haberse destruido cuando nuestro amigo atravesó el espacio, o se ha descompuesto mientras estuvo en el fondo del océano. De ahí que ahora no se pueda hacer funcionar. Pobre individuo —añadió, pesaroso.

—Bueno, creo que ya han terminado —dijo Larry.

Volvió a sentirse algo incómodo. Estaban listos; la maquinaria se hallaba colocada y dispuesta fuera de la caja. Los cuadrantes permanecían quietos en la máquina de contacto, de donde dos cables multicolores salían hasta los cascos. Dos hombres en traje de laboratorio permanecían quietos, sin trabajar, esperando.

Larry se dirigió con rapidez a la mesa, se llenó media taza de café y volvió.

—Yo estoy listo también.

Jansky sonrió.

—De acuerdo —dijo, y salió de la caja. Inmediatamente los dos hombres cerraron la trampa con un cierre tipo cremallera, de seis metros de longitud.

—Déme dos minutos para relajarme —pidió Larry.

—De acuerdo —contestó Jansky.

Larry se estiró en la cama, con la cabeza y los hombros dentro de la cubierta de metal que era su casco de contacto, y cerró los ojos. ¿Se estaría preguntando Jansky por qué quería un tiempo extra? Que piense lo que le parezca. El contacto funcionaba mejor cuando estaba relajado.

Dos minutos y un segundo a partir de ahora, ¿qué pensamientos recordaría?

Judy Greenberg acabó de programar el apartamento y salió. Larry no estaría de vuelta hasta bastante tarde por la noche, si lo hacía. Diversas personas le estarían haciendo continuas preguntas, queriendo saber cómo había contactado. Ella podía hacer muchas cosas mientras tanto.

El tráfico era horrible. En Los Ángeles, como en cualquier otra ciudad, cada taxi tenía asignada una determinada altitud. Despegan en picado y aterrizan de igual modo, y el coordinador se preocupa de que dos taxis no tengan el mismo destino. Pero aquí los niveles de taxis no debían ser superiores a tres metros. En los tres años que llevaba viviendo aquí aún no se había acostumbrado a ver cómo otro taxi pasaba casi rozando por encima de su cabeza. El tráfico era más rápido en Kansas, pero al menos mantenían la distancia.

El taxi la dejó al borde de una zona de peatones. Habría muchas historias que contar sobre el tráfico de vehículos. Comenzó a caminar en un distrito de compras.

Judy apreció que se hubiera puesto en marcha el proyecto de limpiar la ciudad de anuncios. Las paredes se veían ahora blancas donde durante siglos la suciedad las cubriera. Judy vio con asombro que solamente habían limpiado las esquinas de los edificios.

—Debí haberle dicho: «¿Qué quieres decir con experiencia en leer mentes de extranjeros? Desde que nacimos, los delfines siempre han sido considerados como humanos». Esto es lo que le debía haber dicho —se dijo Judy a sí misma. Comenzó a reírse en voz baja. Esto le hubiera impresionado, seguro que sí.

Iba a entrar en un almacén de pieles para mujeres cuando algo sucedió. En el fondo de su mente algo apareció despacio, luego desapareció. Involuntariamente, Judy dejó de caminar. El tráfico alrededor de ella parecía moverse a una velocidad endiablada. Los peatones se desplazaban a velocidades suicidas por las aceras.

Sabía que algo le iba a suceder, pero no se había imaginado que se iba a sentir así, como si algo saliera violentamente de ella.

Judy entró en la tienda y comenzó a buscar regalos. Estaba decidida a no dejarse llevar por esa impresión. En seis horas Larry estaría de vuelta.

—Zwei minuten —murmuró el doctor Jansky, e hizo la conexión.

Un cierto quejido salió de la máquina, alcanzando cada vez mayor amplitud, subiendo y bajando, hasta que Jansky parpadeó a disgusto. Luego, de repente, se cortó el quejido. La caja era un espejo irrompible.

El mecanismo del tiempo estaba dentro. Cortaría la corriente en un segundo.

—Son las trece horas veinte minutos —dijo Jansky—. Sugiero que volvamos a las diecinueve horas —y salió de la habitación sin mirar atrás.

Kzanol soltó el alambre y apretó el botón de su pecho. El campo tardaría un momento en formarse, el universo de pronto estaba cargado de haces de luz.

La gravedad le asió. Si hubo otros cambios en su universo personal, Kzanol no los apreció. De todo lo que él se dio cuenta era del suelo situado debajo de él, y de un bloque de algo debajo de cada uno de sus talones, y de que su propio peso le impulsaba hacia abajo. No tenía tiempo para tensar sus piernas o alcanzar el equilibrio. Se quejó, y estiró sus brazos para aliviar su caída.

Jansky fue el último en llegar. Apareció poco antes de las diecinueve con un barrilete de cerveza en un carro; alguien lo cogió y lo puso sobre una mesa. Su imagen osciló al reflejarse en el cubo; la pared de alambre no era tan lisa.

Otra persona se hallaba en el edificio, un hombre regordete de unos cuarenta años con un corte de pelo mohicano, rubio. Una vez que Jansky se desprendió del barril, se le acercó para presentarse.

—Soy el doctor Dale Snyder, psicólogo experimental del señor Greenberg. Quiero hablar con él cuando salga y asegurarme de que está bien.

Jansky le dio un apretón de manos y ofreció a Snyder un vaso de cerveza. Como Snyder insistía en saber más, le dedicó un poco de tiempo explicándole lo que esperaba conseguir.

A las diecinueve horas veinte minutos la caja conservaba su solidez.

—Puede haber un poco de retraso —le dijo Jansky—. El campo necesita algunos minutos para desaparecer, a veces más.

A las diecinueve horas, treinta minutos:

—Espero que el extranjero y su campo no hayan reforzado el mío —dijo en voz baja en alemán.

A las diecinueve horas, cincuenta minutos, la cerveza ya casi se había terminado. Dale Snyder hacía ruidos extraños y uno de los técnicos le incitaba a callarse. Jansky —que no era buen diplomático— estaba sentado mirando fijamente el cubo plateado. A intervalos se acordaba de la cerveza y la bebía de su vaso de papel. Su mirada no era nada reconfortante.

A las veinte horas el cubo comenzó a emitir luces y se hizo transparente. Había alegría cuando Jansky y Snyder se acercaron con prisa. Una vez cerca, Jansky se dio cuenta de que la estatua se había caído de frente, y ya no estaba bajo el casco de contacto.

Snyder frunció el entrecejo. Jansky había sido claro describiéndole el experimento. De repente, el psicólogo se preguntó: ¿Guardaría aquella esfera realmente el cerebro del extranjero? Si no fuera así, el experimento sería un fracaso. Incluso los delfines eran engañosos en ese sentido. El cerebro no se encontraba en la frente, sino detrás del agujero por el que respiraba; la frente era un arma, un vigoroso espolón.

Larry Greenberg se había incorporado. Incluso desde lejos tenía mal aspecto. Sus ojos eran como transparentes, no fijaban imagen. No hizo intención de levantarse. «Tiene el aspecto de un loco», pensó Dorcas Jansky, rogando que Snyder no lo pensara también. Pero Snyder estaba realmente preocupado.

Larry se ponía en pie con un movimiento bastante peculiar. Tropezaba, volvía a encontrar el equilibrio, a medida que se acercaba a la pared de alambre. Era como si anduviera sobre hileras de huevos, intentando no romperlos. Se detuvo y se agachó de forma extraña —doblando sus rodillas y no su espalda— y recogió algo que había al lado de la estatua caída. Cuando Jansky llegó a la alambrada, Larry se volvió con la cosa en sus manos.

Jansky gritó. ¡Estaba ciego! No tenía piel en la cara. Puso sus brazos sobre la cara, sientiendo el mismo tormento en sus brazos, y comenzó a correr, dejando agonía a su paso. Corrió hasta que chocó contra la pared.

Un momento antes, se hallaba dormida. Ahora estaba completamente despierta, sentada en la cama buscando con los ojos algo, no sabía qué. Intentó buscar el interruptor, pero no estaba en su sitio, incluso no podía encontrar el panel de la cama. Entonces se dio cuenta que estaba en el lado de Larry. Encontró el panel en el lado derecho y encendió la lámpara.

¿Dónde estaría? Se había acostado a las diecisiete horas. Larry debía estar aún en el UCLA. Algo había ido mal, lo podía sentir.

¿Fue sólo una pesadilla?

Si había sido una pesadilla, no podía recordar ningún detalle. Pero su mal humor la obsesionaba. Intentó volverse a dormir y no pudo. La habitación le resultaba extraña y horrible. Las sombras estaban llenas de monstruos que se movían invisibles.

Kzanol se quejó y extendió ambos brazos para detener su caída.

Se volvía loco. Las impresiones llegaban a él a través de sus sentidos y le arrollaban. Con la desesperación de un hombre que se está ahogando al respirar agua, intentó liberarse de ellas antes de que le mataran.

Con gran esfuerzo pudo excluir la mayor parte de la mente de Greenberg de su consciente, pero el vértigo no cesó. Ahora sentía su cuerpo raro, caliente y deformado. Intentó abrir su ojo, pero los músculos no le trabajaban. Entonces se debió golpear la combinación del lado derecho y su ojo se abrió. Por dos veces. Gimió y lo cerró; luego lo intentó de nuevo. Abrió su ojo dos veces en dos impulsos distintos, pero los mantuvo abiertos, pues estaba mirando su cuerpo. Su cuerpo era el de Larry Greenberg.

Lo primero y más monstruoso eran las memorias de un sujeto no familiar para él, el de la raza esclava llamado Larry Greenberg. Tenían más poder que cualquiera de las que habían alcanzado el sentido del poder. Si Kzanol no se hubiera dedicado muchos años a controlar formas de vida extranjeras, acostubrándose así al uso de pensamientos extraños, su personalidad habría desaparecido.

Ya se había preocupado bastante. El choque con el planeta no le había matado.

Gingerly Kzanol comenzó a probar la mente de Greenberg. Debía tener cuidado y obtener información poco a poco, o sería absorbido. Esto era muy distinto al uso normal del poder; era casi como practicar con un casco amplificador. Obtuvo lo suficiente como para convencerse de que había sido teleportado o telepatiado, o algo similar, al cuerpo de un esclavo extranjero.

Se sentó despacio y con cuidado, utilizando los reflejos de Greenberg en lo que podía, pues no estaba acostumbrado a utilizar músculos extraños a él. La doble visión tendía a confundirle, pero pudo ver que se encontraba encerrado en cierto tipo de malla de metal. Fuera…

Kzanol se llevó el peor choque de todos y de nuevo se volvió medio loco.

Fuera de donde se encontraba, había esclavos del mismo tipo extraño de Greenberg. De hecho, dos de ellos se acercaban hacia él. Per no se había dado cuenta de ello, y aún no podía.

¡No tenía poder!

Un thrinto no nace con el poder. Generalmente necesita muchísimos años para desarrollar el sentido del poder y necesita aun otro año más para mandar de forma coherente sobre los esclavos. Si un thrinto llega a la edad adulta sin el poder, se le llama ptavv. Se le tatúa para siempre de color rosado y se le vende como esclavo, a menos que su familia le mate en secreto, muy en secreto. No había mayor deshonra para una familia de buena posición que producir un ptavv.

Un thrinto adulto que pierde el poder, si no se convierte en un thrinto catatónico puede suicidarse, o puede dedicarse a matar o asesinar a cualquier esclavo o thrinto que se cruce en su camino; puede incluso olvidar que una vez tuvo el poder. La pérdida del poder es peor que volverse ciego o sordo, y más humillante que la castración. Un hombre que perdiera su inteligencia, pero conservara la memoria de lo que ha perdido, se podría sentir como Kzanol se sentía ahora. El poder es lo que separa a los thrintos de los animales.

Casi sin esperanzas, Kzanol miró fijamente a los extranjeros que se le acercaban y les ordenó que se DETUVIERAN. El sentido no funcionaba, pero quizá… Los esclavos seguían avanzando.

¡Le estaban mirando! Sin esperanzas, pensó el modo de hacer que dejasen de mirarle. Eran espectadores de su vergüenza, aquellos enanos de piel blanca que ahora le consideraban como un igual. Vio entonces el desintegrador abandonado cerca del brazo del cuerpo de Kzanol.

Se enderezó y, cuando intentó caminar, casi se cayó de bruces. Intentó volver a su anterior posición y parecía como un novicio aterrorizado intentando moverse en gravedad baja. El esclavo más próximo había llegado a la caja. Kzanol dobló sus extrañas rodillas hasta que pudo coger el desintegrador. Utilizó ambas manos, pues sus nuevos dedos parecían frágiles y delicados, como sin fuerza. Con un rugido —como si algo se le hubiera atascado en la garganta— disparó el instrumento hacia los esclavos. Cuando todos intentaban refugiarse sobre el suelo o contra las paredes, cogió carrerilla y se lanzó, golpeándose contra el alambre. Se alejó entonces hacia atrás y desintegró un agujero para él, y luego se escapó por la puerta del pabellón. Tuvo que dejar que Greenberg abriera la puerta por él.

Durante mucho tiempo su único pensamiento fue correr.

Abajo se veían luces verdes espaciadas sobre la extensión del terreno situada entre dos ciudades. Había que volar muy alto para ver dos ciudades a la vez. Entre ciudades, la mayoría de los coches vuelan a esta altitud, especialmente si el conductor es un tipo prudente. Las luces eran estaciones de servicio. Normalmente un coche no necesitaba ir a la estación de servicio más que dos veces al año, pero era agradable saber que tenías ayuda en pleno campo. La soledad puede volver loco a un hombre de la ciudad, y la mayoría de ellos lo eran.

También era agradable saber que podías aterrizar sobre una luz verde sin encontrarte sobre la copa de un árbol o casi sobre un precipicio.

Kzanol se alejó de las ciudades y evitó también las luces verdes. No podía hacer frente a un esclavo en su actual estado. Cuando dejó a los físicos se había ido directamente a los niveles de aparcamiento, donde había encontrado un Volkswagen y lo había cogido. Luego tuvo que resolver el problema del destino. Realmente no quería ir a ningún lado. Cuando alcanzó altitud, tomó dirección a Nueva York, sabiendo que podía cambiar el rumbo hacia California antes de llegar allí. En lo sucesivo dejó que el coche condujera él solo, excepto cuando tenía que girar alrededor de una ciudad.

Condujo durante bastante tiempo. La campiña verde parecía más una serie de islas en medio del mar de ciudades que viceversa. Pasó el tiempo y de nuevo volvió a ver istmos de ciudades, líneas de edificios a un kilómetro, siguiendo viejas carreteras. Los cruzó a toda velocidad y continuó.

Al cabo de una hora tuvo que hacer descender el coche. El viaje había durado mucho. Solamente su deseo loco de huir le mantuvo en marcha, y estaba comenzando a darse cuenta de que no tenía dónde ir. Sintió dolores y sufrimientos que le torturaban, aunque Greenberg los hubiera ignorado, pues ya estaba acostumbrado a ellos. Sentía calambres en sus dedos, que estaban inflamados, y parecían más delicados que nunca. No se equivocó en esto. La memoria de Greenberg le había dicho por qué el dedo meñique de su mano izquierda le dolía constantemente —un accidente de béisbol que se había curado mal—, pero a Greenberg no le importó este pequeño desastre. Kzanol tenía miedo de utilizar sus manos. Sentía también otros dolores. Sus músculos sufrían calambres, doloridos por estar sentado en la misma posición durante cinco horas. Su pierna derecha era una constante agonía, pues había tenido que estar presionando constantemente el acelerador durante las maniobras. Le picaba todo el cuerpo, en cada punto donde la ropa le rozaba.

Hizo descender el coche en medio de un raquítico bosque de Arizona. Salió deprisa y se quitó las ropas. Se sentía mucho mejor. Las tiró en el asiento de la parte derecha, pues quizá las podría necesitar en otro momento; volvió y conectó la calefacción. Le picaba el roce del asiento, pero podía soportarlo.

Dejó que los reflejos de Greenberg condujeran el coche, y en el proceso se fue acostumbrando a la presencia de Greenberg en su mente. Podía hacer aparecer su memoria sin grandes problemas y sin temor; pero no se había acostumbrado al cuerpo extraño que ahora llevaba, y no tenía la más ligera intención de aceptar la pérdida del poder. Kzanol quería su cuerpo.

Sabía dónde estaba; lo había visto al coger el desintegrador. Las memorias de Greenberg estaban llenas de detalles para él; obviamente, soltó el desintegrador cuando había alzado sus brazos para protegerse de la caída. Se quedaría con este cuerpo hasta que encontrase el modo de obtener el suyo.

Para ello necesitaría encontrar algún modo de controlar a las personas que hacían funcionar la máquina de contacto. Necesitaría mucha ayuda tecnológica para hacer salir

del estasis el cuerpo de Kzanol —había visto, igual que Greenberg, la mancha oxidada en su espalda—; para conseguir toda esta ayuda necesitaba el poder. ¿Cómo? Su cerebro humano no poseía poder.

Había una posibilidad. Los humanos hacían viajes espaciales, recordó Kzanol/Greenberg. Viajes espaciales muy limitados. Las naves necesitaban décadas para cruzar mundos sin habitar e incluso días para cruzar los planetas del sistema solar, pero al menos eran viajes espaciales. Si pudiera encontrar el sistema F124, y si estuviera lo suficientemente cerca como para llegar hasta él, conseguiría el casco amplificador.

Además, Greenberg tenía una telepatía rudimentaria. El casco podría estimular su talento subdesarrollado, convirtiéndolo en el poder de un thrintun.

¿Dónde se encontraría ahora? Había errado el F124, decidió Kzanol, y al azar había entrado en colisión con el planeta Tierra. ¿Dónde y cuándo había aterrizado? ¿Podría llegar al planeta perdido con la duración de vida que tenía Greenberg?

El cuerpo de Greenberg quería cenar —eran la una horas, veinte minutos—, beber agua y fumar un pitillo. Kzanol no tenía problemas a la hora de pasarse sin comer ni beber, pues un thrinto se mataría a sí mismo si comía lo suficiente como para satisfacer su hambre y rompería su saco de reservas si bebía hasta que ya no tuviera sed. La batalla en busca de alimentos había sido muy dura entre sus antepasados. Pero tenía pitillos. Fumó y le gustó, aunque tuvo que luchar para no mascar el filtro.

¿Dónde se encontraría? Dejó que la memoria de Larry saliera a la superficie. Colegio superior. Clase de historia. La carrera del espacio. Bases en la Luna. Bases en Marte. El Cinturón. Colonización del Cinturón. La economía tras el Cinturón. Confinamiento en asteroides. Exceso de población en la Tierra. Fertilidad. Leyes. Consejo de Fertilidad. Sublevación del superhombre. Sanción contra el Cinturón durante un argumento sobre el uso de las lunas jovianas. Había cantidades de material extraño que salía, pero Kzanol estaba haciéndose una buena idea del sistema solar. Se hallaba en el tercer planeta y era binario. Había tenido mucha suerte en llegar a él.

El envío de la fuerza ONU a Mercurio. Fallo de la sanción económica. Límites de autonomía del Cinturón. Bienestar industrial. ¿Por qué se había tratado tan mal al Cinturón? Explotación de los anillos de Saturno en busca de agua. ¡Anillos de Saturno! ¡Anillos!

—¡Vaya! —Kzanol tiró el cigarrillo y empezó a tocarse la boca con sus dedos quemados.

El F124. Entonces es el F124. No parece el F124. Comenzó a temblar y conectó la calefacción.

A la una y treinta minutos Judy se levantó y salió. El sentimiento de pesadilla se le había hecho insoportable estando sola en la oscuridad, y además Larry no había llamado.

Un coche descendió en la esquina en contestación a su llamada. No sabía la dirección del Nivel Físico de la UCLA, pero había un teléfono en el móvil. Le informaron de la dirección en la central de destinos de taxis.

El coche chirrió y se puso en marcha. Judy se dejó caer en el asiento. Estaba cansada, pero aun así no podía dormir.

El enorme pilar que era la UCLA resplandecía, pero eran luces de noche para protegerle de incursiones aéreas. A la mitad de altura resplandecía tres veces más que en el resto. Judy se preguntaba en qué nivel sería antes de que el coche descendiera.

Al aproximarse al balcón de aterrizaje se dio cuenta de otros detalles: aquel vehículo grande y cuadrado era una ambulancia de las que tenían gran capacidad. Aquellos coches pequeños eran de la policía. Había pequeñas figuras que se movían en derredor.

Automáticamente, Kzanol encendió su último pitillo. Notaba que tenía ásperas la garganta y la boca. ¿Era eso normal? Recordó que no lo era, a menos que hubiera fumado demasiado.

*…Y luego venía la época de la maduración. De repente, todo el mundo tendría prisa. Su padre y su abuelo volverían a casa muy tarde y agotados, y los esclavos nunca descansaban. Durante todo el día y toda la noche se oía el ruido que hacían los árboles al caer, y el rugido de la factoría donde se cortaban.*

*Cuando aún no tenía edad para ayudar, se sentaba debajo de los girasoles y vigilaba los árboles que iban a la factoría. Eran como todos los árboles, rígidos, con una gigantesca flor verde en su extremo y el tronco azul oscuro que terminaba en una raíz en punta. En la factoría se les despojaba de la flor, la corteza y la raíz. Salían los troncos resplandecientes al sol, quedándoles solamente el corazón para combustible de los cohetes y la piel de hierro cristalizado por debajo de la corteza. Luego los troncos se enviaban a todos los mundos civilizados próximos, en naves que transportaban troncos de árboles.*

Pero primero tenía lugar la prueba. Se seleccionaba un tronco al azar y se ajustaba dentro del bloque de prueba. Su abuelo y su padre estarían al lado, mirando como obsesionados. Vigilarían completamente concentrados, midiendo cómo se quemaba el tronco, dispuestos a desechar toda una cosecha ante el menor síntoma de falta de combustión. Kzanol solía intentar imitar sus expresiones. Los pequeños técnicos tnuctipos daban vueltas alrededor, colocando instrumentos como si fueran personalidades importantes y tuvieran prisa. Eran demasiado pequeños para ser animales inteligentes, pero lo eran. Sus ciencias biológicas habían conseguido mutaciones de árboles. Crearon también los girasoles que custodiaban la casa: troncos de cuatro metros, cada uno con un espejo plateado flexible que enfocaba la luz solar sobre el nudo fotosintético verde, o utilizaban este foco ante un ataque enemigo. Los tnuctipos habían construido gigantescos animales, que se alimentaban de levadura, animales que servían de comida para la familia de Kzanol y para los tnuctipos, que eran carnívoros. Tenían más libertad que cualquier otra raza esclava porque habían demostrado la riqueza de su cerebro librepensante.

*Un tnuctipo sacaría un tronco. La llama se elevaría sobre el valle, blanca azulada y recta, oscureciéndose al final y convirtiéndose en un humo rojo, mientras los instrumentos medían el empuje preciso del tronco, y el abuelo sonreía entonces con satisfacción. La llama agitaba el mundo entero con su sonido, y por ello el pequeño Kzanol solía temer que el empuje aumentara el efecto del planeta…*

Kzanol/Greenberg fue a apagar las cenizas de su último cigarrillo y vio el segundo quemándose aún en el cenicero, habiendo fumado de él solamente dos tercios. ¡No le había pasado esto desde que estaba en la escuela superior! Dijo una maldición en thrinto y casi se ahoga; su garganta no estaba hecha para hablar en largos párrafos.

Tampoco estaba ganando nada con estos recuerdos.

Fuera cual fuese el sistema donde se encontraba, tenía que llegar a una base espacial. Necesitaba el amplificador. Más tarde podría dedicarse a pensar por qué había extranjeros en el F124 y por qué creían que estaban allí desde tiempos remotos.

Puso en marcha el motor y se dirigió a Topeka, Kansas. En cualquier caso, se vería obligado a robar una nave. Tendría que ser una nave armada, puesto que esta región del espacio no tenía leyes por definición, ni había thrintos; y había una base espacial militar cerca de Topeka…

Espera un momento, pensó. Este sistema no puede ser el F124; hay demasiados planetas. El F124 solamente tiene ocho, y aquí hay nueve.

Ahora comenzó a darse cuenta de otra discrepancia. El cinturón de asteroides del F124 había sido mucho más denso, y la luna había tenido una ligera rotación, recordó. ¡No estaba en el sistema que creía!

—Ha sido una coincidencia, ¡y qué coincidencia! —sonrió Kzanol.

El planeta habitable, el planeta con anillo, los tamaños en orden de los mundos… Habrá que pensarlo, era el único thrinto que había encontrado dos planetas esclavos. ¡Sería el ser más rico de la galaxia! Ya no le preocupaba no encontrar el mapa, pero por supuesto aún necesitaba el amplificador.

Judy sintió que estaba a punto de estallar de los nervios.

—¿No pueden hablar nada? —preguntó, sabiendo que estaba siendo poco razonable.

La paciencia de Lloyd Masney, jefe de policía de Los Angeles, se iba debilitando por momentos.

—Señora Greenberg —le dijo con un poco de rudeza—. Usted sabe que al doctor Jansky le están cambiando los ojos y la cara en estos momentos, y también la piel de su espalda, que ha desaparecido dejando ver casi la médula espinal. Los demás están más o menos igual. El doctor Snyder no ha sufrido heridas en los ojos, pero le están parchando las zonas de la cabeza que no pudo cubrirse, las palmas de las manos y alguna piel de su espalda. Knudsen tiene al aire la médula espinal y algunas costillas.

»El doctor no deja despertar a ninguno, ni siquiera bajo prioridad policial. Al único que le permitió responder es al señor Trimonti; se le han hecho preguntas mientras el doctor le reemplazaba el cráneo y el cuero cabelludo de su nuca. Tiene un gran shock y está bajo anestesia local, por lo que ya no debe molestársele. Podrá oír la entrevista que le hemos hecho cuando la tengamos. Mientras tanto, ¿puedo ofrecerle una taza de café?

—Sí, gracias —dijo Judy.

Pensó que le daba la posibilidad de considerar todo aquello seriamente y se lo agradeció. Cuando regresó con el café lo bebió rápidamente, estudiando, aunque no lo pareciese, al jefe de policía. Era un hombre corpulento que caminaba como si tuviera problemas con sus pies. Sus manos y sus píes eran demasiado pequeños en relación con el resto de su cuerpo. Su pelo era blanco y fuerte, y su complexión como misteriosa. Su bigote era también blanco. Parecía tan impaciente como ella. Aún no le había visto sentado normalmente; en aquellos momentos sus piernas se enrollaban sobre un brazo de la silla mientras apoyaba sus hombros sobre el otro.

—¿Tienen alguna idea de dónde puede encontrarse ahora? —preguntó Judy, sin poder contenerse.

—Por supuesto —le contestó Masney de repente—. Está justamente cruzando la frontera entre Kansas y Colorado, a una altitud de tres mil metros. Creo que no sabe cómo librarse de su transmisor, aunque quizá es que no le preocupa.

—Quizá no le gusten las ciudades —dijo el hombre de edad que estaba en la esquina.

Judy había pensado que estaba dormido. Se lo presentaron como Lucas Garner, dirigente de la ONU. Judy esperó que continuase, pero no lo hizo. Masney lo explicó.

—Verá, no nos habíamos dado cuenta de que todos nuestros radiofaros están en las ciudades. Suponemos que si tiene los conocimientos suficientes como para evitar las ciudades, que es lo que ha estado haciendo, podría librarse del transmisor de su vehículo, de modo que ya no nos sería posible seguirle. Luke, ¿has encontrado alguna razón por la que puedan no gustarle las ciudades?

Luke asintió. Judy pensó que parecía el hombre más anciano del mundo. Su cara tenía tantas arrugas como la de Satán. Estaba sentado en su silla, dando una gran sensación de poder.

—He estado esperando algo parecido durante años —dijo—. Lloyd, ¿te acuerdas cuando entraron en vigor las leyes sobre fertilidad? Te dije que muchos locos homicidas empezarían a matar a las personas solteras que habían obtenido permisos para tener niños, y así sucedió. Esto es como eso. Pensé que iba a ocurrir en Jinx, pero ha ocurrido aquí.

—Larry Greenberg piensa que es un extraterrestre.

Judy se quedó atónita.

—Pero si ha hecho eso antes —protestó.

—No —Garner cogió un cigarrillo encendido del brazo de su silla—. No lo ha hecho; ha trabajado con hombres y con delfines, pero ahora se encuentra dentro de algo que no puede dominar. Apuesto lo que sea, incluso doy mi silla de ruedas —Judy miró y no tenía ruedas— para demostrar que estoy en lo cierto.

—Señora Greenberg, ¿alguna vez le han pedido a su marido que leyera la mente de un telépata?

Sin hablar, Judy movió la cabeza negativamente.

—Véalo —le dijo Garner.

De nuevo pareció como si se fuera a dormir con un pitillo quemándose entre sus dedos. Sus manos eran enormes —se apreciaban sus músculos debajo de la piel— y sus hombros parecían los de un herrero. El contraste entre el gran torso de Garner y sus piernas delgadas, casi sin fuerza, le hacían parecer un mono calvo. Volvió a la vida envuelto en una nube de humo y siguió hablando.

—Los hombres de Lloyd llegaron aquí unos quince minutos después de que su esposo partiera. Trimonti llamó a la policía, pues ningún otro podía moverse; Lloyd llegó en diez minutos. Al ver las heridas debidas a los disparos de Greenberg, me llamó a Bruselas.

»Soy un dirigente de la policía tecnológica de las Naciones Unidas. Había una posibilidad de que el arma que hizo los disparos tuviera que ser suprimida. Por supuesto, había que investigar sobre ella, por ello mi interés al principio se centró en el arma. Supongo que ninguno de ustedes ha oído hablar de Buck Rogers, ¿no? Es una pena. Sólo quería decir que nada de nuestra actual tecnología nos podría conducir a un arma de ese tipo.

»No destruye la materia, lo que es tranquilizador. Pero el arma dispersa la materia. Los hombres de Lloyd encontraron restos de sangre, carne y huesos formando una película grasienta sobre toda la habitación. Partículas no solamente microscópicas, sino que no se podían ver.

»El testimonio de Trimonti es un galimatías. Obviamente, la Estatua del Mar dejó caer el arma y Greenberg la utilizó, pero ¿por qué?

Masney murmuró:

—Llega de una vez al centro de la cuestión, Luke.

—De acuerdo, ahí va: El casco de contacto es un aparato psiónico muy complicado. Una pregunta que los psicólogos se han hecho constantemente es la siguiente: ¿por qué los hombres que entran en contacto entre sí no se sienten muy confusos cuando comienzan a penetrarles memorias extrañas? Normalmente, la confusión les dura como mucho unos minutos, y luego cada cosa vuelve a su sitio. Dicen que es debido a que las memorias que penetran son débiles, pero esto es sólo la mitad de la respuesta. Puede incluso ser un resultado, no una causa.

»Imaginémoslo. Dos hombres sentados bajo cascos de hierro cristalizado, y cuando uno se levanta tiene dos memorias completas. ¿Cuál de ellas le pertenece?

»Bien, una de las memorias recuerda un cuerpo diferente de aquel en que ahora se encuentra. Más importante aún: una memoria recuerda que era un telépata, y la otra no.

Una de las memorias sabiendo de antemano que estaba sentado bajo un casco de contacto, y que saldría con dos memorias. Naturalmente, el hombre telépata se comportaría como si fuera la suya. Incluso con ocho o nueve memorias diferentes, el hombre telépata automáticamente utilizaría la suya propia.

»Supongamos ahora que la Estatua del Mar fuera un telépata. No digo una persona propensa a la telepatía como Larry Greenberg, sino un telépata poderoso, capaz de leer cualquier mente donde él quisiera. De repente, las apuestas fallan. Greenberg se despierta con dos memorias, y una de ellas recuerda haber leído cientos de otras mentes, o incluso miles. ¿Entiende a qué nos lleva?

—Sí, claro que sí. Yo le avisé que algo iba a ocurrir. ¿Qué podemos hacer?

—Si no pasa pronto sobre una ciudad, tendremos que interceptarle. Mejor esperemos a que Snyder salga de donde está el doctor.

Kzanol hizo descender el coche al cabo de media hora. Se había estado preguntando qué sería aquella arenilla que sentía en los ojos, y cuando sintió que iba a perder el conocimiento se asustó. Entonces las memorias de Greenberg le dijeron que estaba equivocado, que tenía sueño.

No se preocupó por ello. Kzanol se estaba acostumbrando a las humillaciones que le llegaban del cuerpo de Greenberg. Hizo descender el coche en un campo arado y se durmió.

Se despertó con la primera luz del día y se subió al coche al momento. Entonces, de forma increíble, comenzó a disfrutar. Pueblos y ciudades aparecían delante del coche —que iba a toda velocidad— y él las rodeaba con precaución; pero la campiña comenzó a atraer su atención. Los campos de granos y alfalfa le parecían extraños por su pequeñez y la forma en que estaban divididos. Había otra vegetación, y descendió más para examinar los árboles; árboles cuyas cabezas eran leñosas y verdes en vez de tener flores; árboles que a veces casi no salían del suelo, como si tuvieran miedo del cielo. Quizá los vientos eran peligrosos en este mundo. Casi ningún árbol estaba completamente recto. Eran raros, asimétricos y bellos, y la memoria de Greenberg no le pudo informar mucho sobre ellos, pues Greenberg era un hombre de ciudad. Se salió de su camino para contemplarlos. Bajó más para ver las casas, con sus techos en pico, encantado con su arquitectura, y se preguntaba cómo sería el clima en la Tierra. Greenberg le recordó un tornado de Kansas, impresionando a Kzanol.

Kzanol se sentía tan contento como un turista. Así era, a pesar de que estaba hambriento, tenía sed y necesitaba nicotina o gnal. Pero podía ignorar estos contratiempos menores. Era un thrinto; sabía que el gnal era venenoso, y Greenberg tenía la certeza de que podía dejar de fumar cuando quisiera. Kzanol así lo creyó, e ignoró que estaba hambriento. Decidió que normalmente confiaría en cualquier cosa que saliera de la mente de Greenberg.

Se quedó atónito ante el paisaje como cualquier turista ante algo nuevo y diferente.

Después de dos horas ya no disfrutaba tanto. El problema del espacio donde se encontraba comenzaba a preocuparle de nuevo, pero vio la solución inmediatamente. El sitio adonde debía ir era la biblioteca pública de Topeka. Si se había descubierto un sistema solar próximo casi idéntico a éste, lo encontraría allí. Los telescopios del Cinturón, sin el estorbo de la distorsión atmosférica, podían ver planetas que se movían alrededor de otros soles. Además, los robots interestelares habían estado buscando sistemas habitables por seres humanos durante casi un siglo. Si aún no habían descubierto el F124 se debería a que las naves no podrían recorrer grandes distancias y llegar hasta él, y en ese caso debía suicidarse.

Era abrumador cómo se parecían el sistema F124 y el sistema solar. Había el tercero, binario y habitable, los cuatro gigantes, el cinturón de asteroides —similar en posición, aunque no en densidad—, y se correspondían en tamaño y posición los primeros ocho planetas de ambos sistemas… Pero el sexto, en anillo, era demasiado para creerlo.

¡La pérdida del poder! Ante esta visión, Kzanol/Greenberg apretó los nudillos, bastante asustado. Era demasiado para creerlo. No lo podía creer.

De repente se sintió cansado. Thrintun estaba muy lejos, en una dirección desconocida. El casco amplificador y todo lo que él poseía probablemente eran igual de inalcanzables, en alguna dirección diferente. Había perdido su poder e incluso le habían robado el cuerpo mediante alguna extraña brujería. Pero lo peor de todo era que no sabía lo que debía hacer.

Una ciudad apareció en la distancia. Su coche se dirigía hacia allí. Estaba a punto de cambiar de dirección cuando se dio cuenta que era Topeka. Metió la cabeza entre sus brazos y deseó perder el conocimiento de nuevo. Había perdido la fortaleza.

Esto *tenía* que ser el F124.

Pero no podía serlo. En el sistema había un mundo de más, y no tenía suficientes asteroides.

Greenberg se acordó de que Plutón se suponía que era un polizón en el sistema solar. Había algo raro en su órbita y cierta discrepancia matemática en su tamaño. Quizá fue capturado por el Sol antes de que él se despertara. ¿En trescientos años? Era muy improbable.

Kzanol levantó la cabeza y su rostro ahora denotaba terror. Sabía perfectamente bien que trescientos años era su límite más bajo. El cerebro le había dado un viaje de trescientos años utilizando la mitad de la potencia de la nave.

Debió estar sepultado durante mucho más tiempo.

Supongamos que aceptaba Plutón. Pero ¿cómo explicarse esta raza esclava viviendo allí donde solamente debía haber levadura cubriendo océanos de un metro de profundidad, o como mucho aquellos animales tan grandes como brontosaurios, y dos veces más hermosos, paseándose por las orillas y alimentándose de espuma mutada?

No podía explicárselo, y lo apartó de su mente.

Pero desde luego, el cordón de asteroides era más delgado de lo que lo había sido. Era verdad, debía haberse empequeñecido en algún momento en el tiempo por la presión fotón y el viento solar transportando polvo y pequeñas partículas hacia el espacio y las colisiones con planetas mayores, lo que pudo desprender algunas rocas; e incluso algunos de los asteroides habrían desaparecido por la fricción con la atmósfera solar, que se extendía más allá de la Tierra. Pero todo esto no era cuestión de unos pocos cientos de años, sino de miles, o cientos de…

Lo sabía.

Ni cientos de años, ni cientos de miles de años. Había permanecido en la profundidad del mar mientras el sistema solar capturaba un nuevo planeta y perdía casi un tercio de su cinturón de asteroides, al mismo tiempo que los océanos de levaduras se mutaban y volvían a mutarse… Había estado en la profundidad del mar hasta que la levadura se convirtió primero en hierba y luego en peces y ahora caminaba sobre dos piernas como un thrinto.

Mil millones de años no eran suficientes; dos mil millones quizá.

Se apretó las rodillas con los brazos, como intentando enterrar su cabeza entre ellas. Un thrinto no podía haber hecho eso.

No era el mero paso del tiempo lo que le asustaba. Era la pérdida de todo lo que él conocía y amaba, incluso de su propia raza. No sólo Thrintun como mundo, sino

también su especie se debía haber perdido en el tiempo. Si hubiera habido thrintos en la galaxia, habrían colonizado la Tierra hacía muchos años.

Él era el último thrinto.

Levantó la cabeza con lentitud, permaneciendo quieto, sin expresión, mirando la ciudad que se extendía bajo sus pies.

De todos modos, podía comportarse como un thrinto.

El coche se detuvo. Debía estar en el centro de Topeka. ¿Cómo se iba a la base espacial? ¿Cómo entraría en ella? Greenberg, por desgracia, no tenía experiencia en el robo de naves espaciales. Bueno, primero hay que enterarse de dónde está, luego…

La nave comenzó a vibrar; podía sentirlo con aquellas ridiculas y delicadas yemas de los dedos. Apareció un ruido, demasiado alto, pero lo podía sentir penetrando en sus nervios. ¿Qué estaba pasando?

Se durmió. El coche se detuvo en suspensión durante un rato, luego comenzó a descender.

—Siempre me acomodan en la cola de la nave —se quejó Garner.

Lloyd Masney no se mostró muy simpático.

—Conténtate con que no te hayan puesto en el departamento de equipajes, al no querer dejar esa vara caliente fuera.

—Bueno, ¿y por qué no? Soy un lisiado.

—¿Qué pasa? ¿No funcionan bien los tratamientos de Chien?

—Bueno, sí, en cierto modo. Le están dando masajes a mi médula espinal, pero el tener que caminar diez vueltas alrededor de una habitación dos veces al día me mata. Hasta dentro de un año no podré pasear tranquilamente por la ciudad. Mientras tanto me lleva mi silla; no la quiero en el compartimento de equipajes. Estoy acostumbrado a ella.

—No será un año perdido —le dijo Masney—. ¿Qué edad tienes, Luke?

—Cumpliré ciento setenta en abril próximo; pero los años no se acortan, en contra de lo que piensa la gente, Lloyd. ¿Por qué me tienen que apilar en la cola? Me pone nervioso ver las alas enrojecidas —suspiró con desagrado.

Judy Greenberg volvía de la sala de descanso y se sentó al lado de Lloyd. Luke se encontraba en la nave lateral, en el espacio libre dejado por dos butacas retiradas antes de partir. Judy parecía completamente repuesta; miraba y se movía como si acabara de salir de un salón de belleza. Desde cierta distancia, su rostro parecía en calma; sin embargo, Garner podía percibir una ligera tensión en los músculos alrededor de sus ojos, en las mejillas y en el cuello. Garner era ya muy viejo; tenía su propio modo, no psíquico, de leer las mentes. Dijo, sin dirigirse a nadie:

—Aterrizaremos en media hora. Greenberg dormirá plácidamente hasta que lleguemos allí.

—Bueno —dijo Judy, y se reclinó, conectando la pantalla situada en el asiento delantero.

Kzanol sintió de nuevo una sensación molesta y se despertó. Era esencia de amoníaco en la nariz. Se despertó balbuceando y con un genio endiablado. Al primer esclavo que vio le ordenó que se matara de un modo horrible.

El esclavo le sonrió como si le estuvieran gastando una broma.

—Querido, ¿te encuentras bien? —su voz era tensa, y su sonrisa una mentira.

De pronto, todo volvió a su mente precipitadamente. Esa era Judy…

—Por supuestoque me encuentro bien, guapa. ¿Te importaría quedarte fuera mientras esta gente me hace algunas preguntas?

—De acuerdo, Larry —se levantó y salió de prisa. Kzanol esperó a que se cerrase la puerta antes de conectar con los otros.

—Tú —se encaró con el hombre de la silla, que parecía el jefe, ya que obviamente era el mayor—, ¿por qué le sugeriste a Judy que hiciera esto?

—Esperaba que así refrescaría tu memoria. ¿Ha sido así?

—Mi memoria es perfecta. Incluso recuerdo que Judy es una hembra sensible y que la idea de que yo no sea Larry Greenberg sería un gran shock para ella. Por eso le he dicho que saliera.

—Eso está bien.

—¿Vuestras hembras no son sensibles? —interrogó Larry.

—No. Debe ser extraño tener una compañera sensible —Kzanol profundizó momentáneamente en las memorias de Greenberg y sonrió; luego volvió al asunto que tenía entre manos—. ¿Cómo me hicisteis descender?

El más viejo se encogió de hombros.

—Bastante fácil. Te dormimos con ondas ultrasónicas y quitamos el autopiloto del coche. El único riesgo era que estuviera conectado el manual. A propósito: yo soy Garner, ése es Masney.

Kzanol escuchó la información sin ningún comentario. Vio que Masney era bajo pero fuerte, tan ancho que parecía más bajo de lo que era, y su cabello y manos eran de un blanco de muerte. Masney miraba pensativamente a Kzanol; era el tipo de mirada que un estudiante de biología lanzaría sobre el corazón de una oveja antes de comenzar a utilizar el escalpelo.

—Greenberg, ¿por qué lo hiciste? Jansky ha perdido ambos ojos y parte de su cara. Knud será un lisiado durante casi un año, pues cortaste su médula espinal con esto —y sacó el desintegrador de un cajón—. ¿Por qué? ¿Creíste que esto te haría el rey del mundo? Es estúpido, solamente es una pistola de mano.

—Ni tan siquiera es eso —dijo Kzanol. Le era fácil hablar en inglés; todo lo que tenía que hacer era relajarse—. Es una herramienta para cavar o cortar, como un instrumento afilado. Nada más.

Masney se le quedó mirando.

—Greenberg —dijo en un murmullo, como si tuviera miedo de la respuesta—, ¿quién te crees que eres?

Kzanol intentó decírselo, pero casi se ahoga haciéndolo. El hablar demasiado le atacaba las cuerdas vocales.

—No Greenberg, no un… esclavo, no humano.

—Entonces, ¿qué?

Kzanol sacudió la cabeza frotándose la garganta.

—De acuerdo. ¿Cómo funciona esta «herramienta inofensiva»?

—Se aprieta ese pequeño botón y los rayos comienzan a quitar superficies.

—No es eso lo que quiero decir.

—Pues suprime… la carga del electrón. Creo que es así. Entonces cualquier cosa que alcance el rayo comienza a desgajarse. Utilizamos unos grandes para esculpir montañas —su voz bajó de tono—. Lo hicimos.

Se sofocaba y tosió. Masney frunció el entrecejo. Garner le preguntó:

—¿Durante cuánto tiempo has estado debajo del agua?

—Creo que entre uno y dos mil millones de años. Sus años o los míos; no hay mucha diferencia.

—Entonces, probablemente su raza ha muerto.

—Sí —Kzanol miraba sus manos sin podérselo creer—. ¿Cómo, bajo qué poder penetré en este cuerpo? —dijo, ya recuperado—. Greenberg pensó que era solamente una máquina de telepatía.

Garner asintió.

—Así es, y has estado hablando desde ese cuerpo todo el tiempo. Las memorias del extranjero se han superpuesto en tu cerebro, Greenberg. Has estado haciendo lo mismo con los delfines durante años, pero nunca te había afectado de este modo. ¿Qué te sucede, Greenberg? Dínoslo.

El esclavo en la silla no hizo intención de matarse, por más que se lo ordenó.

—Tú —Kzanol/Greenberg hizo una pausa para traducir—, carneblanca decrépito y podrido con órganos sexuales defectuosos…, deja de decirme quién soy. Yo sé quién soy.

Miró sus manos. Se formó llanto en las esquinas de sus ojos y comenzó a correr por sus mejillas, pero su cara permaneció sin expersión, como la de un imbécil.

Garner pestañeó.

—Sólo crees que eres. ¿Cuál es su nombre, el terror extranjero del espacio exterior? Pues no. El terror extranjero está abajo, en el primer piso de este edificio, y no tiene ningún daño. Si conseguimos hacerle volver al tiempo normal, él será el primero en llamarte impostor. Más tarde bajarás conmigo y te lo mostraré.

»Además, parte de lo que dijiste es verdad, por supuesto: soy un hombre mayor. Pero ¿qué es un carneblanca? —preguntó.

Kzanol se había calmado.

—Traduje. El animal de que hablo es un animal artificial, creado por los tnuctipos como animal de carne. Es tan grande como un dinosaurio y tan blando y blanco como un shmoo. Podemos utilizar sus cuerpos, excepto el esqueleto, y comen alimento libre, que es casi tan barato como el aire. Su apariencia es la de una oruga alzando una hoja. La boca la tienen en la parte frontal del pie estomacal.

—¿Alimento libre?

Pero Kzanol/Greenberg ya no le escuchaba.

—Eso es extraño —comentó Masney—. Garner, ¿te acuerdas de las fotografías de los bandersnatchi que la segunda expedición a Jinx envió? Greenberg iba a leer una mente bandersnatchi algún día.

—¡Eh, claro que sí!

—Los bandersnatchi son estos animales —dijo Kzanol/Greenberg—. No tienen mente.

—Lo suponía, pero debes recordar que han tenido dos mil millones de años para desarrollar una.

—No les sirve de nada, no pueden imitarse. Fueron diseñados de ese modo. Este animal es una gran célula, con un cromosoma tan largo como su brazo y tan espeso como su dedo pequeño. La radiación nunca les afectaría, y lo único que sufriría algún daño sería el órgano central en embrión—. Kzanol/Greenberg estaba aturdido—. ¿Otra coincidencia? ¿Por qué alguien hubiera pensado que eran inteligentes?

—El informe indicaba que sus cerebros son enormes —dijo Garner—. Pesan tanto como un niño de tres años.

Kzanol/Greenberg se rió.

—También estaban diseñados para eso. El cerebro de este animal tiene un sabor maravilloso; por ello los ingenieros tnuctipos aumentaron su tamaño.

—Entonces, ¿tiene circunvoluciones, como el de los seres humanos?

—Así era. Como el de un ser humano, o de un tnuctipo o de un thrinto.

Kzanol/Greenberg se aplastó los nudillos, pero rápidamente separó las manos para no volverlo a hacer. El misterio de la inteligencia bandersnatchi le preocupaba, pero había aún otras cosas de que preocuparse. Por ejemplo, ¿por qué no había sido rescatado? Trescientos años después de que hubo apretado el botón, debía haber chocado con la Tierra con tanta furia como la ira destructora del que poseía el poder. Alguien en la luna tenía que haberle visto.

¿Estaría abandonado el puesto de observación lunar? ¿Por qué?

Garner penetró en sus pensamientos:

—Quizá algo superior a un rayo cósmico hizo las mutaciones. Algo del tipo de una descarga de pistola o una tormenta de meteoros.

Kzanol/Greenberg agitó la cabeza.

—¿Alguna otra evidencia más? —preguntó.

—Demonios, sí. Greenberg, ¿qué sabes sobre Jinx?

—Mucho —contestó Kzanol/Greenberg.

El conocimiento de Larry sobre Jinx había sido tan superficial como el de cualquier colonizador. Las memorias se acumularon, sin querer, ante el sonido de la palabra. Jinx…

Luna de Binario, tercer planeta de Sirio A. Binario era un gigante color naranja, mucho mayor que Júpiter y de temperatura más suave. Jinx era seis veces más grande que la Tierra, con una gravedad de 1,78 y un período de rotación de más de cuatro días. De todos los factores que caracterizaban a Jinx el más importante era la falta de materiales radioactivos. Jinx era completamente sólido a través de su litosfera rocosa, y su centro de ferroníquel tenía la mitad del diámetro del planeta.

Hacía mucho tiempo —incluso antes de que Kzanol viviera— Jinx había estado mucho más próximo a Binario. Tan próximo, que las mareas gravitatorias habían detenido su giro, dándole la forma de un huevo. Más tarde, estas mismas mareas le habían empujado hacia el exterior. Esto no era algo poco corriente, pero aunque la atmósfera y el océano habían asumido una forma esférica, el cuerpo de la luna continuó teniendo forma de huevo. Esto sí era raro.

Jinx era como un huevo de Pascua, con bandas de diferentes colores debido a las diversas presiones sobre su superficie. El océano era un amplio anillo de lo que debió ser agua salada, deslizándose a través de los polos de rotación. Las regiones a las que los colonizadores habían llamado los Extremos, indicadas por los puntos más próximo y más alejado de Binario, tenían una altura mayor que el océano: a unos mil kilómetros de la masa central de la luna. Sobresalían por encima de la atmósfera.

En las fotografías tomadas en la primera expedición, los Extremos aparecían de color blanquecino, con una tracería de filosas sombras negras. Yendo de los extremos hacia el centro del huevo, las sombras desaparecían por debajo de la atmósfera y aparecían nubes. Las nubes eran cada vez más espesas, con la superficie de tierra marrón grisácea viéndose cada vez menos, hasta que de repente estuvieron del todo ocultas. El océano permanece para siempre escondido bajo una banda de nubes aborregadas de miles de kilómetros de extensión. Al nivel del mar el aire es horriblemente denso, con una temperatura constante de 110º centígrados.

La colonia de Sirius Mater se encontraba en el continente del Este, a cuatro mil kilómetros del océano, un triángulo de tierra cultivada y un cúmulo de edificios construidos en la bifurcación de un río. Los primeros colonizadores habían elegido un sitio de elevada presión en la superficie, sabiendo que esa atmósfera tan densa les protegería de los cambios de temperatura durante los largos días y noches y de los azotes ultravioletas de Sirio A, azul blanquecino. Sirius Mater tenía ahora una población de casi doscientas personas de todas las edades.

—Está bien —dijo Garner—. Entonces no tendré que explicar nada. ¿Puedo usar el teléfono, Lloyd?

—Por supuesto —Lloyd tocó con el pulgar una de las paredes.

La pantalla del teléfono era muy grande: cubría la mitad de la pared. Luke hizo trece movimientos rápidos con el dedo índice. La pantalla se iluminó mostrando una joven delgada con pelo rubio y ondulado.

—Policía tecnológica, oficina de registros.

—Aquí Lucas Garner, a larga distancia. Aquí está mi identificación —situó frente a la cámara una tarjeta de plástico—. Quiero ver las secciones de bandersnatchi del informe Jinx de 2106.

—De acuerdo, señor —la joven se levantó y se alejó de la cámara.

Kzanol/Greenberg se inclinó hacia delante para poder ver. El último informe de Jinx había llegado hacía sólo dos meses, y la mayor parte del mismo aún no se había hecho público. Recordó haber visto restos de bandersnatchi, pero nada más. Ahora, con ojos deseosos de comparar, podría ver si el animal del que habían hablado anteriormente era realmente un bandersnatch.

No le debía importar. Debía haberse sentido como cuando la pildora para dormir ultrasónica de Masney dejó de influenciarle. Sin amigos, sin casa, sin cuerpo, perdidas todas las esperanzas. Pero la primera obligación de un prisionero es siempre escapar; mediante colaboración, engaño, muerte o asesinato, por cualquier medio. Si pudiera hacer creer a estos esclavos que iba a cooperar, que les le daría información libremente…

Lo tenía que saber. Más tarde decidiría por qué el asunto le parecía tan importante; ahora sólo sabía que en aquellos momentos lo era. La idea de que aquellos animales pudieran hoy ser inteligentes le golpeaba con la fuerza de un insulto. ¿Por qué? No importaba, pero… ¿era verdad?

La joven sonreía, ya de vuelta.

—Mister Garner, le pongo con el mayor Herkimer —tocó algo bajo el borde de su mesa.

La imagen desapareció y se volvió a formar, pero esta vez era confusa, con pequeñas manchas de luz de color. Un rayo máser había cruzado nueve años luz para traer esta imagen, y por ello estaba un poco alterada por el polvo y los campos, e incluso ondas de luz que la atravesaron.

El mayor Herkimer tenía el cabello castaño y una espesa barba, también castaña, sobre una mandíbula cuadrada. Su voz se oía con interferencias, pero pronunciaba claramente y con cuidado, con un ligero y desconocido acento.

—Como todo lo que no se había soldado se quitó del Lazy Eight II, y como la planta de fusión en el Lazy Eight I no sufrió daño alguno en su primer aterrizaje, y nos daría potencia para un siglo, y como no había mucho que hacer hasta la primavera, las autoridades votaron el utilizar el Lazy Eight II para explorar las regiones oceánicas de Jinx. En consecuencia, seis exploradores —Herkimer enumeró sus nombres— emprendieron viaje hacia el oeste. Una nave que volaba en círculos no era lo más adecuado, pero estaba más liviana que en el primer aterrizaje y tenía suficiente potencia como para permanecer en el aire para siempre o aterrizar en algún sitio donde hubiera terreno llano.

»Uno de los problemas era que la visibilidad cada vez era menor…

Garner murmuró:

—Su lenguaje ha cambiado bastante desde que se fue a Jinx.

—¿Lo has notado?

Kzanol/Greenberg se movió incómodo ante las interrupciones. Sólo esto ya le hubiera convertido en un extranjero: en 2106 o aprendes a no prestar atención a ruidos extraños, o te volverás loco.

—…no se podía ver. La luz de la conducción de fusión no nos mostró el terreno hasta que estuvimos a una distancia de sesenta metros. Aterrizamos sobre masa sólida cerca de la orilla y se pusieron en funcionamiento las cámaras: estábamos rodeados por estos seres.

El mayor Herkimer tenía un cierto sentido del drama. Cuando dejó de hablar, la escena pasó a una playa arenosa con pequeñas lomas. La arena en primer plano estaba ennegrecida por la fusión, y tomaba la forma de una pared curva. Más allá, el océano. No había olas en el océano. El agua parecía espesa como aceite. Espesa, grisácea y con vida.

Algo se movía, algo blanco. Algo parecido a una enorme babosa, pero de piel suave y melosa. De la parte frontal de la bestia asomaba un cuello de brontosaurio sin cabeza. En su base, el cuello era tan ancho como los hombros del animal. Se erigía en forma cónica. Su extremo final era fuerte y redondeado, sin formas, a no ser por dos mechones de cerdas.

La cámara siguió a la bestia a medida que se acercaba; se vio cómo se detenía en la arena chamuscada. Otras del mismo tipo aparecieron de entre la niebla. La cámara hizo un movimiento circular y en cada sitio había enormes masas —como ballenas blancas— nadando por la arena.

Sus extremidades se movían hacia adelante y hacia atrás. Las cerdas se movían sin que hiciera viento y sus bocas eran invisibles, porque estaban todas cerradas. Era algo anormal en aquellos animales —Kzanol siempre los había visto comiendo—, pero desde luego eran los carneblancas que les había descrito.

El mayor Herkimer habló:

—Estas fotografías se tomaron con luz natural, pero con bastante tiempo de exposición, lo que explica lo borroso de la imagen. Para nosotros era como si fuera de noche. Winston Doheney, nuestro biólogo, estudió durante unos momentos esos monstruos y los consideró *frumious bandersnatch*. El nombre de esta especie figura en nuestro libro.

»Harlow salió en traje espacial y cazó un bandersnatch para hacerle una disección, pero el resto huyó. Afortunadamente el traje resistió al calor y a la presión…

La película mostró la acción. Ráfagas de balas atravesando la parte frontal de un bandersnatch. El silencio de la muerte evidenciado solamente por una extremidad que caía. Sombras blanquecinas que parecían fantasmas entre la niebla. Herkimer continuó:

—Se mueven sobre un pie rizado que sale del estómago y, como pueden ver, son muy rápidos. Según Doheny, este animal es una enorme célula. Sus nervios son similares a los humanos en su estructura, pero no tienen cuerpo celular, ni núcleo, nada que les diferencie de otro protoplasma especializado. El cerebro es largo y estrecho, encerrado en una cámara ósea en el extremo que sobresale. Este cráneo es el final de una caja interna ósea flexible y muy fuerte. La boca que, según se ve en la película, se abre justo delante del pie estomacal, sólo les sirve para sacar levadura del océano…

La película mostraba detalles de la disección del bandersnatch. Los dos guardias que estaban en la puerta habían decidido no mirar, pero Masney y Garner seguían el filme con gran interés, pues las autopsias no eran nada nuevo para ellos. La bestia estaba tendida sobre un lado para mostrar el pie ventral, y sus mandíbulas estaban abiertas mediante una polea. Unas filminas mostraban secciones del tejido. Había un sistema circulatorio con seis corazones, pesando cada uno siete kilogramos. También había una serie de órganos extraños, que solamente Kzanol conocía. Éste miró con atención cómo

abrían la caja del cráneo, mostrando un cerebro largo y estrecho con muchas circunvoluciones. Su forma era familiar en los detalles, aunque él nunca había visto uno.

Seguidamente volvió a aparecer el mayor Herkimer:

—El océano es una masa espesa y uniforme de un tipo desconocido de levadura. Manadas de bandersnatchi se mueven a lo largo de la orilla, alimentándose continuamente. Siempre está oscuro aquí, y el oleaje no es fuerte debido a la levadura y la gravedad. Los bandersnatchi se mueven pensativos por su orilla como almas perdidas de montañas desaparecidas. Hubiésemos querido quedarnos allí, pero Doheny no había encontrado órganos sexuales y quería hacer alguna disección más. Por ello salimos del aparato en búsqueda de otro ejemplar, pero los bandersnatchi nunca se acercaron lo suficiente como para dispararles. Al principio habían sido curiosos y sin sentir miedo, pero ahora corrían todos a la vez en cuanto veían que se les aproximaba un cópter. Era imposible que todos a un tiempo se dieran cuenta de nuestra presencia, a menos que fueran telepáticos o tuvieran un lenguaje.

»Como mínimo, siempre había un bandersnatch a la vista de cada cópter, pero parecía que conocían el alcance de nuestras pistolas. Al tercer día de caza infructuosa, Doheny comenzó a impacientarse. Suponía que eran los cópters lo que asustaba a los bandersnatchi, y por ello aterrizó el suyo y se fue a cazarles a pie. En el momento en que el cópter estuvo fuera del campo de tiro de su pistola, un bandersnatch cargó contra el aparato y lo aplastó como un camión rodando sobre un pobre peatón. Doheny tuvo que volver a pie.

»A varios cientos de kilómetros al este de la orilla encontramos otras formas de vida nativa…

El mayor Herkimer desapareció en mitad de la frase. La voz de la rubia delgada llegó de la pantalla, ahora en blanco:

—Mister Garner, hay otra sección del informe con el título de «bandersnatchi». ¿La pongo?

—Sí, pero espere un minuto —Garner se volvió hacia Kzanol/Greenberg—. Greenberg, ¿eran esos animales los carneblancas?

—Sí.

—¿Son telepáticos?

—No, y nunca había oído que evitaran encontrarse con las naves. Siempre están comiendo, hasta que mueren.

—De acuerdo, señorita, estamos listos.

De nuevo apareció el rostro cuadrado y barbudo del mayor, diciendo:

—Volvimos a Sirius Mater cinco días después de haber salido de Jinx. Descubrimos que había un solo *frumious bandersnatch*. Debió haber viajado cuatro mil kilómetros sin ninguna fuente de alimento sólo para visitar nuestro emplazamiento; tenía que haber acumulado comida durante meses. Los colonizadores le dejaron solo, lo que fue una buena acción por su parte, y el bandersnatch no se acercó demasiado. Su piel y su pared celular estaban ligeramente azuladas, posiblemente para protegerse de la luz solar.

»Fue directamente hacia el área de cultivo del noroeste y pasó allí dos horas corriendo, haciendo tales movimientos que el vicemayor Tays los consideró como la danza más endiablada que jamás había visto, y luego se encaminó hacia el océano. Como teníamos dos cópters fuimos los primeros en ver las huellas desde arriba. Las hemos filmado. Estoy convencido de que es cierta forma de escritura, aunque Doheny dice que no es posible. Él cree que un bandersnatch no puede utilizar la inteligencia, pues no la ha desarrollado; tengo que admitir que el sonofabitch* tiene un buen

---

* *sonofabitch*: contracción de *son of a bitch*, hijo de puta.

argumento. El bandersnatch hace que un delfín parezca un milagro de destreza. ¿Podrían analizar esto e informarnos si compartimos este mundo con especies inteligentes?

—Las máquinas no han podido deducir nada —dijo Garner—. Quizá los conceptos son demasiado extraños para ellas.

En la pantalla aparecieron formas calidoscópicas estáticas, y luego un dibujo medio borroso: líneas curvas sobre tierra marrón. La tierra estaba arada en surcos rectos, pero las líneas eran más anchas y profundas y había montículos y árboles que las distorsionaban. Un helicóptero había aterrizado entre las huellas onduladas y parecía una mosca en una hoja impresa.

Kzanol/Greenberg, alterado, gorgoteó y dijo:

—Dejen nuestro planeta al instante o serán destruidos, según el tratado de… No puedo leer el resto, pero eso es lenguaje tnuctipo. ¿Puedo beber algo?

—Por supuesto —le contestó Masney, amablemente.

Puso en marcha una máquina, y al cabo de unos momentos Kzanol/Greenberg se levantó y se sirvió su propia agua. Lloyd se acercó a la silla de Garner y comenzó a hablar en voz baja.

—Luke, ¿qué pasa aquí? ¿Qué estás haciendo?

—Sólo satisfaciendo mi curiosidad. Relájate, Lloyd; el doctor Snyder llegará dentro de una hora y se ocupará de todo. Mientras tanto, hay muchas cosas que Greenberg nos puede decir. No es un hombre con alucinaciones, Lloyd.

—¿Por qué la raza del ET pensó que el bandersnatch era un animal estúpido? ¿Por qué reaccionó tan violentamente cuando le sugerimos que esa cosa pueda sentir? Greenberg piensa que es prisionero de extranjeros, que su raza ha muerto hace mil millones de años y que ha perdido su hogar para siempre; pero ¿qué es lo que realmente le interesa? Los bandersnatch. ¿Viste de qué modo contemplaba la disección?

—No le presté atención; yo mismo estaba demasiado interesado.

—Me atemoriza imaginar lo que hay en el cerebro de Greenberg, la información que lleva. ¿Te das cuenta que el doctor Snyder quizá tenga que reprimir esas memorias permanentemente para curarle? ¿Por qué una raza tan sofisticada como debe haber sido la tnuctipun —pronunció la palabra mal— ha adoptado la forma de Greenberg? ¿Por la telepatía? Me pregunto…

—Yo le puedo responder —dijo Kzanol/Greenberg amargamente. Se había bebido cinco vasos de agua sin respirar. Jadeaba un poco.

—Tiene buenos oídos —dijo Masney.

—No. Soy un poco telepático, lo suficiente como para salir adelante. Es el talento de Greenberg, pero realmente no creía en él; por ello no lo podía utilizar. Yo puedo y me sirve de ayuda.

—Entonces ¿por qué los nuctipun trabajaban para usted? —Masney pronunció la palabra aún peor que Garner.

La pregunta se respondía sola.

Todo el mundo en la habitación jadeó, como peces enganchados en un anzuelo.

No hubo caída. Un instante después de que estiró sus brazos, Kzanol se vio mantenido sobre las seis puntas de sus pies. Permaneció así un momento y luego se enderezó. La gravedad era un poco pesada.

¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Dónde estaba el thrinto o el esclavo que le había liberado?

Se encontraba en un edificio vacío, extraño, del tipo que solamente existen en mundos de esclavos antes de que aparecieran los guardianes. Pero… ¿cómo llegó allí,

cuando había apuntado hacia un planeta desierto con alimento? Lo que había esperado ver era el interior del palacio de un vigilante. ¿Dónde estaba todo el mundo? Necesitaba urgentemente que alguien le dijera qué estaba pasando.

Escuchó.

Por alguna razón, ni un ser humano ni un thrinto tenía aletas en sus orejas parecidas a los párpados de sus ojos. La facultad de poder de un thrinto está bien protegida. Kzanol no tenía necesidad de hacer descender su blindaje mental al momento; pero decidió hacerlo, y se arrepintió, pues fue como mirar una lámpara a veinte centímetros de distancia.

En ningún sitio en el universo de Thrintun el ruido telepático había sido tan intenso. Los mundos de esclavos nunca tienen una población excesiva, y las numerosísimas masas de los mundos de Thrintun mantienen alzados sus blindajes en público.

Kzanol se quejó de dolor. Su reacción fue inmediata y automática:

—¡DEJAD DE PENSAR EN MÍ!—gritó a las mentes de Topeka, Kansas.

En el complejo de los hospitales mentales —aún llamados de Menninger—, miles de doctores, enfermeras y pacientes escucharon la orden. Cientos de pacientes ancianos lo tomaron como algo literal y permanente. Algunos se volvieron estúpidos y curados; otros se volvieron catatónicos. Unos pocos que eran irresponsables, pero sin peligro, se volvieron peligrosos. Un puñado de doctores se convirtieron en pacientes; sólo un puñado, pero la pérdida de sus conocimientos se convirtió en una emergencia cuando comenzaron a llegar las víctimas de la ciudad. El hospital de Menninger estaba a muchos kilómetros de los cuarteles de la policía de Topeka.

En la pequeña habitación, todo el mundo daba sacudidas como peces enganchados en un anzuelo. Todos —excepto Kzanol/Greenberg— se detuvieron por fin. Sus caras estaban vacías, se habían convertido en idiotas.

En el primer instante de la carga mental, Kzanol/Greenberg se sintió con su blindaje mental en marcha, con un ruido casi audible. Cuando pudo volver a pensar, aún no se atrevía a hacer caer la pared mental.

Había un thrinto en la Tierra.

Los guardias que estaban en la puerta parecían muñecos rotos. Kzanol/Greenberg sacó varios pitillos del bolsillo de una camisa azul y encendió uno utilizando el que estaba entre los labios de Masney, salvándole así por accidente de que ardiera. Se sentó y fumó, mientras pensaba en el otro thrinto.

Primero: cuando se encontraran, ese thrinto le vería con apariencia de esclavo.

Segundo: él, Kzanol, tenía un bloqueo mental que funcionaba. Esto podría convencer al thrinto, quien quiera que fuese, de que Kzanol era un thrinto en un cuerpo humano. Pero tal vez no le convenciera. Si consiguiera convencerlo, ¿le ayudaría el thrinto? ¿O lo miraría como un mero ptavv, un thrinto sin poder?

Por horrible que fuese, Kzanol/Greenberg sí era un ptavv. Tenía que conseguir su otro cuerpo antes de que el thrinto le encontrara.

Al llegar a este punto, de modo increíble, dejó de pensar en el otro thrinto. Había muchas razones para preocuparse por él: ¿qué estaba haciendo en la Tierra? ¿Consideraría la Tierra de su propiedad? ¿Ayudaría a Kzanol/Greenberg a llegar a Thrintun, o cualquiera fuese el planeta que ocupaba el lugar de Thrintun entonces? ¿Parecería un thrinto, o los mil millones de años de evolución le habrían convertido en un monstruo?

Pero Kzanol/Greenberg dejó este punto, y comenzó a pensar en el modo de llegar a Neptuno. Quizá suponía ya quién era el otro thrinto, pero aún no estaba dispuesto a admitir el hecho.

Detenidamente, escuchó. El thrinto había salido del edificio. No pudo descubrir nada más, pues la frontera mental del otro estaba funcionando.

Volvió su atención hacia la gente que estaba en la habitación. Se estaban recuperando, pero muy despacio. Tuvo que escuchar concentrándose mucho —debido a las limitaciones del cerebro de Greenberg—, pero pudo sentir cómo las personalidades se estaban reintegrando. Parecía que el más avanzado era Garner, seguido de Masney.

Otra parte de la memoria de Greenberg estaba a punto de serle útil. Greenberg no había mentido sobre su sentido similar al del delfín del chiste práctico. Para mejorarlo había pasado semanas aprendiendo una técnica para utilizar trucos.

Kzanol/Greenberg se acercó a Lloyd Masney.

—Lloyd —le dijo en una voz distinta, tranquila, autoritaria—, concéntrate en el sonido de mi voz. Solamente oirás el sonido de mi voz. Tus párpados se están volviendo pesados. Tus dedos están cansados, muy cansados; déjalos flaccidos. Tus ojos quieren cerrarse, casi no los puedes tener abiertos…

Pudo sentir cómo la personalidad de Masney respondía de maravilla. No le oponía ninguna resistencia.

La gravedad era irritante. Al principio no se notaba demasiado, pero al cabo de unos minutos se volvió insoportable. Kzanol descartó la idea de continuar caminando una vez pasado un bloque de edificios, aunque no le gustaba la idea de conducir el carro de un esclavo.

«No tengo orgullo», se dijo a sí mismo. Entró en un Cadillac que estaba aparcado y ordenó al conductor que le llevara a la base espacial más próxima. Hubo una fuerte vibración y el coche despegó con una sacudida innecesaria.

Estos esclavos tenían un tamaño mayor que el de la media de los seres con sentidos; en el auto Kzanol tenía suficiente espacio para la cabeza encascada. Al cabo de un momento, con cuidado, se quitó el casco. El aire era un poco fino, lo que no resultaba agradable considerando la fuerte gravedad, pero de todos modos no estaba mal. Dejó el casco en el asiento y estiró sus piernas sobre él, pues el asiento era lo suficientemente amplio como para estar a gusto.

La ciudad era asombrosa. Enorme y grotesca. Solamente había prismas rectangulares, y aquí y allá un campo rectangular amarillo, o un edificio bajo con un extraño techo curvado. No se sabía si las calles eran rectas o curvas. Los coches las atravesaban a gran velocidad, ruidosos como bandadas de moscas. El zumbido del ventilador del vehículo le ponía nervioso, hasta que se acostumbró a ignorarlo.

¿Dónde estaría? Debía haberse desviado del F124 y caído aquí. El conductor sabía que su planeta —¿Tierra?— tenía viajes espaciales y, por lo tanto, podría saber cómo llegar al F124 y al octavo planeta de su sistema.

Era obvio para él que necesitaría su segundo traje. Estos esclavos le excedían en una proporción de diecisiete mil millones contra uno. Le podrían destruir en cualquier momento, y en cuanto supieran quién era lo harían. Tenía que conseguir el casco de control para estar a salvo. Luego trataría de encontrar un planeta con thrintos… Podría necesitar una nave espacial mejor que las que los humanos habían construido hasta ahora. Se les debería haber hecho construir mejores naves.

Los edificios cada vez eran más bajos, e incluso había espacios libres entre ellos. ¿Sería la falta de transporte lo que había hecho que estos esclavos se apiñaran en

grupos? Algún día les dedicaría más tiempo para conocerles mejor. Después de todo, ahora eran su presente.

¡Qué historia podría contar algún día! ¡Cómo le escucharían sus nietos, y cómo le admirarían! Cuando llegara el momento compraría a alguien que cantara baladas, pues solamente éstos tenían el don del lenguaje…

La base espacial estaba cada vez más cerca.

Aparentemente no era necesario ser astuto. Una vez que Kzanol/Greenberg tuvo a Masney bajo su poder, simplemente le ordenó que le llevara a la base espacial. Tardaron quince minutos en llegar a la zona de acceso.

Al principio no se explicó por qué Masney aterrizaba afuera. ¿No debían pasar la alambrada? Masney no le daba información. Su mente estaba casi normal ahora, y lo estaba para ser una persona hipnotizada. Masney sabía que no estaba realmente hipnotizado, pero seguía la broma. En cualquier momento se descubriría, sorprendiendo a Greenberg. Mientras tanto, estaba tranquilo y contento sin tener que tomar ninguna decisión. Le había dicho que fuera a la base espacial y ya estaban allí. Su pasajero le dejó hacer.

Hasta que no estuvieron abajo, Kzanol/Greenberg no se dio cuenta de que Masney estaba esperando a que los guardias les dejaran pasar.

—¿Nos dejarán pasar los guardias? —preguntó.

—No —contestó Masney.

—Vaya, qué fatalidad. ¿Me dejarían pasar con Garner?

—Sí, Garner es jefe.

—Bien; entonces vuelve, vamos a buscar a Garner.

El coche chirrió.

—Espera un minuto —le dijo Kzanol/Greenberg—. Duerme.

¿Dónde estaban los guardias? No veía a ninguno allí.

A través de la superficie de hormigón, pintada con blancos y rojos en un campo hexagonal, pudo ver las naves espaciales. Había veinte o treinta cohetes orbitales a propulsión, algunos dispuestos para poner una nave espacial en órbita. Un acelerador lineal rodeaba con anillas de metal el lado sur del campo, con un diámetro de trescientos cincuenta metros. Cohetes militares a fusión apoyados sobre sus costados se encontraban en los hangares listos para ser llevados a las bases de lanzamiento triangulares. Todos ellos parecían pequeñas motos, entre dos naves verdaderamente gigantes.

El *Lazy Eight III* era algo similar a una monstruosa lata de atún, con un sistema de vuelo circular apoyado sobre su borde posterior plano. Cualquiera lo hubiese podido reconocer, incluso sin haber visto el signo del infinito en su costado. Tenía un diámetro de 110 metros y una altura de 130. Situada más a la derecha, la otra era una nave de pasajeros tan grande como el Queen Mary: uno de los dos transportes gemelos que daban servicio al Titán Hotel, el *Golden Circle*. Incluso a aquella distancia parecía que todo el mundo se apiñaba ante su escotilla de entrada.

Kzanol/Greenberg no pudo enterarse de lo que estaba sucediendo allí, pero escuchando con el mayor detenimiento posible reconoció el clamor de aquellos pensamientos. Eran esclavos, esclavos bajo órdenes. El otro thrinto estaba allí.

¿Por qué no tomaba su propia nave? ¿O ya había anteriormente aterrizado aquí? ¿O se trataba de un ptavv inspeccionando su nueva propiedad?

—El guardia nos ha dicho que sigamos, así que puedes dirigir el coche hacia esa nave espacial —le dijo a Masney.

El coche se deslizó a través del hormigón.

***

Garner sacudió la cabeza, levantándola. Su mente era como la de un niño dormido. A través de esa mente se movían pensamientos tan efímeros como sueños. No se detenían. Le habían ordenado que no pensara.

«Debo parecer terriblemente viejo», pensó una vez. La idea se alejó… y volvió. «Senil. Yo soy viejo, pero no senil. ¿Verdad? Tengo baba en la barbilla».

Agitó de nuevo la cabeza, pero esta vez con fuerza. Recorrió su rostro con una mano. Garner comenzaba a pensar de nuevo, pero no con la suficiente rapidez. Conectó los controles de su silla y se acercó al depósito de café. Al llenarse una taza se le movió la mano, derramando café sobre sus dedos y muñeca. Enfurecido, lanzó la taza contra la pared.

Su mente se volvió a sumir en las profundidades.

Unos minutos más tarde Judy Greenberg apareció en la puerta. Parecía atontada, pero su mente funcionaba de nuevo. Vio a Garner caído sobre su silla con la cara de un imbécil decrépito y le echó agua sobre la cabeza hasta que volvió a la vida.

—¿Dónde está? —preguntó Garner.

—No lo sé —le dijo Judy—. Le vi salir, pero no se fijó en mí. Masney iba con él. ¿Qué nos ha pasado?

—Algo que debía haber previsto —Garner ya no era un anciano decrépito, sino un Jehovah furioso—. Significa que las cosas han ido de mal en peor. Esa maldita estatua … Sabía que había algo raro en ella en el momento en que la vi, pero no supe lo que era. Demonios, tenía los dos brazos estirados como si estuviera a medio camino de zambullirse. Vi también una pequeña proyección en su pecho. Mira, el extranjero se puso en un campo de congelación para evitar algún desastre. Por supuesto, el botón que pone en marcha el campo estaba dentro, y por ello el dedo del extranjero lo estaba apretando. El botón no necesitaba nada más que lo mantuviera apretado.

»Pero el extranjero tenía los dos brazos estirados cuando le vi. Cuando Jansky puso su propio campo alrededor de la estatua, el extranjero soltó el instrumento perforador… y también el botón. ¿Por qué no volvió a la vida justo en ese momento? No lo sé, a menos que el campo de congelación tuviera inercia, como la histéresis en una corriente eléctrica.

»El asunto es que ahora está vivo y libre, y es a él a quien escuchamos.

—Parece un monstruo —dijo Judy—. ¿Es eso lo que piensa Larry que es?

—Así es.

La silla de Garner se elevó y dio la vuelta en la habitación, luego salió cogiendo velocidad. Uno de los policías se puso en pie, moviéndose como un sonámbulo.

***

En la vuelta que dio por la base espacial, Kzanol hizo que los guardias le siguieran. Hizo lo mismo con mecánicos, pilotos e incluso los pasajeros que encontró mientras inspeccionaba aquello.

El esclavo del Cadillac consideraba el viaje a Marte como algo peligroso. Si ése era el estado de la tecnología espacial en la Tierra, Kzanol quería contar con las opiniones de expertos. Envió un grupo de despachadores a las oficinas para que buscasen el F124 en sus mapas.

El resto del grupo iba con Kzanol; crecía cada vez más a medida que se movía. Sólo dos hombres se escondieron al verlos avanzar. Para cuando llegaron a la nave de

pasajeros, Kzanol tenía detrás de sí a todo el mundo de la base excepto a Masney, Kzanol/Greenberg y aquellos dos hombres precavidos.

Había elegido la Lazy Eight III, la única nave interestelar del campo. Mientras hacía que le repararan el sistema de rescate, los esclavos terminarían de construir y poner en órbita la conducción de la nave y los tanques de combustible. Tardaría por lo menos un año en salir de la Tierra; luego dispondría de una amplia tripulación y pasaría el viaje en estasis, con sus esclavos que le despertarían siempre que un nuevo niño creciera lo suficiente como para ejecutar órdenes. Los descendientes le despertarían al final de su viaje.

Kzanol permaneció debajo del anillo chato, contemplando la boca de un sólido motor de aterrizaje. Había utilizado la mente de un ingeniero para enterarse de cómo se podía sustituir la gravedad mediante las revoluciones de una nave. Había paseado por el pasillo central asomándose por las puertas laterales y las situadas debajo de sus pies, y llegado al jardín, donde había hileras de tanques hidropónicos en lugar de una planta de aire tnuctipo. Dentro de la enorme sala de control vio tres paredes cubiertas de mandos, pantallas y paneles con una profusión de pesadilla; su propia nave había necesitado solamente una pantalla y un cerebro.

Por todos los lados veía ingenuidad en lugar de verdadero conocimiento, sistemas complejos que reemplazaban las máquinas simples y compactas que Kzanol había conocido. ¿Debía confiar su vida a este monstruo de juguete?

No tenía elección. Había que destacar que los humanos sí lo hacían, y que lucharían por hacerlo. El ansia espacial era una locura para ellos, una locura que se les curaría pronto, antes de que gastaran sus recursos de su mundo.

«Este viaje», pensó Kzanol con amargura, «me llevará más tiempo de lo que yo había soñado». Y luego, ya no tan desesperado: «¿Volveré a ver Thrintun?».

En fin, por lo menos tenía tiempo para hacer cosas. Mientras estaba allí, podría ver lo que un humano consideraba como una nave de pasajeros lujuriosa.

A pesar suyo, le impresionó.

Había en Thrintun unas cuantas naves de pasajeros mayores que el *Golden Circle*, y unas pocas muchísimo mayores —aquellas que conducían a los dueños de los planetas—, pero ninguna tenía ese aire de grandeza. Los tubos de propulsión bajo el ala triangular eran tan grandes como las naves militares del campo. Los que construyeron el *Golden Circle* habían hecho desaparecer las esquinas solamente donde no se veían. El salón central parecía más grande de lo que era y estaba revestido en oro y azul marino. Había asientos en las paredes que daban a un bar, una pequeña pista de baile y un casino. Las mesas para cenar salían automáticamente del suelo. La pared frontal era una pantalla gigante. Cuando el nivel del agua en los tanques de combustible bajaba lo suficiente, una entrada desde el salón convertía el tanque en una piscina.

Kzanol estaba asombrado, hasta que se dio cuenta de que la conducción de fusión se encontraba en el vientre. Los motores a propulsión llevarían a la nave a una altitud segura, pero a partir de entonces la conducción de fusión les impulsaría hacia arriba en lugar de hacia delante. La nave utilizaba agua en lugar de hidrógeno líquido, no porque los pasajeros necesitaran una piscina, sino porque el agua era más segura de llevar y suponía además una reserva de oxígeno. Los camarotes eran un milagro en miniatura. Allí había ideas —pensó Kzanol— que podría utilizar cuando volviera a la civilización.

Se sentó en uno de los asientos y comenzó a echar un vistazo a los libros situados en la parte trasera. Uno de los primeros que vio tenía una fotografía en colores muy bella de Saturno, como se vería desde el Titán Hotel.

Por supuesto, lo reconoció. Comenzó a hacer preguntas a los hombres que le rodeaban.

La verdad le golpeó duramente.

Kzanol/Greenberg jadeó y su escudo mental sonó con un ruido metálico. Masney no tuvo tanta suerte: chilló varias veces. Aun en Topeka, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia, gentes demasiado sensibles escucharon el grito de furia y desolación.

En Menninger, una chica que había sido catatónica durante cuatro años forzó los músculos de sus piernas y éstos la mantuvieron erguida, mientras miraba a su alrededor. Alguien necesitaba ayuda, alguien la necesitaba.

Lucas Garner jadeó y detuvo su coche. Solo entre los transeúntes —que se comportaban como si tuvieran terribles dolores de cabeza— Garner escuchó. ¡Lo que estaba sucediendo debía llevar en sí alguna información! Pero Garner no supo descifrarla. Sintió que iba perdiendo el conocimiento, sumergiéndose poco a poco en una marea negra.

—No hace daño —dijo Kzanol/Greenberg con voz baja y tranquila. Esta tranquilidad y esperanza se detuvo sobre Masney, que gemía—. Usted lo puede sentir, pero no hace daño. En cualquier caso, su coraje es enorme, mayor que el que haya podido tener en toda su vida.

Masney dejó de gemir, pero su cara era una máscara de sufrimiento.

—De acuerdo —accedió Kzanol/Greenberg—. Duerme —y pasó las yemas de sus dedos sobre el rostro de Masney.

Masney se derrumbó. El coche continuó su camino por el hormigón, a no mucha altura, acercándose al Lazy Eight III. Kzanol/Greenberg le dejaba ir; no le era posible manejar los controles desde el asiento trasero, y Masney no podía ayudarle ahora. Podía haber salvado la pared de aire reduciéndola, pero sólo si quería morir.

Los gritos mentales finalizaron. Puso su mano sobre el hombro de Masney y le dijo:

—Deten el coche, Lloyd.

Masney volvió en sí sin ninguna muestra de pánico mental o físico. El coche descendió hacia el suelo a dos yardas del casco posterior de la gigante nave colonial.

—Duerme —le dijo Kzanol/Greenberg, y Masney se durmió.

Probablemente sería mejor para él, pues aún estaba hipnotizado y lo estaría todavía más cuando se despertara. En cuanto a Kzanol/Greenberg, no sabía bien lo que quería. En cualquier caso, decidió que un poco de alimento no le haría daño. Había reconocido la mente que gritaba su dolor sobre la mitad de Kansas, y necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que él no era Kzanol, thrinto, señor de la creación.

De vez en cuando se oía el ruido de la explosión de un fusor. Kzanol/Greenberg vio cómo una nube de humo llameante se extendía por el hormigón, desapareciendo luego poco a poco. No podía imaginarse lo que era. Con cuidado, hizo descender su cámara mental y lo descubrió.

Unidades de jato*. Kzanol partía en la búsqueda del segundo traje.

Naves y salidas, Asteroide de Confinamiento: por éstos se medía el Cinturón.

Cuando se estableció el Cinturón, un siglo atrás, las naves utilizaban conducciones de iones y baterías de fusión, y motores impulsados químicamente. Ahora utilizaban tubos de fusión estándar basados en un método por el que se reforzaba la superficie interior de un tubo de cinc cristalizado, reflejando así mayor número de formas de energía y materia. La conversión de aire compacto había reemplazado el aire acumulado en tanques y los hidropónicos —al menos durante saltos de muchos meses—, aunque

* *jatos*: cohetes pequeños de combustible sólido. Sujetos al fuselaje, son usados comúnmente para reducir la distancia de despegue en los aviones grandes.

las naves de la colonia interestelar hacían crecer plantas para el alimento. Las naves eran más pequeñas, de más fácil manejo, más baratas y más rápidas. Su número era infinitamente mayor. Había cientos de miles de naves en el Cinturón.

Había también millones de telescopios. Cada nave llevaba uno como mínimo. Los telescopios situados en los asteroides troyanos vigilan las estrellas, y la Tierra compra las películas con semillas, agua y productos manufacturados, pues los telescopios de la Tierra están demasiado cerca del Sol y sufren alteraciones debido a la gravedad y al viento solar. Otros telescopios vigilan a la Tierra y a Marte, y sus películas son secretas. Los telescopios se vigilan unos a otros, volviendo a computar la órbita de cada asteroide importante cuando los planetas le alejan de su curso.

Pero el Asteroide de Confinamiento es único.

Los primeros exploradores se encontraron con un bloque sólido ligeramente cilindrico de hierro y níquel, de tres kilómetros de longitud por uno y medio de diámetro, cuya órbita pasaba no muy lejos de Ceres. Habían señalado su camino y lo habían denominado S-2376.

Los que llegaron sesenta años más tarde eran trabajadores, con un plan. Hicieron un agujero por el eje todo a lo largo del asteroide, lo llenaron con bolsas de plástico llenas de agua y sellaron sus dos extremos. Le colocaron motores de combustible sólido en sus ejes, que lo movieron cerca del sol primero y luego le imprimieron un movimiento de rotación. Al girar, los rayos solares lo calentaron al rojo, hasta que las bolsas de agua estallaron, y el vapor producido lo infló como si fuera un globo. Una vez que se hubo enfriado, los trabajadores se encontraron con una burbuja cilindrica de ferroníquel de dieciséis kilómetros de longitud por ocho de diámetro.

Ya había costado caro, pero ahora lo sería más. Acomodaron el giro de la burbuja para que diera 0,5 g y luego la llenaron con aire y con cinco toneladas de agua. Cubrieron el interior con una mezcla de material rocoso de meteorito y lo sembraron con bacterias seleccionadas. Se pasó un tubo de fusión por el eje y lo hicieron permeable a ciertas longitudes de onda de la luz. Mediante un pequeño bombeo, en la parte central se formó un lago. Se apantallaron los polos del asteroide para que las sombras permitieran que la nieve se pudiera condensar allí, cayera por su propio peso hacia la periferia del casco, se mezclara y descendiera en ríos hacia el lago.

Necesitaron un cuarto de siglo para finalizar el proyecto.

En treinta y cinco años, el Confinamiento liberó al Cinturón de lo que más le ataba a la Tierra. Las mujeres no podían tener hijos en el espacio. El Confinamiento, con 350 kilómetros cuadrados de tierra, podría albergar a cien mil personas sin problemas, y un día lo haría. La población completa del Cinturón era de unos ochocientos mil. El Confinamiento había alcanzado ya los veinte mil, siendo la mayoría mujeres transeúntes, embarazadas.

Lars tenía una zanahoria en una mano, y en la otra el mando de una antena de película. Estaba pasando seis horas de película a través de la máquina, por lo que terminaría el rollo en quince minutos. La película había sido tomada desde una de las cámaras de Eros, todas las cuales estaban en dirección a la Tierra.

Durante la mayor parte de la semana próxima, Eros sería el asteroide más cercano a la Tierra. Habría películas constantemente.

De repente, Lars dejó de mascar. Movió su mano y dio marcha atrás a la película. La detuvo.

Ahí estaba. Una parte se hallaba casi completamente en blanco hasta sus bordes.

Lars cambió la película a una antena mayor y comenzó a pasarla despacio, iniciando diversas estructuras. Por dos veces utilizó el amplificador. Finalmente murmuró:

—Idiotas.

Atravesó la habitación e intentó comunicar con Ceres por el transmisor.

La persona encargada de los teléfonos aéreos cogió uno con su acostumbrada paciencia. Escuchó callado, pues sabía que la fuente estaba a varios minutos luz de distancia. Cuando comenzó a oír la transmisión del mensaje, apretó un botón y dijo:

—Jerry, encuentra a Eros y envía lo siguiente. Registrando. Gracias, Eros, se ha recibido su mensaje. Lo tenemos todo, Lars. Ahora tengo noticias para ti —la inexpresiva voz tomó ahora una nota de contento—, de Tanya. El doctor dice que en siete meses serás padre de dos robustas mellizas. Mellizas, nada menos…

Con cuidado, apretando con sus dedos de forma constante los botones de los motores, Lit Shaeffer condujo su nave a un hangar en Confinamiento. Cuarenta y cinco kilómetros más abajo, Ceres era una mancha cubierta con burbujas vidriosas de flexible plástico transparente. Descansó un momento. Siempre era difícil atracar, pues la rotación del Confinamiento nunca se detenía.

Luego salió volando del hangar. Aterrizó en la red más próxima a las escotillas para el personal. Como una araña en su tela, descendió hasta la puerta de acero y entró. Diez minutos más tarde, después de haber atravesado doce puertas más, alcanzó la principal.

Por una moneda abrió un armario, guardando allí su traje. Su figura era la de un gigante de pelo oscuro rizado, muy bronceado en su cara y manos. Compró un traje de papel. Lit y Marda eran, entre los cientos de miles de personas que vivían en el Cinturón, los únicos que se vestían. Les consideraban *kooks*, término no muy malo para el Cinturón.

La última puerta le dejó ante la cámara de calor, todavía en caída libre. Un ascensor le condujo seiscientos metros más abajo, donde cogió una moto de tres ruedas. Sobre Confinamiento no se podía marchar en motos normales, debido a la fuerza de coriolis. La moto le condujo a un gradiente más bajo, donde había campos arados, invernaderos, maquinaria agrícola, bosques, arroyos y edificios. En diez minutos estaba en casa.

Bien, no realmente en casa; la habían alquilado al gobierno del Cinturón. La casa de quien vive en el Cinturón es el interior de su traje, pero con Marda esperándole, fuerte y de tez oscura, mostrando apenas su embarazo, se sentía como volviendo a casa.

Entonces Lit se acordó de la lucha que se avecinaba. Dudó un momento, relajándose, antes de llamar.

La puerta desapareció. Se encontraron uno frente al otro.

—Lit —dijo ella con calma, como si no hubiera sido una sorpresa—, hay una llamada para ti.

—Me encargaré de eso primero.

Tanto en el Cinturón como en la Tierra, la vida privada era algo raro y precioso. El teléfono era un prisma transparente, a prueba de sonidos. Lit miró un momento a Marda antes de contestar la llamada. Ella parecía preocupada y con aire de determinación.

—Hola, Cutter. ¿Qué sucede?

—Hola, Lit. Te llamo por lo siguiente —dijo la persona encargada del teléfono en Ceres. La voz de Cutter era inexpresiva como siempre, lo mismo que su apariencia. Cutter podía estar vendiendo entradas o sellos detrás de una ventanilla—. Acaba de llamar Lars Stiller. Una de las naves lunares especiales que van a Titán acaba de despegar sin llamarnos. ¿Algún comentario?

—¿Comentarios? ¡Esos estúpidos con la cabeza llena de burbujas!

El problema del tráfico en el espacio era algo más que un asunto de codificación de naves. Nunca habían colisionado dos naves, pero sí murieron hombres al acabárseles el combustible del motor de fusión. Las comprobaciones telescópicas del tráfico, las

transmisiones por radio, las operaciones de rescate, las observaciones de las estrellas y de los asteroides, todo podía echarse a perder por culpa de algún imbécil.

—Es lo que yo digo, Lit. ¿Qué hacemos? ¿Los hago volver a todos?

—Cutter, ¿por qué no te vas a la Tierra y estableces tu propio gobierno? —Lit se frotaba las sienes con ambas manos, intentando alejar la tensión—. Lo siento, no debí haber dicho eso. Marda tiene problemas, y eso me preocupa. Pero ¿cómo podemos hacer volver a treinta naves, cada una de ellas de un multimillonario? Las cosas ya están muy tensas. ¿Acaso quieren iniciar la Última Guerra?

—Me imagino que no. Siento lo de Marda… ¿Qué es lo que va mal?

—No vino aquí a tiempo; el niño está creciendo demasiado deprisa.

—Es una pena.

—Ya.

—¿Qué hacemos con la nave lunar?

Lit apartó sus pensamientos de la tormenta que se avecinaba.

—Designa a alguien para que la vigile y prevea su curso; luego saca una cuenta por el servicio y envíala a Titán Enterprises, la Tierra. Si no la pagan en dos semanas, enviaremos una copia a las Naciones Unidas pidiendo se tome algún tipo de acción.

—Está hecho. Adiós, Lit.

Concebido en caída libre, gestado en caída libre durante casi tres meses, el niño estaba creciendo demasiado deprisa. Tal asunto podía destruir un matrimonio. ¿Solicitar que el doctor provoque un aborto, o esperar, intentando retrasar el crecimiento del niño mediante la inyección de hormonas, para intentar que no nazca un monstruo?

Pero ya no había tal esperanza. Lit se sentía hundido. Con gran esfuerzo, mantuvo su voz tranquila.

—Tendremos otro niño, Marda.

—¿Lo tendremos? Es tan peligroso. Esperemos que pueda llegar al Confinamiento antes de que sea demasiado tarde. Pero, Lit, ¿por qué no esperamos hasta estar seguros?

Ella había aguardado tres meses por los chequeos de los doctores, pero Lit no se lo podía decir. Por el contrario, le dijo:

—Marda, el autodoctor dice que es seguro, y el doctor Siropopolous también. Te voy a decir lo que he estado pensando: alquilaremos una casa aquí en Confinamiento hasta que te vuelvas a quedar embarazada. Esto ya se ha hecho antes. Ya sabemos que es caro, pero…

El teléfono sonó de nuevo.

—Sí —murmuró—. Cutter, ¿qué sucede ahora?

—Dos cosas; prepárate.

—Venga, habla.

—Una: la nave lunar no se dirige a Titán, sino que va en dirección a Neptuno.

—Pero… Bien, mejor termina.

—Una nave militar acaba de despegar de Topeka. Va a la caza de la nave lunar, y tampoco esta vez nos han llamado.

—Esto es demasiado extraño. ¿Cuánto tiempo lleva en camino la nave lunar?

—Una hora y media. Aún no ha cambiado el rumbo, pero se la puede interceptar desde los asteroides.

—Vaya, es estupendo —Lit cerró los ojos por un momento—. Suena como si algo fuera mal con respecto a esta nave lunar, y la otra estuviera intentando una operación de rescate. ¿Es posible que haya saltado algo en su sistema de vida?

—Supongo que no. Al menos, no en el *Golden Circle*. Pero aún no has oído lo mejor.

—Venga, dilo.

—La nave militar despegó del campo sobre su conducción de fusión.

—Entonces —había sólo una posible respuesta. Comenzó a reírse—, entonces alguien la ha robado.

Cutter se sonrió.

—Exactamente. De nuevo te pregunto: ¿debemos hacerlas regresar?

—Por supuesto que no, y por varias razones. Primero, si les amenazamos con dispararles, quizá lo tengamos que hacer. En segundo lugar, la Tierra es melindrosa sobre sus derechos en el espacio. Tercero, éste es *su* problema y *sus* naves. Cuarto, quiero ver qué sucede. ¿Lo comprendes ya, Cutter?

—Supongo que ambas naves han sido robadas —Cutter aún estaba sonriendo.

—No… no, es demasiado improbable. La nave militar fue robada, pero la nave lunar debe haber sufrido un sabotaje. ¡Estamos a punto de contemplar el primer caso de piratería espacial!

—Quince parejas, con sus joyas, más… Creo que estás en lo cierto.

Lit Shaeffer fue el primer hombre que al cabo de muchos años oyó reír a Cutter en público.

A finales de agosto los alrededores de Kansas se convertían en un baño de vapor con rayos ultravioletas. Bajo la sombrilla de la ciudad no hacía calor; era como en el otoño, pero el aire golpeaba a Luke Garner como el soplo del infierno a medida que su silla atravesaba la barrera entre Frío y Caliente. De aquí se dirigió a toda velocidad, sin preocuparse de que su silla se rompiera, siempre y cuando pudiera llegar al hospital con aire acondicionado.

Se detuvo en el punto de chequeo de la base espacial y le dejaron pasar inmediatamente. Atravesó el hormigón como impelido por una catapulta. El hospital se encontraba en el extremo de un campus, y penetró justo antes de que el calor le diera un golpe mortal.

La fila de espera del ascensor era demasiado larga. Su silla abultaba demasiado, así que necesitaría un ascensor para él solo, y la gente no era demasiado benevolente con los mayores (había demasiadas personas mayores por allí esos días). Garner inhaló profundamente el aire fresco y volvió a salir. Una vez afuera, se apoyó en el cenicero del brazo derecho de su silla. El motor hizo un ruido y dejó de funcionar.

¡Si Masney le hubiera visto! Hacía seis años Masney le había ordenado que no lo utilizara, o sufriría las consecuencias por manejar ilegalmente un vehículo volador. Luke lo había razonado y escondió el control en el cenicero.

La tierra tembló. La cornisa del edificio se cayó justo cuando acababa de pasar de subida. Ahora podía ver las señales que dejaron Greenberg y Masney: la llama de fusión había esparcido trozos de hormigón en todas direcciones, cavado pequeños cráteres e intrincados túneles; había cruzado la entrada a un túnel de pasajeros y dejado restos de metal por las escaleras. Hombres y máquinas estaban limpiando toda aquella suciedad.

El solarium estaba debajo de él. Luke hizo descender la silla; ya en la terraza, pasó entre pacientes que estaban tomando baños de sol y entró en el ascensor. El descenso era algo mortífero. Salió en el piso cincuenta y dos y mostró sus credenciales a una enfermera.

Estaban todos bajo custodia. Miday, Sandler, Buzin, Katz, veintiocho de ellos, los hombres que habían estado más próximos a Kzanol cuando lanzó su *tantrum*. Siete se habían abrasado. El extranjero se olvidó de ordenarles que se cubrieran, y les había cogido el estallido del *Golden Circle* cuando despegó. Los otros estaban dormidos; sus caras se retorcían a veces ante la violencia de sus sueños.

—Yo soy Jim Skarwold —le dijo un hombre rubio y rechoncho con uniforme de interno—. Le he oído, mister Garner. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Creo que sí —Garner recorrió con la mirada los tanques de tratamiento—. ¿Alguno de estos hombres puede soportar una dosis de escopolamina? Puede que tengan una información que necesito.

—No lo creo, señor Garner. ¿Sabe quizá qué les sucede? He estudiado psiquiatría en la universidad, pero nunca había oído hablar de algo así. No es que se alejen de la realidad, no es que tengan miedo…, están desesperados, pero no como otras personas. Me han dicho que se pusieron así por contacto con un ET. Si usted me pudiera informar un poco más, podría tratarles mejor.

—Está bien. Esto es todo lo que sé… —dijo Garner, y le contó al doctor todo lo ocurrido desde que se había rescatado la estatua del océano.

El doctor le escuchó en silencio.

—Entonces no es sólo un telépata —comentó, una vez que Garner hubo terminado—. Puede controlar las mentes, pero ¿qué les puede haber ordenado para producir esto? —y señaló la hilera de pacientes.

—Nada. No creo que les diera alguna orden. Solamente les produjo un shock y sus mentes se evadieron —Luke apoyó su mano en el hombro del doctor; éste se asombró de su peso—. Ahora, si estuviera usted planeando tratarles, tendría que descubrir primero quién creen ellos que son. ¿Ellos mismos o el extranjero? El ET puede haber impuesto sus propias emociones sobre ellos, e incluso su memoria.

—En razón de mi cargo, quiero saber por qué tanto Greenberg como el ET por separado robaron naves espaciales y partieron. Eligieron naves interplanetarias, no naves coloniales interestelares. ¿Acaso existe alguna base extranjera en el sistema solar? ¿Qué es lo que buscan?

—Quizá podamos obtener ambas respuestas al mismo tiempo, doctor Skarwold.

—Sí —le contestó Skarwold despacio—. Quizá tenga usted razón. Concédame una hora; veré cuál de ellos tiene el corazón más fuerte.

Ésta era la razón por la que Luke siempre llevaba revistas en un compartimento de su silla. En su trabajo siempre había que esperar.

Arthur T. Katz, piloto calificado de cohetes a propulsión (tipos C, D y H-l) se agitó violentamente. Movía las manos sin propia intención. Comenzó a emitir ruidos.

—Estará bien en cinco minutos —dijo Skarwold—. Está fuera de la onda de inducción de sueño, pero es mejor que se despierte naturalmente.

Garner asintió. Estudiaba al hombre profundamente, con los ojos semientornados y sus labios apretados. Parecía como si contemplara a un perro extraño, y se preguntara si buscaba lamer su cara o arrancarle el cuello.

Katz abrió los ojos. Los fijó. Luego los cerró desesperadamente. Poco a poco los volvió a abrir. Gimió y agitó sus brazos en el aire. Luego comenzó a atragantarse. Era horrible verlo. Intentaba respirar y coger aire durante unos segundos, abría la boca, y de nuevo se atragantaba. Está aterrorizado, pensó Garner, y no por su sofoco.

Skarwold hizo una conexión, y el autodoctor comenzó a esparcir sedante en los pulmones de Katz. Luego lo conectó al inductor de sueño.

Bruscamente, Garner preguntó:

—¿Alguna de estas personas es psíquica?

Arnold Diller, inspector de conducción de fusión (tipos convencionales) respiró profundamente y comenzó a mover su cabeza atrás y adelante. Agresivamente. Parecía que quería romperse el cuello.

—¡Ojalá encontráramos alguien con una elevada aptitud telepática! —comentó Garner; entre las palmas de sus manos estrujaba los restos de un cigarrillo—. Quizá tendríamos una buena posibilidad. ¡Mira al pobre hombre!

—Creo que él puede dárnosla —dijo Skarwold.

Garner movió la cabeza negativamente.

—Es solamente un pobre presciente. Si fuera bueno, hubiera corrido en lugar de esconderse cuando surgió el ET. ¿Cómo se habría podido proteger contra la telepatía? El…—Skarwold agitó la mano pidiendo silencio.

—Diller —dijo Skarwold con autoridad. Diller dejó de mover la cabeza y miró fijamente—. ¿Me puedes entender, Diller?

El paciente abrió la boca y emitió ruidos. La cerró de nuevo y asintió respirando por la nariz.

—Mi nombre es Skarwold, soy tu doctor —hizo una pausa, como si dudara—. Tú eres Arnold Diller, ¿verdad?

—Sí —la voz era dura, nerviosa, medio difusa.

Algo dentro de Garner se relajó. Se dio cuenta que tenía aún en la mano restos de pitillo y los tiró.

—¿Cómo se encuentra?

—Horriblemente. Respiro mal, hablo mal. ¿Puedo fumar?

Garner le pasó un pitillo encendido. La voz de Diller comenzó a mejorar, a clarificarse.

—Es extraño. Intenté ordenarle a usted que me diera un pitillo. Cuando se sentó ahí sin obedecerme, creí que me volvía loco —frunció el entrecejo—. Dígame, ¿cómo conseguí un doctor humano?

—Lo que le ha sucedido no estaba programado —le contestó Skarwold tranquilamente—. Le ha servido de mucho que se escondiera. Los que estaban más próximos la pasaron mucho peor que usted. ¿Le funciona su sentido presciente?

—No me dice nada. Nunca puedo confiar en él, de todos modos. ¿Por qué?

—Bueno, ésta es la razón por la que le elegí. Pensaba que si lo había perdido, podía superar la idea de que fuera cierto extranjero.

—Cierto extran…—Diller comenzó a ahogarse. Dejó completamente de respirar durante un momento, luego se recuperó poco a poco—. Lo recuerdo —dijo—; vi a esa cosa cruzando el campo con un grupo de gente siguiéndole, y me pregunté qué sería. Luego, algo dejó de funcionar en mi mente. No esperé más; corrí como el demonio y llegué detrás de un edificio. Algo me pasaba en la cabeza. Quería acercarme, pero sabía que no debía hacerlo. Me preguntaba si me estaría volviendo loco, y luego…—Diller se detuvo y sus ojos se llenaron de terror, hasta que pudo respirar de nuevo.

—Está bien, Diller, está bien —repitió Skarwold varias veces. Diller volvió a respirar normalmente, pero ya no habló—. Quiero presentarle al señor Garner, de la Policía Tecnológica de las Naciones Unidas.

Diller asintió cortésmente. Sentía una gran curiosidad. Garner dijo:

—Nos gustaría coger a ese extranjero antes de que haga más daño. Si no le importa, creo que usted tiene alguna información que nosotros desconocemos —Diller asintió—. Unos cinco minutos después de que el rayo telepático le alcanzara a usted, el extranjero partió para el espacio exterior. Una hora después le seguía un hombre que tenía razones para creer que él era el extranjero; tiene memorias falsas, implantadas por el ET.

»Ambos van en la misma dirección. Van a la búsqueda de algo. ¿Me puede decir lo que es?

—No —le respondió Diller.

—Debe haber retenido algo durante esa descarga mental.

—No me acuerdo de nada, Garner.

—Por favor, Diller, intente recordar.

—¡Está loco! ¿Quiere que reciba un shock mortal? Cada vez que empiezo a pensar en lo que ha sucedido, siento que me ahogo. Pienso también cosas extrañas; todo me parece extraño. Me siento rodeado por enemigos. Y aún peor, me siento tan deprimido… No, no recuerdo nada. Salgan.

Garner asintió, y de forma ostentosa puso sus manos sobre los controles de la silla.

—Si cambia de idea…

—No cambiaré. No necesita volver.

—No podré volver. Voy a seguirles.

—¿En una nave espacial? ¿Usted?

—Tengo que hacerlo —dijo Garner. Miró involuntariamente a sus piernas—. Tengo que hacerlo —repitió—. No sé qué buscarán, pero debe ser algo importante, porque van a pasar muchos problemas para conseguirlo. Puede ser que sea un arma, o algún aparato de señalización para llamar a su planeta.

La silla chirrió, alejándose.

—Espere un minuto…

Garner detuvo el motor y esperó. Diller se echó hacia atrás y miró al techo. Su cara comenzó a cambiar. Ya no era una expresión, un espejo de su personalidad, sino una dispersión al azar de tensiones musculares. Respiraba con dificultad.

Finalmente les miró. Comenzó a hablar y no pudo. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo.

—Un amplificador. Tiene un amplificador enterrado en el octavo planeta.

—¡Estupendo! ¿Qué es lo que amplifica?

Diller comenzó a sofocarse.

—No importa —dijo Garner—; creo que lo sé.

Dejó la habitación a toda velocidad.

—Marchan a toda velocidad hacia Neptuno —dijo Luke—. Su marido va a una hora y media detrás de ellos.

—Pero… ¿no va a mandar a nadie detrás de ellos? —murmuró Judy—. ¡Él no es responsable, no sabe lo que está haciendo!

—Por supuesto que vamos a hacerlo. Se ha llevado a mi compañero, ¿sabe? —ante la reacción de la señora Greenberg, rápidamente añadió—. Están ambos en la misma nave. No podemos proteger a Lloyd sin proteger a su marido.

Estaban sentados en la habitación del hotel Tom Collinses, donde se alojaba Judy. Eran las once de una resplandeciente mañana de agosto.

—¿Sabe cómo fue que se escapó? —preguntó Judy.

—Sí. El ET batió a todo el mundo que se le cruzó, lanzando el *tantrum* en la base. A todo el mundo, excepto a Greenberg. Su marido cogió una nave de las que estaban allí, y se llevó a Lloyd con él. Lloyd sabe guiar una nave de la armada. Mala suerte.

—¿Por qué Masney aceptó las órdenes de Larry?

—Porque Larry le hipnotizó. Yo recuerdo cómo sucedió.

Judy miró hacia abajo. Los bordes de su boca comenzaron a moverse. Comenzó a balbucear, luego a reírse. A medida que sus carcajadas se convertían en sollozos, apretó fuerte los dientes. Estuvo así unos instantes y luego se echó hacia atrás en la silla.

—Ya estoy bien —dijo. Su rostro reflejaba un gran cansancio.

—¿Qué le sucede?

—No importa. ¿Por qué se dirigen a Neptuno?

—No lo sabemos. Incluso no estamos seguros del sitio adonde se dirigen. ¿No tiene algún tipo de unión telepática con su marido?

—Ya no. Desde que se metió en el campo de tiempo del doctor Jansky no he vuelto a sentir nada.

—Está bien, de todos modos él ya no es el mismo. ¿Recuerda si sintió algo a las veinte horas de ayer?

—¿A las veinte? Déjeme recordar —cerró los ojos—. Yo estaba dormida… Algo me despertó y no pude volver a conciliar el sueño. Me parecía que algo iba mal. Monstruos en las sombras. Tenía razón, ¿verdad?

—Sí; especialmente si era la mente de Larry la que sentía —le dio un momento de respiro—. ¿Y desde entonces?

—Nada —rítmicamente daba golpes con la mano en el brazo del sillón—. Nada, excepto que quiero encontrarle. Encontrarle antes de que…

¡Encontrarlo! No sabía cómo encontrarlo, se dijo a sí mismo por centésima vez. ¡Tenía que encontrarlo el primero! Tenía que encontrarlo antes que Kzanol, el Kzanol real, lo encontrara. Por centésima vez se preguntaba si lo encontraría.

Hacía horas que la Tierra se había hecho invisible para ellos. Kzanol/Greenberg y Masney estaban sentados sin hablar en la sala de control, callados y sin moverse. La sala de control era una tercera parte de la nave. Solamente podían ponerse de pie en la escotilla.

Kzanol/Greenberg no tenía muchas distracciones. Por supuesto, debía vigilar a Masney. Aún más que vigilarle: tenía que saber cuándo Masney no estaba bien, y tenía que saberlo antes de que él se diera cuenta. Si en algún momento Masney saliera de su hipnosis le costaría mucho volverle a ese estado. Por ello, Kzanol/Greenberg tenía que mandar a Masney al servicio, debía darle agua antes de que estuviera sediento, tenía que moverle antes de que sus músculos comenzaran a sentir calambres de estar tanto tiempo sentado. Masney no era un esclavo normal, que se podía cuidar a sí mismo cuando no le necesitaban.

Además, el ptavv ya no tenía peso, por lo que todo se complicaba.

Pasó horas sentado pensando. No planeando, pues no había nada que planear. Tenía que alcanzar el octavo planeta el primero. Tenía que ponerse el primero el casco amplificador o lo haría el real Kzanol, y entonces ya no tendría que volver a planear nunca más. Ningún campo mental podía hacer frente a un casco amplificador. Por otra parte, el casco convertiría a Kzanol en jefe. Utilizar un amplificador sobre un thrinto era ilegal, pero Kzanol estaba muy lejos de encontrarse en peligro por esa ley.

¿Un amplificador aumentaría el poder del cerebro de un esclavo? De nuevo apartó este pensamiento de su mente.

El futuro ante él era incierto. Era el último thrinto, e incluso no podría utilizar al real Kzanol para aumentar la especie. Sí, sería el dueño de un cinturón de asteroides y de un mundo de esclavos con mucha población… Sí, sería más rico que su abuelo Racarliw… Pero su abuelo había tenido cientos de mujeres, y miles de hijos.

Los cientos de mujeres de Kzanol/Greenberg serían esclavas humanas, igual que sus hijos. Inferiores aún a los ptavvs.

¿Le resultarían «bellas» las mujeres? ¿Podría unirse a ellas? Tendría que intentarlo, pero de todas formas, sus glándulas no eran las de Kzanol. En cualquier caso, elegiría sus mujeres según los estándares de belleza de Larry Greenberg. Sí, aún a pesar de cómo se sintiera, pues la mayor gloria de ser rico es poder mostrarlo a los demás. Él solamente podría impresionar a los esclavos.

El proyecto no era muy apetecible.

Le hubiera gustado perderse en sus recuerdos, pero algo le detuvo. Una barrera era que él sabía que nunca más volvería a ver Thrintun, su tierra, ni Kzathit, donde nació, ni Racarliw, el mundo que había descubierto y había dado nombre su abuelo. Nunca más miraría el mundo a través de su único ojo; se vería solamente desde afuera. Éste era su propio cuerpo ahora, su tumba para siempre.

Había otra barrera, un asunto aparentemente trivial. Varias veces Kzanol/Greenberg había cerrado los ojos intentando visualizar su feliz pasado, y siempre lo que aparecía eran los carneblancas.

Le creía a Garner. Aquellas películas no podían haber sido falseadas. El copiar una antigua inscripción tnuctipa no habría sido suficiente para perpetrar tal fraude: ¡Garner lo tendría que haber compuesto en tnuctipo!

Entonces los bandersnatchi eran inteligentes, y eran también carneblancas. Los carneblancas eran inteligentes… y siempre lo habían sido.

Era como si alguna creencia básica se le hubiera derrumbado. Los carneblancas estaban en todos sus recuerdos: paseándose como nubes blancas de sesenta toneladas sobre los estados de Leños Cohete Kzathit, y sobre los campos verdes plateados de otros estados cuando Kzanol de pequeño los visitaba. La carne de los carneblancas servida de doce formas diferentes, en la mesa de la familia y en el menú de cada restaurante. El esqueleto de un carneblanca sobre la puerta de un terrateniente: un gran arco de hueso blanco, limpio y resplandeciente.

Kzanol/Greenberg bajó la cabeza, el rictus de sus labios se acentuó y la piel se acumuló entre sus cejas. Judy habría reconocido ese gesto. De pronto, se dio cuenta de qué era lo que había convertido a los inteligentes carneblancas en algo terrible.

Un thrinto era señor sobre toda bestia inteligente. Éste era el primer decreto del Todopoderoso, elaborado antes de que hubiera estrellas. Así lo decían en común las doce religiones de los thrintos, aunque luchaban entre sí por otras cuestiones. Pero si el carneblanca era inteligente, entonces *era inmune al poder*. Los tnuctipos habían fabricado lo que el Todopoderoso había prohibido.

Si los tnuctipos eran más fuertes que el Todopoderoso, y los thrintos eran más fuertes que los tnuctipos, y el Todopoderoso era más fuerte que los thrintos… Entonces todos los sacerdotes eran unos charlatanes, y el Todopoderoso era un mito.

Un carneblanca con sentido era una blasfemia.

También era algo muy peculiar. ¿Por qué habrán creado los tnuctipos un animal inteligente para alimento? La frase tenía un sonido extraño, como «matarse a sí mismo» o «eutanasia», pero si se pensaba en ello…

Los thrintos no eran una raza delicada, pero… ¡un animal inteligente para alimento!

La raza tnuctipa tampoco había sido débil nunca. La simplicidad de su proceso de mutación era típica del modo en que trabajaban. Ya el animal natural del que formaron el carneblanca había sido el que más vivía, y había poco que pudieran hacer los tnuctipos para volver a diseñarlo. Estrecharon la cabeza del animal y convirtieron su nariz en un punto único, e hicieron la piel casi microscópicamente suave contra la resistencia del viento, pero esto no les había satisfecho. Por ello, les habían quitado varias toneladas de peso inútil y las reemplazaron por tejidos musculares y pulmonares. Todo el peso que habían quitado era el de los órganos digestivos: una raza mutada tiene siempre como una ventosa en su boca que va directamente a la corriente sanguínea.

Los tnuctipos siempre habían sido eficientes, pero nunca crueles.

¿Por qué habían hecho a los carneblancas inteligentes? ¿Para aumentar el tamaño del cerebro, según les ordenaron? Pero ¿por qué eso les hizo inmunes al poder?

Y él había comido carne de carneblanca.

Kzanol/Greenberg agitó violentamente la cabeza. Masney necesitaba atención y había planeado ayudarle. ¿No era así? ¿Lo había planeado, o es que se preocupaba por él?

—Encuéntrele —indicó Garner—. Esto podría servir: está buscando algo que cree necesitar urgentemente.

—Pero eso ya lo sabía usted, así que no nos sirve de nada.

—Señora Greenberg, he venido para que me diga todo lo que sepa sobre su marido.

—Entonces mejor hable con el doctor Snyder. Ha estado aquí esta mañana. ¿Quiere su número de teléfono?

—Gracias, lo tengo. También me ha llamado a mí. ¿Le conoce bien?

—Muy bien.

—También quiero hablar con Charley, el delfín antropólogo. Pero empecemos con usted.

Judy no parecía muy contenta.

—No sé por dónde empezar.

—Por cualquier parte.

—De acuerdo. Tiene tres testículos.

—Vaya; eso es bastante raro, ¿verdad?

—Y algunas veces problemas médicos, pero Larry nunca se sintió afectado por ello. Solíamos llamarlo «esa pequeña cosa de más». ¿Es eso el tipo de cosa que usted busca?

—Claro.

Luke no lo sabía. Sólo que cuanto mejor conociera a la persona que buscaba, más probabilidades tenía de hallarla. Siempre le había resultado bien desde que era policía, hacía ya muchas décadas. Tenía que funcionar ahora. Dejó que ella hablara, interrumpiéndola pocas veces.

—En realidad, nunca me había dado cuenta de que hacía chistes hasta que comenzó a trabajar con los delfines, pero me ha contado algo de los líos que hacía en la universidad. Debía ser un verdadero terror. Le encantaba todo tipo de atletismo y era endemoniado en el tenis…—necesitaba no apresurarse. Su vida se deslizaba en una corriente de palabras. Su vida con Larry Greenberg—. Conoció a muchas mujeres antes de encontrarme, y viceversa. Ninguno de los dos intentó el adulterio. Quiero decir… que habíamos llegado a un acuerdo de que podíamos, pero nunca lo utilizamos.

—¿Está segura?

—Completamente.

Luke vio que lo estaba: a ella le había hecho gracia que se lo preguntara.

—…Le gustaba que yo pudiera predecir algo con exactitud. No creo que él realmente creyera en eso, pero lo temía cuando yo lo sentía. Lo consideraba algo mágico. Me acuerdo que un día… llevábamos casados menos de un año, y yo salí de compras; me vio llegar cargada de paquetes, y cuando los dejé, salí y volví con otro montón, me dijo: «Por Dios, parece como si la Última Guerra fuera a comenzar mañana». Yo no dije nada, sólo le sonreí. Él se quedó completamente blanco…

Importante o no, todo iba saliendo poco a poco. Judy hablaba cada vez más deprisa. Estaba haciendo justo lo que él le había dicho que hiciera, pero con tal urgencia que parecía extraño.

—…La mayoría de las parejas que conocíamos no se casaron hasta que ella quedó embarazada. Cuando se pasa por el Consejo de Fertilidad, uno odia correr el riesgo de unirse a un compañero estéril, ¿no? Es demasiado importante. Pero nosotros decidimos correr el riesgo. Además, el doctor nos había dicho que podíamos ser padres. Estaba

también lo de Jinx; teníamos que estar seguros de que uno de los dos no quedaría afuera.

—En mi opinión fue un buen modo de obrar, señora Greenberg. Ahora ya tengo bastante, y usted aún conserva su voz. Gracias por la ayuda.

—Espero que le haya servido de algo.

Luke pulsó el botón del ascensor hasta el final. La velocidad a la que había hablado, el detalle. Sabía por qué la mujer había hecho una descripción tan minuciosa de Larry Greenberg.

Lo supiera o no, no esperaba volverle a ver. Había intentado hacerle inmortal en su memoria.

El hotel Jayhawk era el tercer edificio más alto de Topeka y desde su terraza se veía un panorama impresionante. Al abandonar el ascensor, Luke se encontró con el acostumbrado ruido. Esperó diez segundos hasta que sus oídos se acostumbraron a ignorarlo: un mecanismo esencial de defensa, aprendido por la mayoría de los niños antes de los tres años.

Fue al bar; la camarera era una mujer alta, pelirroja, desnuda excepto por sus zapatos. Su pelo, peinado alto, aumentaba su estatura. Le condujo a una mesa pequeña al lado de una ventana.

La persona que la ocupaba se levantó para saludarle.

—Señor Garner.

—Le agradezco que haya venido, doctor Snyder.

—Llámeme Dale.

Garner tenía ante sí un hombre regordete, con apenas una línea de pelo rubio rizado en el centro de su cráneo. Le habían puesto piel en sus sienes, mejillas y barbilla, dejando una X de piel sin dañar a través de sus ojos, nariz y los bordes de la boca. Tenía las manos vendadas.

—Llámeme Luke a mí. ¿Qué es lo último que sabe sobre la Estatua del Mar?

—La policía me despertó ayer por la tarde para decirme que Larry se había convertido en un extranjero. ¿Cómo está?

Evitando los detalles, Luke informó al psicólogo de todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas.

—…ahora estoy haciendo lo que puedo en tierra, mientras ponen a mi disposición una nave para seguir a Greenberg y al ET a Neptuno —concluyó.

—Esto es un desastre. Nunca vi la estatua, y aunque lo hubiera hecho nunca me habría dado cuenta del botón. ¿Qué quiere beber?

—Mejor un batido; no he comido. Dale, ¿por qué quiso que trajéramos aquí la estatua?

—Pensé que le ayudaría a Larry el verla. Hubo una vez un caso, antes de que yo naciera, en el que dos pacientes pensaban que eran María, la madre de Dios. Como se dio en la misma institución, los doctores las pusieron en la misma habitación.

—¿Qué sucedió?

—Discutieron entre ellas; al final una de ellas decidió que era la madre de María. Eventualmente fue la que se curó.

—Ya veo. Usted pensó que Greenberg decidiría ser Greenberg si le demostraba que no era la Estatua del Mar.

—Así es. Me pregunto si habría funcionado. Dicen que necesitan mi ayuda en Menninger…

—Probablemente; pero yo le necesito antes. Ya le he comentado lo que yo creo respecto a lo que van a buscar Greenberg y y el ET. Tengo que darles caza antes de que lo encuentren.

—¿En qué puedo ayudarle yo?

—Cuénteme todo lo que sepa sobre Larry Greenberg. El hombre tiene memorias extraterrestres, pero sus reflejos son los de Greenberg; lo ha demostrado conduciendo un coche. Quiero saber todo lo que haya sobre Greenberg.

—Sé muy poco. Ya se lo he dicho: intente actuar sobre el lado de Greenberg y probablemente dará con su cabeza en la Luna…, pero entiendo su punto de vista. Supongamos que la civilización de la Estatua del Mar tiene una ley contra los rateros. La mayoría de los países tenían tales leyes, usted lo sabe, hasta que aumentaron tanto en cantidad que los policías no daban abasto para detenerlos.

—Lo recuerdo.

Los ojos de Snyder se empequeñecieron. ¿Lo recuerda? Me lo suponía.

—Bien, supongamos que Larry en su actual estado encuentra a alguien robándole la cartera. Su impulso sería detenerle, pero no gritar pidiendo un policía. Tendría que tomar una decisión consciente para hacerlo. Eso no sería probable que ocurriera hasta que hubiera terminado la lucha y tuviera tiempo para pensar.

—Si le cojo por sorpresa, puedo contar con sus reflejos humanos.

—Sí, pero no confunda reflejos con motivaciones. Usted ahora no sabe cuáles son sus motivaciones.

—Continúe.

Snyder se echó hacia atrás, poniendo sus manos detrás de la cabeza. Un camarero les sirvió las bebidas, que sacó de su torso. Garner le pagó y le dijo que se alejara.

Entonces Snyder siguió hablando:

—¿Sabes cómo es su apariencia física? Mide un metro setenta, de piel oscura y bastante agraciado. Sus padres eran judíos ortodoxos, pero no millonarios: no pudieron mantener la dieta adecuada. Está muy bien adaptado y tiene una enorme elasticidad, de ahí que pueda entablar contacto por telepatía. A veces le preocupa un poco su talla, pero no es nada importante. Lo compensa con lo que él llama «ese algo de más que tengo».

—La señora Greenberg me habló de ello.

—En parte se refiere a su telepatía, en parte a su anomalía médica. Pero necesita considerarse a sí mismo como algo especial.

»Deberá recordar que ha estado leyendo mentes durante años, mentes humanas y de delfines. Esto le da una útil acumulación de datos. Dudo que los delfines sean importantes, pero había profesores de física, estudiantes de matemáticas y psicólogos entre los voluntarios a los que Larry leyó las mentes por contacto. Puede decirse que está soberbiamente educado —indicó Snyder—; recuérdelo cuando le siga. Usted no conoce la inteligencia de la Estatua del Mar, pero Larry tiene su propia inteligencia y no la de otro. Es capaz, adaptable y muy seguro de sí mismo. Teme la superstición, pero es genuinamente religioso. Sus reflejos son excelentes; lo sé porque he jugado tenis con él: Judy y yo contra él solo, Larry protegiendo toda una parte.

—Entonces debo estar alerta.

—Absolutamente.

—Suponga que se ataca a su religión. ¿Cómo reaccionaría?

—¿Se refiere al judaismo ortodoxo?

—No, me refiero a cualquier religión que ahora pudiera seguir. Intentaré explicarlo. ¿Cómo reaccionaría ante una amenaza contra lo que él ha estado creyendo durante toda su vida?

—Por supuesto le enfurecería, pero no es un fanático. Rétele y discutirá, pero para hacerle cambiar sobre algo básico tendrá que ofrecerle pruebas reales. No puede atacarle con dudas. Supongo entiende lo que quiero decirle.

En la gran pantalla blanca del Centro de Control de Tráfico Espacial, dos figuras oscuras se miraban, casi sin moverse. Halley Johnson movió su cámara para que Garner lo pudiera ver.

—La nave militar va apenas más rápido que la nave lunar. Si en verdad van a Neptuno, la pasará.

—¿A qué otro sitio podrían dirigirse?

—A algún asteroide. Tengo una lista…

—Léamela.

Johnson leyó en voz alta los nombres de catorce deidades griegas menores.

—Estos son los que quedan como posibles —añadió—; se han tachado un montón. Cuando la nave pasa el punto de rotación de un asteroide y continúa acelerando, lo eliminamos.

—De acuerdo, manténgame informado. ¿Qué hay de mi nave?

—Esté por aquí a las veinte horas. Se hallará en órbita a las ventiuna.

El Struldbrug no es el único club con un límite inferior en la edad de sus miembros (considérese el Senado), pero es el único club cuyo límite de edad sube un año por cada dos que pasan. En 2106 cada miembro tenía como mínimo 149 años. Por supuesto, los autodoctores del Struldbrug son los mejores del mundo.

Pero los tanques de tratamiento siguen pareciendo ataúdes de gran tamaño.

Luke salió del tanque y leyó la cuenta. Era larga. El doctor le había enganchado por inducción su columna vertebral y las rodillas para sujetar los músculos, le habían recargado la batería en su corazón y añadido hormonas y demás sustancias isotéricas a la sangre. Localizados los pulsos ultrasónicos, le habían aplicado el tratamiento de Ch'ien. Aún podía sentir el dolor desde la base de su cráneo a lo largo de la columna vertebral, hasta donde esa sensación casi desaparecía en la espalda. Un manicuro y pedicuro habían completado su chequeo.

Luke utilizó su tarjeta para solicitar un suministro para seis meses de hormonas, antialérgicos, vacunas y rejuvenecedores en general, los que le mantenían vivo y saludable. Lo que no esperaba era una aguja hipodérmica del tamaño de una lata de cerveza, con instrucciones en la cubierta. Luke apretó los labios al ver la aguja, pero no se puede utilizar un pulverizador cuando uno tiene que inyectarse en vena. Le dijo al doctor dónde debía mandar la cuenta.

Debido al decrépito estado de muchas personas que iban al Struldbrug, las cabinas telefónicas del club eran lo suficientemente amplias como para que cupieran sillas. Casi no se veía a Luke entre el humo de su pitillo.

—¿Cómo se habla a un delfín? —preguntó, sintiéndose algo molesto.

Fred Torrance le dijo:

—Igual que usted habría hablado con Larry. Pero Charley le contestará en delfinés y yo traduciré. Usted no podría comprender su inglés por teléfono.

—De acuerdo. Charley, mi nombre es Lucas Garner. ¿Sabes lo que le ha pasado a Larry?

Ruidos, gorjeos, silbidos, chillidos y crujidos. Solamente una vez Luke había oído algo parecido. Hacía dieciocho años había sido testigo en un juicio de asesinato; los otros tres testigos y la víctima —que por supuesto no estaba presente— habían sido delfines.

Torrance tradujo:

—Sabe que Larry perdió su sentido de identidad; el doctor Jansky nos llamó y nos lo contó.

—Bien. Ayer, Larry se escapó y partió en una nave robada. Yo voy a seguirle. Quiero saber todo lo que Charley nos pueda contar sobre él.

El delfín habló. Torrance dijo:

—Charley quiere un favor a cambio.

—¿De veras?

Luke se preparó. Desde que había caído la barrera entre humanos y delfines, éstos se habían mostrado como muy buenos regateadores. Por fortuna —o por desgracia— el rígido y complejo código moral de los delfines se había adaptado fácilmente al concepto humano del comercio.

—Quiere hablarle sobre la posibilidad de que los delfines participen en la siembra de las estrellas.

De los tres que estaban presentes, Torrance, el doctor marino, era el que mejor comprendía lo que se estaba diciendo. Charley hablaba despacio y con claridad, por debajo de la línea ultrasónica, pero aun así Torrance solía tener dificultades para traducir. Para él la conversación bilingüe se desarrollaba así:

—Haré lo posible —le dijo Garner—. ¿Es esto una nueva idea, Charley? Nunca supe que los delfines quisieran ir a las estrellas.

—No…, es algo nuevo. Se ha discutido el asunto en el nivel abstracto y muchos están a favor, y serían más si no fuera por el temor de que los nadadores se perdieran algo. Pero yo mismo nunca sentí esta necesidad hasta hace tres días.

—Greenberg tenía el gusanillo del espacio, ¿verdad?

—Por favor, utilice el presente. Sí, así es. He necesitado unos dos días para acostumbrarme a tener a Larry en mi cabeza. No diría que comprendo muy bien esta necesidad de ir a Jinx, pero ahora puedo explicármela un poco.

»No me gusta utilizar términos pasados de moda, pero es algo así como —Charley utilizó palabras inglesas— «el destino ineludible». En parte está el hecho de que en Jinx Larry podría tener tantos niños como quisiera, cuatro o cinco incluso, y nadie se quejaría. Aquí no hay espacio para nadar. Larry siente lo mismo. Le gustaría caminar sin temor a pisar a alguien, o que le roben la cartera, o que atrapado por la multitud le lleven a seis bloques de distancia de donde él quería ir. Dése cuenta que yo he analizado todo esto más detenidamente que el mismo Larry.

—¿Y cómo se siente ante esto? Usted es un delfín; probablemente nunca ha contemplado las estrellas.

—Le aseguro que nosotros, los nadadores, sabemos cómo son las estrellas. Hay muchas cintas sobre astronomía y astrofísica en los textos ilustrados que sus agentes nos vendieron, y después de todo, ¡alguna vez tendremos que salir al aire!

—Lo siento, pero el problema aún existe. En el mar tienes suficiente espacio para moverte en libertad, nunca te pisarán los pies y nadie, excepto una ballena asesina, se interesaría por robarte. ¿Cuál es entonces la razón?

—Quizá la aventura. Quizá el formar otra civilización. Usted sabe que solamente ha existido una civilización de nadadores durante miles de años. Los mares no están aislados, como sí lo están los continentes. Si existe un modo mejor de hacer las cosas, la única manera de que nosotros lo descubramos es construir muchas comunidades en muchos mundos. ¿No es lógico?

—Sí —no había duda en la voz de Garner—, pero puede que no sea tan fácil como piensa. Tendríamos que diseñar una nave completamente nueva, pues habría que incluir

agua para nadar, y el agua es muy pesada. Lanzar un delfín nos costaría diez veces más que a un hombre.

—Ustedes usan agua como masa de reacción en los motores de aterrizaje. ¿Podrían poner luces en los tanques?

—Sí, y podríamos llenarlos solamente dos tercios, e instalar tanques que filtraran los peces y las algas antes de que el agua llegara a los motores. Incluso podríamos instalar tanques pequeños en alguna parte, de modo que pudierais moveros mientras los tanques se vacían durante el aterrizaje. Charley, ¿te haces una idea de lo que esto costaría?

—Sí, empiezo a hacérmela. El dinero es algo complejo.

—Lo sabes, pero no puedes comprar tu participación con lo que los delfines producen. Podrías mandar un par a Wonderland; pero ¿cómo podrían permanecer dos delfines solos? ¿Dónde vivirían? Sembrar un océano no es igual que plantar un campo de trigo. Los peces se van, se alejan. ¡La siembra de un océano tiene que realizarse toda a la vez! Además, no puedes reclamar por vuestros derechos a viajar en una nave estelar, porque los delfines no pagan impuestos a las Naciones Unidas…—le dijo Luke rascándose la cabeza—. Charley, ¿a cuántos delfines podrías persuadir para que dejaran sus océanos para siempre?

—A tantos cuantos necesitáramos. Seleccionados por grupos, si fuera necesario. La Ley permite tal selección en casos de extrema necesidad. De los cientos de nadadores que participaron en los primeros experimentos humanos para demostrar nuestra inteligencia, y de los veinte o treinta que murieron debido a esto, casi todos fueron seleccionados así.

—¿De verdad? ¿Y nadie se preocupó?

Torrance se preguntaba qué indicaría la peculiar expresión de Garner. Parecía terror. Eso había sido hacía mucho tiempo, ¿por qué parecía tan impresionado? Garner dijo:

—Dejémoslo. ¿Cuántos voluntarios, realmente?

—Todos serían genuinos; pero usted quiere saber cuántos se ofrecerían voluntarios si no pudieran ir en grupos. No más de cincuenta o cien, creo, de entre todos los océanos.

—Mmmm. Está bien. Entonces podemos empezar con una masiva campaña publicitaria. Los delfines tendrán que contribuir al costo de una nave espacial para delfines. Sólo como un gesto. Será nominal comparado con el costo final, pero para vosotros será caro. Entonces tendremos que convencer a los humanos de que no merece la pena vivir en un planeta que no tenga delfines. No hace falta decir que yo así lo creo.

—Gracias, gracias por todo. ¿Tomarán parte en esta publicidad los nadadores?

—No directamente. Necesitaremos pronunciamientos, declaraciones de los nadadores más importantes, como ése que los periódicos llaman Lawyer. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí.

—No te olvides de que todo lo que estoy diciendo son suposiciones. Tendremos que contratar eventualmente a alguien para que sondee la opinión pública, un agente de publicidad, y dejarle que trabaje. Y puede ser que todo esto sea para nada.

—¿Podría bajar el costo de navegación de los nadadores el campo de tiempo del doctor Jansky?

Garner parecía completamente impresionado. Torrance sonrió, conociendo la reacción. ¿Era un delfín el que hablaba?

—Efectivamente —dijo Garner asintiendo para sí.

—De acuerdo, no necesitaremos tanques. Dejaremos que los humanos hagan el trabajo de la tripulación y nos mantengan congelados hasta que puedan encontrar y sembrar un pequeño mar, como el Mediterráneo…

Siguieron charlando.

—…De acuerdo, ya está todo establecido —dijo Garner, mucho tiempo después—. Discútelo con los delfines, especialmente con los que tienen el poder; pero no hagáis ningún movimiento hasta que vuelva. Quiero contratar yo al agente de publicidad. Un agente adecuado.

—Odio recordárselo, pero… ¿no existe la posibilidad de que no regrese?

—Vaya, ¡lo había olvidado! —Garner miró hacia abajo—. Rápido, Charley, hablame de Greenberg. ¿Cuál es tu opinión de él?

—Parcial, lo siento. Le quiero mucho y envidio sus manos, pero es un extraño para mí…, aunque quizá no.

Charley se hundió hasta el fondo del tanque. Torrance aprovechó la oportunidad para aclararse la garganta, pues la tenía como si hubiera estado mascando hojas de afeitar.

El delfín salió a la superficie y echó vapor fuera.

—No es un extranjero. ¡Negativo! Piensa mucho como yo, porque tomó contacto conmigo varias veces antes de que lo intentáramos en el otro sentido. Juega a los chistes en la práctica; no, éste no es el verdadero concepto… Bueno, tendrá que serlo. Larry es un tipo de delfín de los que practican los chistes. Hace años seleccionó algunos de nuestros chistes más famosos, que nosotros considerábamos como clásicos, y los tradujo en algo que pudieran entender los humanos, pero al final decidió no utilizarlos porque le podrían llevar a la cárcel por ello. Si no hubiera tenido miedo de ir a la cárcel los hubiera practicado.

—Vaya.

—Como algo que yo aún no me he atrevido a intentar con un nadador. Debo utilizar la palabra inglesa: mesmerismo.

Torrance dijo:

—No entiendo eso.

—Defínalo como un estado inducido de monomanía.

—¡Ah!, hipnotismo.

—Larry lo había estudiado con detenimiento e incluso lo había intentado, y para él funcionaba. En un nadador no tendría efecto.

—Ya lo ha intentado —dijo Garner—. ¿Algo más?

—Verá, tiene que entender que todo esto no es un chiste en la práctica. Es un modo de ver las cosas. A veces hay que sacudir una máquina porque ése es el único modo de hacer que la reparen, la reemplacen o la vuelvan a diseñar. Especialmente la máquina legal o social. Si se golpea a un delfín en el momento adecuado, se puede hacer cambiar su actitud ante la vida, casi siempre para mejor. Larry comprendía esto.

—¡Ojalá sea así! Gracias por dedicarme este rato, Charley.

—¡Negativo! ¡Negativo! Gracias a usted.

Apenas a una hora del largo salto, la garganta de Luke había sido utilizada lo suficiente. Seguramente tendría tiempo aún para descansar un rato, pero se despertaría sintiéndose peor que nunca.

Se sentó en la sala de lecturas del Struldbrug y comenzó a pensar en Greenberg.

¿Por qué se había convertido en un extranjero? Bueno, eso era sencillo. Con dos memorias para elegir, naturalmente eligió aquella que estaba acostumbrada a sacar información de otras identidades. Pero ¿por qué pegarse a ella? Para este momento, ya debía saber que no era el ET.

Y además, su vida había sido feliz como Larry Greenberg. Su mujer era algo que se podía envidiar, y ella le quería. Según el doctor Snyder era estable, bien ajustado al mundo. Le gustaba su trabajo. Se consideraba algo especial.

Pero la Estatua del Mar se encontraba sola en el universo. La última de su raza, en un medio hostil. La Estatua del Mar en Greenberg habría perdido también su capacidad de… Bueno, en realidad, la hipnosis telepática le era suficiente.

Cualquier persona sana preferiría ser Greenberg.

Tengo que presumir —pensó Garner— que Greenberg como tal, literalmente no puede pensar al tener las memorias de la Estatua del Mar en su mente. La única mente que funciona es la del ET. Si no fuera así, al menos habría intentado cambiar.

Pero esa arrogancia peculiar que quedaba en interrogante: no un esclavo, no un humano.

Un robot se le acercó y le hizo una señal. Garner se volvió y pudo leer en el pecho del camarero las siguientes palabras iluminadas: «Se le pide que llame enseguida a mister Charles Watson».

Chick Watson era gordo, de labios gruesos y nariz diminuta; pelo negro, y una sombra gris sobre mejillas y mandíbula. Su mirada no era dura. Llevaba puesto un traje de tripulante. En el centro de su mesa de despacho había una pantalla que pasaba un texto a velocidad anormal. Nadie entre mil podría leer a tal velocidad.

Se oyó un ruido. Chick detuvo el aparato y se volvió hacia el teléfono. Se movía con gran rapidez y exactitud para ser tan obeso.

—Dígame.

—Lucas Garner llamando, señor. ¿Quiere la comunicación?

—Desesperadamente —la voz de Chick Watson no concordaba con su apariencia. Era una voz fuerte, profunda, saliendo desde abajo.

Luke parecía cansado.

—¿Querías verme, Chick?

—Verás, Garner, creo que me puedes ayudar en algunos asuntos.

—Está bien, pero tengo prisa.

—Seré rápido. Primero, este mensaje de Ceres a Titán Enterprises: el *Golden Circle* despegó ayer con la radio en silencio de la base de Topeka, y el Cinturón intenta presentar una cuenta por seguir su trayectoria. Titán envió la nota aquí; ellos dicen que su nave debe haber sido robada.

—Así es. Kansas City tiene los detalles. Es una historia muy complicada.

—Una hora después, la nave de la Armada *Iwo Jima*…

—También robada.

—¿Alguna relación con el incidente de la Estatua del Mar en el UCLEA?

—Todas. Mira, Chick…

—Ya sé, debo hablar con Kansas City. Por último…—Chick se movió entre los restos de la película que había sobre su mesa. Su voz era sospechosamente amable—. Aquí está: tu notificación de que saldrás de Topeka en una nave de la Armada. Destino: desconocido. Salida: de la base de Topeka a las dos mil cien. Nave: la *Heinlein*. Objeto: negocios oficiales.

»Garner, siempre dije que tenía que sucederte alguna vez, pero nunca lo creí realmente.

—Aún no estoy senil, Chick; esto es urgente.

—El más rápido ataque de senilidad que ha habido. ¿Qué es lo que puede ser tan importante para salir al espacio a tu edad?

—Es urgente.

—¿No puedes explicármelo?

—No tengo tiempo.

—Supón que te ordeno que no vayas.

—Creo que costaría vidas. Muchas vidas. Incluso la civilización humana.

—Qué melodramático.

—Es sólo la verdad.

—Garner, me estás pidiendo que asuma mi propia ignorancia y te deje ir por tu propia cuenta porque eres el único experto en la situación. ¿No es así?

Dudó un momento.

—Creo que estás en lo cierto.

—Está bien… Odio tomar decisiones; ésa es la razón por la que me colocaron detrás de una mesa. Pero… Garner, tú debes saber cosas que Kansas City desconoce. ¿Por qué no me llamas después de despegar? Lo estudiaré mientras tanto.

—¿En caso de que me muera? ¡Buena idea!

—No dejes que el miedo se apodere de tu mente ahora.

—Por supuesto que no.

—Y toma las vitaminas.

Como una flecha emplumada, el *Golden Circle* se alejó del sol. La comparación era a simple vista bastante exacta, pues el ala triangular gigante estaba justo al final de la nave, con la flecha del fuselaje proyectándose hacia el ápice. Las pequeñas aletas delanteras se habían cerrado a los lados poco después de despegar. La gran ala era un laberinto de tuberías. El vapor, calentado por la conducción, hacía girar un generador y pasaba a través de las tuberías de enfriamiento antes de volver a comenzar desde el principio. La mayor parte de la potencia alimentaba el campo de fusión del tubo de conducción; el resto proporcionaba energía al sistema de apoyo vital.

En un sentido, el símil de «flecha» era inexacto. La flecha se extendía hacia los lados, llevando una antorcha ardiendo en la panza.

Kzanol gruñó su descontento. ¡Las cartas le habían fallado de nuevo! Recogió la serie entre sus manos, las acomodó bien y luego las lanzó violentamente. Luego, despacio, se puso de pie. La conducción desarrollaba cierta gravedad, y no estaba lo bastante acostumbrado al peso extra. Se sentó en la mesa del casino y buscó en un cajón. Se encontró con otra mesa, la abrió, dejó que el barajador automático jugara con ellas durante un rato, luego las cogió y comenzó a hacer solitarios. El suelo alrededor de él estaba completamente cubierto de tarjetas de plástico magnetizadas.

Quizá debía pensar algún castigo para el piloto que le había enseñado ese juego.

Piloto y copiloto estaban sentados sin moverse en la sala de control. De vez en cuando el piloto utilizaba sus manos para cambiar un poco el rumbo. Cada catorce horas más o menos, el copiloto le traía a Kzanol un vaso de agua, y luego volvía a su asiento. Gas actinic salía de la panza de la nave, empujándola a enormes velocidades.

Era una noche hermosa. Habían pasado años desde que Garner viera por última vez las estrellas. En las ciudades no podían verse a través de la niebla, el humo y el resplandor de neón; los continentes americanos eran en su mayoría ciudades. Pronto las vería con más claridad de lo que las había visto en medio siglo.

El aire era como el soplo de Satán. Garner estaba empapado de sudor, igual que Anderson y Neumuth.

—Sigo diciendo que lo podemos hacer solos —dijo Anderson.

—No sabrías qué buscar —aseguró Garner—. Yo he estado practicando para esto: he leído ciencia ficción durante décadas. Siglos. Neumuth, ¿adonde vas?

Neumuth, el tipo pequeño de tez oscura, se había vuelto y salía.

—Ha llegado el momento de sujetarse —contestó—. Buen viaje.

—Se dirige a la carlinga del elevador —contestó Anderson—. Con este ascensor nos situaremos en la nave.

—¡Ojalá pudiera verla mejor! Es solamente una gran sombra.

La sombra tenía como una joroba: era como un planeador de papel con un gran lagarto colgando de su parte posterior. El planeador de papel era un cohete a propulsión, cuyo combustible era el hidrógeno, y utilizaba el hidrógeno líquido enfriado para obtener su propio oxígeno líquido en vuelo. El cilindro que colgaba en la parte superior era un crucero de conducción de fusión con utilería para trabajos de rescate; podía llevar a dos hombres.

La utilización del motor de fusión en la atmósfera de la Tierra había sido una gran ofensa. Al despegar dieciocho horas atrás, Masney y Kzanol/Greenberg habían roto doce leyes locales, cinco internacionales y un tratado con el Cinturón.

Otra nave emitió un gran ruido al despegar. Garner pestañeó ante la luz.

—Ésa es la nave que nos hará la recepción —comentó Anderson.

Luke estaba cansado de hacer preguntas aparentemente idiotas. Decidió que otra más no le iba a gustar a Anderson. Si el tipo quería explicarle por qué necesitaban una recepción, entonces que le dijera.

Habían llegado al arranque de la escalera móvil.

—Me reuniré contigo arriba —le dijo Garner, apretando su cenicero.

Anderson se quedó quieto, atónito, viendo cómo una silla de inválido volaba igual que un platillo volante. Un miembro del Consejo utilizando ilegalmente una máquina voladora… ¡Un miembro del Consejo!

Anderson subió las escaleras silbando. Este viaje iba a ser entretenido.

—Deje la silla en la plataforma de la escalera móvil —le dijo, una vez arriba—. Haremos que la lleven al club Struldbrug. Allí la cuidarán. Le llevaré dentro, señor.

—Coja mis medicinas; yo caminaré —le dijo Garner, y así lo hizo; moviéndose y utilizando sus brazos para sujetarse, con dificultad, llegó a su sillón de vuelo.

Anderson había encontrado las medicinas y le seguía. Comprobó el equipo de choque de Garner antes de sentarse en su puesto.

—¿Neumuth? Listos —dijo Anderson, como si hablara al vacío—. La nave a propulsión que acaba de partir lleva cohetes de combustible sólido tan grandes como la *Heinlein*. Aquí no tenemos más potencia que el *Golden Circle* y nos llevan un día y medio de distancia; utilizaremos los cohetes para que nos den un impulso inicial. No es muy eficaz, pero si funciona…

—…Será estupendo —concluyó Garner por él.

Su voz casi no salió de sus pulmones, debido al empuje del acelerador lineal. Durante cinco segundos duró la carga, dos gravedades; luego los motores entraron en funcionamiento y despegaron.

Necesitarían dos días de una aceleración bastante incómoda para llegar allí los primeros, pensó Garner, oprimido en su sillón. Sus viejos huesos se resentían. Se había dejado los aparatos en su silla. Este viaje iba a ser interesante.

Lars se estaba comiendo un sandwich de sardina y huevo cuando sonó el vibrador. Lo descolgó con cuidado, utilizando las dos manos para que no se cayera en la gravedad, que cada vez era menor. Se limpió las manos en el mono, que solía lavar con frecuencia, y se dirigió al transmisor.

El rayo había cruzado el vacío en un instante. La radio lo tradujo en sonido. Lo que salió fue la voz de Cutter, encargado en Ceres.

—Gracias, Eros, se ha recibido su mensaje completo. No más emergencias esta vez, Lars. La base de Topeka nos ha llamado hace ocho horas dándonos los datos del

despegue y el curso. Según vuestro informe, el decolaje se realizó con cinco minutos de retraso, pero eso es común. Manténganos informados. Gracias, Eros, se ha reci…

Lars desconectó y volvió a su sandwich. Se preguntó por un momento si Cutter se habría dado cuenta de que la nave de la armada estaba siguiendo a las dos que habían salido hacía dieciocho horas. Por supuesto que sí.

—Te estás preocupando demasiado —dijo Dale Snyder.

Judy se encogió de hombros.

De nuevo Dale contempló los párpados, que aparecían hinchados por debajo del maquillaje, las líneas poco familiares del rostro de veintiocho años de Judy, su mirada muerta sobre el vaso de café, su posición rígida en lo que debería ser una silla cómoda.

—Mira —le dijo—, tienes demasiadas cosas en la cabeza. ¿Has considerado la posibilidad de romper el acuerdo con Larry sobre el adulterio? Por lo menos, eliminarías una de tus tensiones. Y no le estás ayudando al preocuparte de esa manera.

—Lo sé, lo he pensado; pero… —sonrió— no con un amigo, Dale.

—¡Oh!, no quería decir eso —comentó Dale Snyder rápidamente, enrojeciendo. Por fortuna las vendas aún le cubrían la mayor parte del rostro—. ¿Porqué no te vas a Las Vegas? Está llena de divorciados de ambos sexos, la mayoría de ellos temerosos de volverse a casar. Es ideal para un asunto corto. Lo dejarás cuando Larry vuelva.

Debió haber puesto demasiada seguridad en su última frase, porque la mirada de Judy no se separó del vaso y se relajó inmediatamente.

—No lo creo —le dijo.

—Piénsalo detenidamente. Incluso puedes distraerte.

Dos gravedades. Doce horas antes se habría asustado. ¿Dos gravedades sobre su espalda? Luke lo podría haber soportado sobre su cabeza, pero hacía doce horas, doce horas de doble peso, de ruidos de metal y sin dormir. Los motores de fusión resonaban afuera, en el casco. Se habían librado ya de dos. Quedaban diez, encendidos de a dos a la vez. Hasta dentro de día y medio, la gravedad en la nave no sería la normal.

Las estrellas eran unos puntos luminosos. Nunca había estado el cielo tan negro y las estrellas resplandecido tanto. Luke tenía la impresión de que cavarían pequeños agujeros en su retina si fijara los ojos en un solo punto. Pequeñas cegueras multicolores a añadir a su colección de cicatrices. La Vía Láctea era un río lleno de niebla de luz, con puntos recortados que respandecían a través de él.

Y aquí estaba. A los setenta y dos años había viajado por primera vez en una nave de pasajeros: una nave orbital, fea y pequeña. Entonces le habían dicho que era demasiado mayor para comprar un billete. ¿Qué era entonces ahora? Quería reírse, pero sentía cierta presión en el pecho.

Con esfuerzo, volvió la cabeza. Anderson estaba colocando una lámina de plástico transparente sobre una parte del panel de control. Casi todo el panel estaba ya cubierto con plástico. Vio que Luke le miraba, y dijo:

—No hay nada que hacer de ahora en adelante, excepto vigilar por si aparecieran meteoritos. Nos hemos situado por encima del Cinturón.

—¿Podemos permitirnos ese tiempo extra?

—Por supuesto, si se dirigen a Neptuno —la voz de Anderson sonaba alegre y enérgica, aunque disminuida por el peso extra en sus mejillas—. En cualquier caso, nos llevarán ventaja adonde quiera que vayan, y no lo sabremos con seguridad hasta que hagan su rotación.

—Tendremos que correr el riesgo, entonces.

El peso extra no le molestaba a Anderson. Una gravedad es el estándar para las naves pilotadas por hombres. Algunas naves de rescate del Cinturón tienen mecanismos especiales para disminuir el tiempo de transición. Suele servir de algo, pero no siempre. A una aceleración continua, la disminución en la duración del viaje varía con la raíz cuadrada del aumento en potencia. Greenberg y el ET tenían que suponer que sus perseguidores, si sabían que existían, permanecerían siempre a un día y medio detrás de ellos en su viaje a Neptuno.

El aparato especial de empuje sólo se puede usar una vez. La cámara cilindrica contiene hidrógeno bajo presión y un centro de aleación de uranio. El generador del campo de fusión es externo al aparato; se queda con la nave cuando el cilindro se desprende. En el momento en que la capa protectora se forma dentro de la cámara, los neutrones de la parte central comienzan a reflejarse en la masa de uranio y todo desaparece en la reacción en cadena. Como con el tiempo disminuye la presión dentro de la cámara, la pequeña abertura se ha diseñado con el fin de que se desprenda, manteniendo la aceleración constante.

Esta vez el aparato sería vital. El *Heinlein* llegaría a Neptuno seis horas antes que los otros.

¡Si llegaran antes a Neptuno! Pero si Diller se hubiera equivocado, o hubiera mentido; si Diller, como Greenberg, creyera que es un extranjero, si las naves se dirigieran a algún asteroide, entonces el *Heinlein* se pasaría de largo. Cuando los otros hicieran la rotación sería demasiado tarde: el Heinleln iría demasiado deprisa.

Por supuesto, siempre quedaban los misiles. Y el Cinturón consideraría una violación del Tratado si el *Golden Circle* o el *Iwo Jima* aterrizaran en el Cinturón. Querrían atacar.

Pero también estaba Lloyd Masney.

Con un minuto de retraso en la transmisión, la discusión de Garner con Chick Watson había sido pesada e improductiva. Ahora Chick sabía todo lo que él sabía —excepto los mil detalles que había recogido sobre la vida de Greenberg—, y llegaron a algunas decisiones obvias. No enviarían ninguna otra nave desde la Tierra, porque obviamente llegarían demasiado tarde para ayudarles. La Tierra haría fuego si viera que cualquiera de las naves objetivo llegaba a algún sitio y volvía. Chick mantendría abierta su comunicación para Garner, listo para buscarle cualquier información que necesitara, y faltaba tomar otra decisión…

—No, no podemos pedir ayuda al Cinturón —la expresión de Chick no parecía corroborar lo que estaba diciendo—. No en la situación en que están nuestras relaciones con el Cinturón en estos momentos. Sabes lo que pasaría si nos embargaran el uranio, y lo que les sucedería a ellos si cortásemos los envíos de vitaminas, y ambas partes están deseando ver quién se derrumba antes. ¿Crees que se creerían una historia como la tuya? Todas las pruebas que les podemos ofrecer son de segunda mano, según su punto de vista. Pensarán que estamos llevando a cabo una operación de búsqueda o intentando reclamar una luna. Y pueden pensarlo, porque todo lo que saben es que tres naves partieron de la Tierra camino de Neptuno. Peor aún: pueden suponer que el amplificador telepático no tendrá alcance más allá de la Tierra, en cuyo caso preferirían tratar con Greenberg, rey del mundo, que con nosotros.

—Nunca lo hubiera pensado —contestó Garner—; pero tienes razón, no viene a cuento el gritar pidiendo ayuda. Debe haber una solución mejor.

Decidieron esperar. Si estaban en lo cierto, si la nave robada se dirigía al octavo planeta, volvería dentro de seis días. Luke y Anderson no tenían nada que hacer hasta que el ET les diera sus órdenes.

Finalmente, Luke se durmió sonriendo, por la presión sobre sus mejillas. Anderson también se durmió, y dejó que el autopiloto hiciera su trabajo.

A las 21.10 del día siguiente, los dos últimos aparatos unidos a la nave se quemaron y desprendieron. Ahora seis parejas de cilindros de metal seguirían al *Heinlein* durante millones de kilómetros. En un siglo alcanzarían el espacio interestelar. Algunos eventualmente pasarían entre las galaxias.

La nave se deslizaba ahora muy confortablemente. Luke comenzó a hacer ejercicios con sus músculos faciales y Anderson entró en la escotilla para realizar ejercicios isométricos.

Los peñascos del Cinturón se deslizaban por debajo de ellos, cada vez a mayor velocidad.

Era un hombre con apariencia de clérigo y voz monótona, y se llamaba a sí mismo la Base de Ceres. Por su apariencia se deducía que nunca debía haber tenido un nombre propio. Quería saber qué estaba haciendo una nave de la Tierra en el Cinturón.

—Tenemos paso libre —le dijo Anderson.

—Sí —dijo Ceres—. Pero ¿cuál es el objetivo del *Heinlein*?

Garner murmuró:

—Déjame el micrófono.

—Hable, puede oírle.

—Ceres, aquí Lucas Garner, consejero de las Naciones Unidas. ¿Por qué este repentino cambio?

—Señor Garner, su autoridad no existe aquí en…

—No es eso lo que le pregunto.

—¿Perdone?

—Se acaba de dar cuenta de que seguimos al *Golden Circle*, ¿no es así?

—¿Es verdad? ¿Con qué fin?

—Eso no es asunto suyo, pero se lo diré a alguno de sus superiores si me pone en contacto con el indicado. Hágalo en seguida; cada minuto que pasa es una pérdida de tiempo para nosotros.

—El Cinturón no le permitirá el paso a menos que explique su objetivo aquí.

—El Cinturón no nos tocará. Adiós.

Al oír la señal, Marda se levantó del sofá y se dirigió despacio hacia la cabina telefónica. Ya sólo sentía un ligero tirón en el abdomen debido a la operación quirúrgica, aunque ésta había tenido lugar hacía doce horas. Sólo un ligero tirón cuando se movía le recordaba lo que había perdido.

—¡Lit! —llamó—. Ceres. Es para ti.

Lit llegó corriendo desde el jardín. Cutter parecía aprensivo por primera vez.

—¿Te acuerdas de las dos naves robadas de la base de Topeka? Otra más se une a ellas.

—Retenles. Les hemos avisado hace días. ¿Cuándo despegaron?

—Hace dos días.

—Dos días, Cutter…

—Lit, el *Heinlein* nos dio todo tipo de avisos y una exacta proyección de su curso. Usa impulsores especiales. La curva de posición/tiempo es completamente diferente a la curva de los bandidos. Tardé mucho en darme cuenta que iban en la misma dirección.

—Demonios; no importa, Cutter. ¿Algo más?

—El *Heinlein* está pasando ahora sobre Ceres. ¿Quieres hablar con Lucas Garner, consejero de las Naciones Unidas?

—¿Un consejero? No… ¿Qué está haciendo aquí un consejero?

—No me lo dirá. Quizá te lo diga a ti.

—¿Por qué estás tan seguro de que el Cinturón no nos detendrá?

—Bueno, no nos pueden dar alcance y abordarnos. Todo lo que pueden hacer es lanzar misiles contra nosotros, ¿de acuerdo?

—¡Qué alegría me das!

—Escucha, la gente del Cinturón no es estúpida…

Un caucasiano bronceado y de pelo negro les miró a través de la pantalla y dijo:

—¿Tengo el honor de dirigirme a Lucas Garner, a bordo del *Heinlein*?

—Así es. ¿Quién es usted?

—Charles Martin Shaeffer. Primer orador, Sección Política del Cinturón.

—¿El *pequeño* Shaeffer?

El rostro del hombre se paralizó por un instante, luego sonrió ligeramente.

—Me llaman Lit[*]. ¿Qué hace aquí, Garner?

—Se lo diré, Shaeffer. Pero no me interrumpa; es una larga historia.

En quince minutos le contó todo. Shaeffer escuchó sin hacer ningún comentario. Luego hubo preguntas. Shaeffer quería detalles, aclaraciones. Volvió a repetir algunas preguntas. Había acusaciones veladas, cada vez menos veladas. Anderson mantenía el rayo fijo y dejaba que Luke hablara. Después de una hora de preguntas y respuestas, Luke se quejó:

—Esto parece un examen de grado, Shaeffer.

—¿Qué espera que haga, tragarme todo su cuento? Necesita revisar su opinión acerca de la gente del Cinturón.

—No, Shaeffer, no lo necesito; nunca esperé que me creyera. No puede permitirse el creerme. El valor de la propaganda sería enorme si la Tierra le inmiscuyera en tal historia.

—Naturalmente. Por otra parte, lo que usted está intentando decirme es que un extraño monstruo está amenazando a toda la civilización humana. En vista de esto, parece raro que rehuse contestar unas pocas preguntas.

—Shaeffer, haga esto: envíe unas naves armadas…

—No acepto órdenes.

—No me interrumpa. Haga que unas cuantas naves armadas me sigan hasta Neptuno. Estoy seguro de que es ahí donde se dirigen, pues ya han pasado el punto de rotación de la mayoría de los asteroides. Sus naves no tardarán en alcanzarnos. Puede que lleguen a tiempo de ayudarnos, y puede que no. Si cree que soy un mentiroso, envíe sus naves con el único fin de asegurarse de que no soy un cazador furtivo. Sin contar con lo que usted piensa de mí, necesitará naves para detenerme, ¿no es así?

»Pero ármelas, Shaeffer, ármelas bien. Su otra única posibilidad es iniciar una guerra. Si quiere confirmar mi historia, llame a la oficina de Los Angeles; luego llame a la Exhibición de Culturas Comparativas de las Naciones Unidas en la ciudad de Brasilia y pregúnteles si aún tienen la Estatua del Mar. Es todo lo que puede hacer. Llámeme y dígame cuántas naves envía.

Luke hizo un gesto a Anderson para que desconectara.

—Nos lo hemos quitado de encima —comentó Anderson.

---

[*] Lit, apócope de *little*, pequeño.

—No del todo. Él hizo lo correcto, y seguirá haciéndolo. Primero enviará esas naves detrás de nosotros, incluyendo una con antirradar, que llegará más tarde que el resto debido a su peso extra. Llamará a la Tierra e intentará confirmar mi historia. Lo peor que puede pensar de mí es que estoy loco. Finalmente nos llamará y nos dirá que envía tantas naves, dejando aparte el antirradar. Esta nave furtiva le dará la oportunidad al Cinturón de cogerme con las manos en la masa haciendo cualquier cosa ilegal que rompiera el tratado, especialmente porque yo no sé que los del Cinturón descubrieron el antirradar.

—Vaya, vaya.

—Pero si no me cogen haciendo algo ilegal, cooperarán conmigo.

—Es estupendo; pero ¿podrán darse cuenta que les estábamos diciendo la verdad?

—Por supuesto. Se armarán contra nosotros, y un arma es un arma. Además, algunos de ellos me creerán. Los del Cinturón están siempre esperando el primer contacto exterior. Estarán armados para resistir —Garner se rascó la cabeza—. Ahora me pregunto… ¿para qué estará armada la Estatua del Mar?

Un dolor de muelas es bastante soportable, pues no es muy doloroso. Pero lo que hace que una víctima desgraciada piense en el suicidio es el dolor que nunca acaba. No hay salida en ese caso.

Marda sentía un cierto tirón en su abdomen cada vez que se movía.

Muchas mujeres del Cinturón no tendrían niños jamás. A algunas las tormentas solares les habían secado los ovarios; otras eran frígidas, porque su frigidez les ayudaba a soportar la soledad. Algunas tenían genes recesivos. En contra de la creencia popular terrestre, el Cinturón tenía leyes de fertilidad. Algunas no podían concebir en libertad; había una clase especial, los exiliados del Confinamiento.

¿Qué estaría haciendo Lit en el teléfono? Ya casi había pasado una hora. Estaba furioso, podía verlo: nunca le había visto tan fuera de sí. Incluso cuando la pantalla se apagó, se quedó sentado frente de ella y siguió mirándola.

Algo hizo a Marda levantarse y empujar la puerta a prueba de ruidos. Lit volvió la cabeza.

—Este hombre… ¿Te puedes imaginar, Marda, a un jefe enojándose conmigo?

—En verdad te ha sacado de tus estribos. ¿Qué ha sucedido, Lit?

—Pues… ¿Te acuerdas de aquellas dos naves que partieron de la base de Topeka sin…? —le dijo, golpeándose las manos.

—No me has dicho nada.

—Ya, lo olvidé —ella había estado demasiado preocupada como para escucharle—. Pues verás, hace dos días…

Cuando terminó ya estaba casi del todo tranquilo. Marda le dijo:

—Pero Lit, has examinado todo lo que él te ha dicho durante una hora. ¿Qué más podía hacer él que cortar, o admitir que estaba mintiendo?

—Así es. Lo que me pone furioso es pensar en la historia que me ha endilgado.

—¿Estás seguro de que mentía? Desde luego, suena como algo demasiado fantástico.

—Así es, querida, demasiado fantástico.

—Entonces, olvídalo.

—Eso no arregla nada. ¿Qué quiere en Neptuno? ¿Por qué necesita *tres* naves? ¿Y porqué manda el *Golden Circle* de Titán Enterprises?

—¿Para apoyar su historia?

—No. Creo que es precisamente al revés: fraguó esa historia para adecuarla a los hechos —se volvió despacio y contempló la pantalla. Permaneció así un rato, mientras

Marda le miraba, y luego dijo—. Voy a tener que hacer lo que me ha dicho, y eso no me gusta. Recuérdame que algún día te diga por qué odio a los jefes.

—De acuerdo; más tarde, hoy mismo.

—Buena chica —pero al instante ya se había olvidado de ella. Permaneció aún sentado mirando la pantalla, pues no quería dar órdenes a Ceres antes de pensarlas detenidamente. Finalmente murmuró—. No puedo alcanzarle desde Ceres. Enviaré naves desde los troyanos. Él pasará justo sobre ellos; estaremos detrás de él antes de lo que piensa. Y… también puedo enviar una a prueba de radar. Operador, conexión con Aquiles, rápido.

Por supuesto, todo esto puede ser una patraña, pensó, mientras esperaba que el operador le volviera a llamar. Bien, suponía una distracción en la vida del Cinturón. De todos modos, no se saldrían con la suya. Vigilaría cualquier nave que despegara de la Tierra o la Luna. Haría abordar algunas de ellas y haría seguir a las que no se lo permitieran. La Tierra también tendrá su parte: haré que nuestro sistema de espionaje piense que se acerca el fin del mundo.

Cuatro días y medio más tarde, ninguno había cambiado el rumbo. Parecía que en verdad se dirigían a Neptuno; si ése era el caso tendrían que girar dentro de dieciocho horas.

Anderson tuvo que cambiar el rumbo, y así lo hizo.

—Llegaremos seis horas antes que ellos —le dijo a Garner.

—Está bien.

—Desde luego, se les puede adelantar si no van al espacio exterior. Sería una coincidencia que fueran en esa dirección; pero entonces los perderíamos.

—¿En esas naves? Nunca dudé que se dirigían a Neptuno. No quiero correr ningún riesgo.

—Sólo era una hipótesis. ¿Qué le parece si comemos?

—De acuerdo, ya casi ha pasado el mediodía.

La zona vital no tenía suficiente espacio como para poder caminar, pero disponía de una cocina automática. Una de las cosas que los conquistadores del espacio habían aprendido era que el caviar era más barato que las papas o el maíz, y su valor como alimento era superior, de aquí que Garner y Anderson comieran crêpes «Veronique», preguntándose a su vez cuánto tardarían en quitarse los kilos que estaban aumentando.

Mientras colocaban los platos en su sitio de nuevo, a Garner le comenzó a preocupar otra cosa.

—¿Podemos hacer girar el telescopio?

—Sí. ¿Por qué?

—Para ver a las otras naves; todavía nos adelantan y nosotros nos estamos moviendo un poco hacia atrás respecto de ellas.

—No podemos verlas ahora debido al resplandor de nuestra propulsión, pero las pasaremos dentro de seis horas, y a partir de ese momento podremos vigilarlas.

—Nunca les alcanzaremos —comentó el hombre que iba en la nave de capitana. Era alto, de tez oscura, con el pelo prematuramente encanecido—. ¡Nos llevan tres días de ventaja!

Alguien les respondió:

—Habrían sido cuatro días si no hubiéramos partido de Aquiles.

—Algo a la vista —dijo una de las otras naves.

Todas eran naves sencillas, con el material de guerra necesario para cumplir sus obligaciones en los asteroides troyanos de Júpiter.

—Manchas pequeñas de hidrógeno; se mueven casi a la misma velocidad que nosotros, jefe. A juzgar por la estela roja, van por delante de ella.

—¿Es demasiado tarde para llamar a Ceres?

—Directamente sí. Ceres estará detrás de los troyanos por un rato.

—Tartov, llama a Phoebe y di que tres naves acaban de pasar Urano en ruta hacia Neptuno, todas ellas más o menos a la misma velocidad. Quiero un informe de cada una de ellas.

—De acuerdo, Lew.

La escuadrilla de cinco naves parecía un grupo de luciérnagas. Las separaban miles de kilómetros, pero permanecían lo bastante próximas para evitar retrasos en los mensajes. La distancia habría hecho imposible que se vieran unas a otras si hubieran utilizado combustibles químicos o iones como propulsión, pero los resplandores de las conducciones de fusión brillaban más que cualquiera de las estrellas que les rodeaban.

—¿Lew?

—Dime.

—Estoy seguro de que una de ellas es una nave lunar especial, pues deja una larga estela de oxígeno.

—Vaya, los jefes son gente concienzuda; vas a tener que creerle.

Tartox comentó:

—Deben seguir el rastro de algo importante, terriblemente importante.

Ninguno de los demás habló; se reservaban su opinión. Detrás del enjambre cada vez más distante, una solitaria luciérnaga seguía la persecución.

Algo pasó, similar a un cometa descendiendo, si tal cosa existiera.

—Ahí va Greenberg —comentó Anderson.

La luz blanco azulada desapareció poco a poco entre las estrellas.

—El *Golden Circle* pasará en unos minutos —añadió—. La nave de Greenberg la adelanta por poco.

Garner no contestó. Anderson se volvió para mirarle.

—¿Algo le preocupa? —le preguntó amablemente.

Garner asintió.

—Lo he estado pensando durante varios días, y me acabo de dar cuenta de que no hay una buena respuesta. Es lo mismo que intentar mantener cercado un telepuerto.

—¿De qué se trata?

—De intentar que ninguno de los pájaros se apoderen del amplificador ―golpeó la silla como ausente―. Verás, nosotros no podemos llegar los primeros, porque no sabemos cómo planean encontrarlo. Probablemente apenas se acuerden de dónde lo dejaron.

»¡No sabemos ni su tamaño! No podemos detenerles. No podemos detener al ET, porque nos haría desaparecer. Tendríamos problemas con Greenberg, ya que su nave está armada y Masney puede utilizar los lanzadores —Garner parecía la máscara griega de la tragedia, pero su voz era la de una persona preocupada—. Me parece que lo único que podemos hacer es disparar en cuanto les tengamos a nuestro alcance.

—¡No puede hacer eso! —protestó Anderson—. Mataría a Greenberg y a Masney.

—Yo no quiero matarlos; pero… déme otra posibilidad.

—¡Bueno, démela a mí también; no he pensado aún sobre eso! —su cara se contrajo y su semblante se pareció al de Garner—. ¡Ya lo tengo!—exclamó de repente—. No tendrá que dispararles en cuanto les tenga al alcance; espere hasta ver si lo que están buscando se encuentra verdaderamente en Neptuno.

—¿Y de qué servirá eso?

—Puede ser que lo hayan dejado en alguna de las lunas, o en órbita. Pero si ha sido en Neptuno, no podrán cogerlo. Ninguna de los dos naves tiene suficiente potencia, pues la gravedad de Neptuno es mucho mayor y no podrán aterrizar.

—Mmm. No es del todo correcto: la nave del ET sí puede hacerlo. Pero es una buena idea.

—¡Le apuesto lo que sea a que sí es correcto! —le contestó Anderson, enfurecido—. ¿Cómo demonios va a poder salir de allí?

Lucas Garner parecía haber tenido una visión. Después de unos segundos preguntó:

—Hijo, ¿nunca pensaste unirte a los jefes?

—Por qué… —comenzó Anderson con modestia.

—¿Quién eres?

Los dos se miraron sorprendidos.

—¿QUIÉN ERES…?

—Lucas Launcelot Garner. Jefe.

—Leroy, el hijo de George Anderson, el astronauta.

—NO QUIERO QUE ME SIGAN.

La mente parecía a punto de explotar de furor. Incluso cuando sólo pensaba en voz alta, hacía que Garner y Anderson se sintieran física y mentalmente paralizados. Luego se produjo una decisión. Anderson se dirigió al panel de control; sus uñas rascaron el plástico y comenzó a manejar los mandos.

Garner le empujó y le alejó del panel con una mano.

Algo le sujetó. Garner sintió que su corazón se detenía. ¿Ha llegado el momento?, se preguntó. Su visión se volvió rojiza y perdió el conocimiento.

Volvió en sí con un ruido dentro de la cabeza. Anderson parecía muy preocupado. Tenía un pulverizador hipodérmico en la mano.

—Menos mal —murmuró—, pensé que se había muerto.

—El corazón se me paró —murmuró Garner—. La primera vez que me ha sucedido. ¿Qué utilizaste?

—Adrenalina en el corazón. ¿Se encuentra bien?

—Por supuesto, considerando lo pasado.

El joven piloto estaba aún pálido.

—¿Sabe lo que me ordenó que hiciera? Apagar el campo de fusión… Lo habrían visto desde la Tierra; hasta con luz de día lo habrían visto. ¡Menos mal que me detuvo! ¿Cómo sabía lo que iba a hacer?

—Deduje lo que el ET quería. No importa. ¿Cómo supiste que se trataba de mi corazón?

—Sentí lo que el ET hacía. Bueno, no tenemos que preocuparnos más de él hasta que lleguemos a Neptuno. Desapareció justo después de detenerse tu corazón.

—Tratándose de este pájaro, tendremos que ser los primeros en disparar.

—Será un placer —le respondió Anderson, completamente furioso.

Kzanol intentó con todas sus fuerzas penetrar en las mentes del enemigo, pero le fue imposible. No solamente era debido a la distancia, sino también a la diferencia en velocidades, que constituía algo más que una barrera. Una mínima diferencia relativa en niveles de tiempo hacía imposible la comunicación, incluso entre dos thrintos.

Volvió de nuevo su atención a las cartas. El piloto, que era inglés, llamaba a este juego Paciencia, y era un buen nombre, pues Kzanol estaba aprendiendo a tener paciencia. El suelo del recinto estaba lleno de tarjetas de plástico, pero había sobrevivido a diez juegos perdidos. Era el último mazo cerrado que quedaba.

Emitiendo ruidos con su garganta, como el carnívoro que era, Kzanol reunió las cartas y las barajó. También estaba mejorando su coordinación, y había aprendido algo sobre sí mismo: no dejaría que un esclavo le viera hacer trampas. Había hecho trampas una vez y el piloto casi lo descubre, pero ya no volvería a hacerlo.

Kzanol dio un salto. ¡Había otro! Estaba demasiado alejado para poder controlarlo, pero lo suficientemente próximo como para notarlo, y la imagen no tenía nada que ver con la distancia, como si se hubiera despertado el esclavo, pero… diferente.

Durante media hora estuvo a su alcance. Esta vez Kzanol estaba convencido de que no había ningún otro esclavo en la nave. No se le ocurrió pensar en otro thrinto, pues habría reconocido la forma de dar órdenes de un thrinto.

A las 0600 de la mañana siguiente la nave de Greenberg dio la vuelta, y comenzó la etapa de frenado hacia Neptuno. Tres minutos después el *Golden Circle* hizo lo mismo. Anderson descubrió las señales en su cámara al despertarse: una luz fuerte que se convertía despacio en una línea brillante, luego se contrajo con la misma lentitud en un punto brillante.

El tiempo pasaba despacio. Garner y Anderson se entretenían en un torneo que jugaban sobre la pantalla: una serie de puntos colocados de forma rectangular que había que unir con líneas. Ganaba el jugador que completaba mayor número de cuadrados. Casi todos los días subían las apuestas.

En la mañana del último día Garner consiguió desquitarse. Hubo un momento en el que iba perdiendo casi once mil dólares.

—¿Ves? —dijo—. Uno no deja los placeres cuando envejece.

—Solamente uno —comentó Anderson pensativamente.

—No; en realidad muchos más —admitió Garner—. Mis gustos han ido desapareciendo con el paso de los años, pero espero que alguien algún día encuentre el modo de reemplazarlos. Lo mismo que mi columna vertebral, que también se está deteriorando.

—¿Deteriorando? ¿Quiere decir que no fue por un accidente, que los nervios se murieron?

—Como si entraran en coma, más o menos.

Cambiaron el tema de conversación.

—¿Tiene alguna mejor idea sobre lo que haremos al llegar a Neptuno? ¿Nos esconderemos en una de las lunas y vigilaremos desde allí?

—Así es, exacto —contestó Garner.

Pero media hora después preguntaba:

—¿Podremos llamar a la Tierra desde aquí?

—Solamente mediante el máser —comentó Anderson, con cierta duda—. Todo el mundo en la Tierra podrá escucharlos, ya que el rayo se abrirá mucho a tal distancia. ¿Ha deducido algo nuevo de la gente que viene con nosotros?

—No te preocupes por eso. Prepara un rayo.

En media hora Anderson centró el máser.

—Si quieres a tu madre, estás muerto —le avisó a Garner.

—Mi madre murió hace tiempo, casi un siglo, y ella creía que era anciana —tomó el micrófono—. Atención Cuarteles Jefes, aquí Lucas Garner, de la Policía Tecnológica de las Naciones Unidas.

Al ver que se demoraba en seguir, Anderson arqueó las cejas, preguntándole:

—¿Acaso está esperando una respuesta?

—Por supuesto que no. Es que a veces es difícil romper con los hábitos.

»Aquí Garner llamando al Cuartel General de la Tierra. Por favor, contesten a Neptuno. Necesitamos urgentemente la siguiente información, de parte del doctor en física Dorcas Jansky. Pregunta: un campo retardador, ¿refleja completamente el radar? Repito, completamente. Pregunta: ¿el traje del ET haría lo mismo? —dejó el micrófono—. De acuerdo, hijo, repítelo varias veces.

—Está bien, se está repitiendo; y ahora dígame de qué se trata.

—No sé por qué he tardado tanto en pensarlo —comentó Garner—. El ET ha estado congelado durante unos dos mil millones de años, según Greenberg, y creo que decía la verdad. No podía saber que había algo en Neptuno… a menos que *lo hubiera puesto allí* hace dos mil millones de años. ¿Cómo podía asegurarse de que no había caído en otro sitio, al cabo de tanto tiempo?

—Porque estaba en un campo retardador.

—Exacto.

Anderson miró el cronómetro.

—Tendrán su mensaje en algo menos de ocho horas; suponga una hora más para situar al científico…, y nos llamarán a eso de las 1930. Así que vamos a dormir un poco; nos despertaremos a las cero trescientos de mañana, algo antes de que lo recibamos.

—De acuerdo. ¿Pildoras para dormir?

—Vaya —Anderson apretó los botones de la caja de medicinas—. Luke, creo que vas a esperar la respuesta de la Tierra.

—No puedes probarlo, hijo.

Veintiuno por cuarenta y cinco. Garner estudió el tablero durante un momento, luego trazó una línea entre dos puntos de luz. La aguja, que seguía los movimientos de la punta de su pluma, reprodujo la línea en el tablero y formó un nuevo cuadrado.

La radio comenzó a sonar entonces, y lo sobresaltó.

—Aquí Cuartel General llamando a la nave espacial *Heinlein*. Cuarteles Jefes llamando a Lucas Garner, nave espacial *Heinlein*. Garner, aquí Chick. He contactado con Jansky esta mañana y se ha pasado tres horas haciendo experimentos en nuestro laboratorio. Dice que un campo retardador refleja, repito, refleja, un cien por cien de energía de cualquier frecuencia, incluyendo el radar y cualquier otra cosa similar. Rayos visibles, ultravioletas, infrarrojos, radiaciones, rayos X.

»Por si estás interesado, te diré que existe una relación matemática en un campo retardador y un campo de fusión. Si Jansky consigue encontrarla, ¿quieres saberla? ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Echarme una mano en este juego —murmuró Luke, pero Anderson lo había borrado, así como la curva que Luke había trazado al azar con el brazo al oír la radio.

El hombre que iba en la nave capitana se pasaba nerviosamente los dedos por el pelo. Casi no tenía espacio en la sala de control.

—A todas las naves: ¿qué demonios querrá decir eso?

Al cabo de unos momentos alguien sugirió:

—Será un mensaje en clave.

Los demás, a coro, estuvieron de acuerdo con la idea. Luego Tartov preguntó:

—Lew, ¿tiene la Tierra algo llamado «campo retardador»?

—No lo sé, y a cualquier sitio que mandemos un mensaje la nave terrestre lo contactará.

—Alguien ha pedido información a la Sección Política sobre un campo retardador.

—¿Campo retardador?

—Campo retardador. Y nos han enviado el texto completo del mensaje a Garner.

Lit sonrió ligeramente.

—Los campos retardadores eran parte de la historia de Garner. Sé que es una persona seria, pero esto me parece ridículo.

Pensó en los miles de naves del Cinturón que había puesto en estado de alerta sólo por si la flota de Garner intentaba distraer su atención de algo más próximo a ellos, y pensó también en las cinco naves y en la prueba de radar que había enviado al espacio exterior. Garner no le permitía estar en reposo un solo instante.

—Está bien, jugaré este juego imbécil. Envía un mensaje al Cuartel General y pregúntales qué es lo que saben sobre campos retardadores.

A Cutter le sorprendió.

—¿Preguntarles a *ellos*? —luego se dio cuenta del chiste y sonrió; en Cutter la sonrisa siempre parecía algo falso.

Cuando el Cuartel General les informaron que no tenían ninguna idea sobre campos retardadores, Lit Shaeffer comenzó a tener serias dudas.

Garner se despertó al primer ruido de la alarma. Vio que Anderson bostezaba y abría los ojos, pero aún no veía nada.

—¡Meteoros! —le gritó.

Anderson se despertó del todo.

—No es nada raro —dijo.

—¿No?

—No. ¿Usted es de las personas que gritan «alarma» en un paseo lleno de gente? ¿Qué hora es?

—Las tres, o las cuatro —Garner miró hacia las estrellas—. No veo a Neptuno. ¿Por qué?

—Espere un segundo.

Anderson manipuló los motores y la nave dio la vuelta. Neptuno apareció ante ellos: una bola azul verdosa, como en una nebulosa. Era un mundo de una terrible frialdad.

—Aquí está. ¿Qué hacemos?

—Situémonos en órbita de búsqueda y utilice el radar. ¿Puede intentar localizar algo tan denso como materia estelar aplastada?

—¿Quiere decir que busque por debajo de la corteza? Así lo haré, capitán.

—¿Anderson?

—¿Sí? —ya estaba trabajando en el panel de los instrumentos.

—Acuérdate de que tenemos un tiempo límite.

Anderson le miró.

—Puedo situar la nave en órbita y terminar la búsqueda en cinco horas. ¿Le parece bien?

—Espléndido —Luke comenzó a preparar el desayuno.

—Sólo una cosa: estaremos en caída libre durante algún tiempo. ¿Podrá soportarlo?

—Por supuesto.

Anderson comenzó a moverse entre los mandos. Cuando hubo terminado, la nave descendió de proa hasta unos mil seiscientos kilómetros por sobre la superficie, dirigiéndose hacia el planeta con un impulso más o menos fuerte según los constantes reajustes de Anderson.

—Ahora no se preocupe —le dijo Anderson—. Estoy intentando mantenernos fuera de la atmósfera, pero si llegáramos a rozarla todo lo que tengo que hacer es detener el

motor. El motor es lo que nos mantiene justo en la órbita. Nos dirigiríamos hacia el espacio exterior, si lo apago.

—Así que eso es una órbita. ¿Cómo diriges la búsqueda?

—Pues sobre un mapeado básico seguiré las líneas de longitud. Torceré un poco el curso de la nave cada vez que crucemos un polo, de modo que podamos cambiar nuestra línea de búsqueda. No podemos simplemente dejar que el planeta gire bajo nosotros, porque de esa manera tardaría unas dieciséis horas.

El mundo giraba debajo de ellos. En la atmósfera el color era pálido, prevaleciendo un blanco azulado. Anderson situó el radar por debajo del horizonte; lo que en la pantalla se veía como aire estratificado era roca sólida.

—Date cuenta de que sólo se trata de descubrir si está ahí —comentó Anderson, una hora más tarde—. Si vemos una mancha, será que está localizado a unos ochocientos kilómetros, eso es todo.

—Es todo lo que necesitamos.

A las nueve, Anderson dio vuelta a la nave, dirigiéndola hacia afuera.

—No está ahí —dijo con desesperación—. ¿Y ahora qué?

—Dispongámonos para la lucha. Dirijámonos hacia Nereida y detengamos la conducción.

Las estrellas que relucían eran dos naves de conducción a fusión, ubicadas demasiado próximas al Sol como para poder ser vistas con facilidad. No podían ver al *Golden Circle*, pero la nave de Greenberg aparecía en un borde de la resplandeciente corona dorada del Sol. Garner y Anderson se dirigieron hacia Nereida, la luna más alejada de Neptuno; veían cómo la luz de la nave de Greenberg se hacía cada vez mayor.

A las 0930 la luz comenzó a cambiar de forma. Greenberg estaba maniobrando.

—¿Disparamos ahora? —preguntó Anderson.

—Mmmm. Mejor no. Veamos adónde se dirige.

Estaban en la parte nocturna del planeta. Greenberg se dirigía hacia Neptuno a un punto próximo a la línea del crepúsculo. Era claramente visible.

—No se dirige a Nereida —comentó Anderson. Los dos hablaban en murmullos, no se sabe por qué razón.

—Así es. O lo ha dejado en Tritón, o en órbita de Neptuno. ¿Podría estar en órbita al cabo de tanto tiempo?

—Preparados los misiles —murmuró Anderson.

Greenberg acababa de pasar el punto de giro hacia Tritón cuando comenzó a desacelerar.

—¿Se pone en órbita? —se preguntó Garner—. Debe estar loco.

Veinte minutos más tarde la nave de Greenberg era un punto centelleante entre los cuernos del creciente azul helado de Neptuno. Estaba cubriendo en su búsqueda la superficie, tal como ellos hicieran antes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Anderson.

—Esperaremos y veremos qué pasa. Ya no sé qué pensar, Anderson; no lo comprendo.

—Juro que no está en Neptuno.

—Mira… Mira, ya estamos todos aquí —señaló una ligera luz que apareció en el borde iluminado del planeta.

La bola verde azulada era mayor de lo que había pensado. Por primera vez, Kzanol se arrepintió de no haberse enterado de más cosas sobre el octavo planeta cuando tuvo

la posibilidad de hacerlo, hace dos mil millones de años. Preguntó a piloto y copiloto, que se acordaban de que Neptuno tenía una presión superficial de 1,23. Era igual que la Tierra, pero para Kzanol sería como dos y medio.

Miró por una de las ventanas. Apoyada la barbilla sobre el borde, tenía un rictus de preocupación. ¡Ya no faltaba mucho! En un sitio u otro. El piloto estaba situando la nave en órbita de búsqueda.

Alguien estaba ya allí.

Era el esclavo libre medio dormido, que había pasado a la mitad de su camino. Estaba casi al borde de la curva del mundo, pero volvería en unos dieciocho diltuns. Kzanol indicó al piloto que mantuviera en órbita estacionaria al *Golden Circle*. Dejemos que el esclavo busque, pensó.

La nave descendió, arrojando fuego a las estrellas. El esclavo libre estaba delineando un modelo de búsqueda. Kzanol le dejó hacer.

Se preguntaba cómo haría para descender con un motor que no tenía potencia suficiente. Dejó que el piloto lo pensara. Chocarían contra todo y bajarían, pero ni el piloto sabía cómo podrían salir de allí.

Kzanol/Greenberg no estaba en modo alguno preocupado. En su posición actual, el radar habría indicado la presencia de la nave de Kzanol en forma tan transparente como el aire. Incluso el mismo planeta era translúcido bajo el radar. Kzanol/Greenberg continuó mirando la pantalla, convencido de que aun si Masney no encontraba el traje, él lo encontraría.

—¿Por qué la otra nave no está buscando también? —se preguntaba Anderson—. Se mantiene flotando.

—Pareciera como si estuvieran de acuerdo —pensó Garner en voz alta—. Pero ¿cómo…? Ah, ya sé: el ET los tiene dominados a Masney y Greenberg, y les está dejando hacer el trabajo para él sin que se den cuenta.

—¿No lo harían más deprisa si trabajaran todos juntos?

—Empiezo a preguntarme si ese extranjero no es un tipo de aristócrata. Quizá considere que cualquier trabajo es propio de un esclavo, puesto que él es el señor… Pero el asunto es: ¿qué buscan, y dónde está? Mmmm… Mira, hijo, ¿por qué no pones en marcha la radio y preparas un mensaje a la flota del Cinturón? Debo informarles.

Un comentario sobre las naves del Cinturón: al menos la planta de aire podía con el tabaco de pipa. El hombre de la tercera nave era el único de la flota que podía sacar ventajas de esto, uno de los seis en todo el Cinturón. Se le conocía, no con demasiado cariño, por el nombre de Old Smoky (viejo humeante).

Una vez él había pertenecido a la Tierra. Durante casi treinta años pilotó una sucesión de naves turísticas circunlunares. Pasaba sus noches en un pequeño apartamento barato, pocos niveles por debajo del tráfico, en Los Angeles. En sus vacaciones se iba a la playa, y era feliz de encontrar un pequeño lugar en la arena donde echarse. Pasaba sus períodos libres en otras ciudades; fascinadoras, pero con tanto gentío como Los Ángeles. Una vez permaneció dos semanas en lo que había quedado de la jungla del Amazonas. Consiguió llevar escondidos algunos pitillos —asumiendo el riesgo de que le metieran por dos años en la cárcel— y se le acabaron a los cinco días. Ante sus ganas acuciantes de fumar volvió a la ciudad.

Se había encontrado por primera vez con Lucas Garner mientras éste cumplía su obligación. Hubo una protesta masiva contra la corrupción en el Consejo de Fertilidad, y cuando la policiá alejó a Smoky, se cruzó con Garner vistiendo el uniforme de jefe de

los polis. Tenían algo en común que les hizo amigos: sus respectivos puntos de vista sobre la vida se aproximaban bastante. Durante años se vieron de vez en cuando, y discutían de política. Luego Luke se unió a los Jefes; Smoky nunca se lo perdonó.

Un día Smoky estaba dando la vuelta con un montón de turistas alrededor de las puntas de la Luna, cuando de pronto sintió la necesidad de salir hacia fuera, hasta que todas las estrellas quedasen detrás de él. Consiguió contrarrestar su impulso y aterrizar en el Valle de la Muerte, igual que lo había hecho otras siete mil veces anteriormente. Pero esa noche, al dirigirse a su apartamento, se dio cuenta que odiaba a todas las ciudades del mundo.

Ahorró el dinero suficiente como para comprar su propia nave. En las circunstancias en que estaban, los del Cinturón se alegraron de tenerle entre ellos, y le recibieron. Con el tiempo, aprendió a ser precavido —para evitar que el Cinturón le matara— y a ganar lo suficiente como para mantener su nave a punto y disponer de alimento y tabaco suficientes.

Ahora era el único hombre de la flota que podía reconocer la voz de Lucas Garner. Cuando la radio comenzó a emitir, escuchó atentamente el mensaje. Luego llamó a Lew y le informó que era realmente Garner. Para Smoky no existía duda alguna: el viejo no había mentido, y no lo imaginaba dispuesto a perder su vida. Si se hallaba cerca de Neptuno, tendría razones importantes para estar allí. Pensativo, Smoky comprobó su arsenal: dos misiles de radar y un cañón de rayos láser de corta distancia.

¡Por fin había llegado la guerra de los mundos!

Kzanol estaba confundido. Al cabo de seis horas de intensa búsqueda, el esclavo Masney había cubierto todo el planeta. El traje no estaba allí.

Dejó que el esclavo iniciara una segunda búsqueda y dirigió su nave a Tritón. El cerebro de su vieja nave no hubiera podido computar el curso de las lunas; el traje debía haber impactado en una de ellas en su camino hacia Neptuno. Probablemente había sido Tritón; no sólo estaba más próxima al planeta que Nereida, sino que además su diámetro era mucho mayor: 4.500 kilómetros contra apenas 300.

Una hora más tarde, con los nervios en tensión por vuelo sobre la superficie de Tritón con el motor a toda marcha y la luna sobre él, Kzanol tuvo que admitir su derrota. Ninguna mancha resplandeciente apareció en la pantalla del radar, aunque hasta Neptuno se había visto a través de la imagen transparente de la luna. Dirigió ahora su atención hacia Nereida.

—Ya lo entiendo —la cara de Anderson resplandecía—. Creían que estaba en la superficie y no era así. Ahora no saben dónde está —frunció el entrecejo—. ¿Deberíamos salir al descubierto? La nave lunar está demasiado próxima a Nereida.

—Así es —dijo Garner—. Pero primero programemos los misiles. Dirijamos uno hacia el extranjero; más tarde nos preocuparemos por Greenberg.

—Odio hacer esto: hay otras dos personas en el *Golden Circle*… —pasó un momento, se prolongó—. *No puedo moverme*… —dijo Anderson—. Actívelo; es el tercer botón bajo la luz azul.

Pero Luke tampoco se podía mover.

—¿Quién hubiera pensado que nos podría alcanzar a tal distancia? —se preguntaba amargamente.

Anderson se preguntaba lo mismo. La nave lunar seguía bajando hacia Nereida.

Para el poder, la distancia era de poca importancia. Lo que importaba eran los números.

El radar recorrió Nereida sin mostrar nada. Kzanol lo dejó y contempló durante un rato la nave del esclavo medio dormido. Su llama diminuta ardía en la noche de Neptuno.

Kzanol se sentía deprimido. Su vieja nave no sólo había perdido el blanco de Neptuno, sino también a las lunas. ¿Qué habría funcionado mal en el cerebro? Probablemente su duración no era de trescientos años…

Pero en el fondo de su mente sabía la respuesta: el cerebro lo hizo a propósito. Kzanol, sin darse cuenta que lo hacía, le había ordenado que se suicidara. El cerebro era una máquina, no un esclavo; y sin que le pudiera influenciar por el poder, había desobedecido. Su nave había cruzado el sistema solar y penetrado en el espacio interestelar a 0,97 luz. Ahora debía encontrarse más allá de la curva del universo.

Sintió que los músculos le tiraban de la boca, chocando con las mejillas, abriéndole las mandíbulas al máximo, empujándole los labios hacia atrás, más allá de los dientes, como para explotar. Fue una reacción involuntaria, una reacción de miedo y furia, disponiendo automáticamente al thrinto para la lucha por la muerte. Pero no había nada por que luchar. Las mandíbulas de Kzanol se cerraron y su cabeza cayó entre los hombros.

Ahora, su único y pobre placer era contemplar a la otra nave en su búsqueda por Neptuno por tercera vez. Vio de pronto su llama relucir, alargarse, luego acortarse: el esclavo medio dormido había desistido al fin.

Entonces Kzanol vio que también el esclavo tomaba rumbo a Tritón. Un sentimiento de piedad noble apareció sobre él y se acordó de la tradición familiar: la familia de Racarliw nunca había tratado mal a un esclavo. Kzanol se dirigió a Tritón, al encuentro del medio dormido.

—Uno…, dos. No puedo encontrar la nave de Garner. Debe haber aterrizado en alguna parte, o quizá haya apagado su conducción. Los otros siguen dando vueltas.

—Es raro que no nos llamase. Espero que no le haya sucedido nada…

—Habríamos visto la explosión, Smoky. De cualquier modo, se dirigía a Nereida cuando se detuvo su conducción. Si es que le falló, le podremos encontrar más tarde.

Una vez que Kzanol estuvo lo suficientemente próximo, le ordenó al que dormía que diera la vuelta a la nave y se le uniera. Al cabo de una hora la nave de la armada estaba al pairo del *Golden Circle*.

El piloto y el copiloto de Kzanol estaban preocupados por la escasez del combustible; por ello, tan pronto como la otra nave estuvo lo suficientemente cerca, Kzanol mandó que trasvasaran el combustible al *Golden Circle*. Esperó durante varios minutos, oyendo los ruidos que hacían en el proceso. Seguía el movimiento de sus esclavos con la mente; no quería que pusieran en peligro ambas vidas ayudando uno al otro.

Cuando su escotilla se abrió y un inesperado esclavo entró, Kzanol dio un salto como una gacela asustada.

¡Un esclavo con un campo mental!

—Vaya —dijo éste, en un incomprensible inglés—, creo que necesitaremos un traductor…

Fríamente, se dirigió hacia la sala de control. En la puerta se detuvo e hizo un gesto con el desintegrador de Kzanol.

A un hombre del talento y educación de Geoffrey Leeman nunca le debían haber encargado aquel trabajo tan aburrido. Leeman sabía que eso no habría pasado en el

Cinturón. Algún día —pronto— emigraría al Cinturón, donde le considerarían más. Mientras tanto, era el capataz de mantenimiento del *Lazy Eight III*.

Leeman envidiaba a la tripulación de la otra sección: la de conducción, en Hamburgo. Varias corporaciones con buenas intenciones estaban constantemente ordenando cambios pequeños en la conducción de la nave, mientras se esperaba que los políticos les permitieran utilizarla. En cambio, el sistema de vida del *Lazy Eight III* no había sido alterado en dos años.

Hasta hoy.

Ahora Leeman y sus tres subordinados veían cómo un grupo de técnicos hacían cosas extrañas. Un montón de mallas de alambre cubría las paredes, el suelo y el techo. Habían soldado maquinaria pesada a lo que sería el suelo de la nave, y que ahora era la pared exterior. Habían puesto llaves en el sistema de potencia. Leeman y sus hombres andaban errantes por el pasillo, buscando y trayendo café y bocadillos, diagramas, herramientas, maquinaria de prueba y pitillos. No tenían idea de lo que sucedía. Los recién llegados contestaban de buen grado a las preguntas que les hacían, pero sus respuestas eran un galimatías. Por ejemplo:

—¡Podremos triplicar el número de pasajeros! —comentó el hombre cuya cabeza se parecía a un huevo oscuro lleno de manchas. Sacudió un amperímetro para dar más énfasis a sus palabras:— ¡Triplicar!

—¿Cómo?

El hombre movió el amperímetro indicando la sala.

—Permanecerán aquí como computadoras en una hora pico en un ascensor —comentó en tono confidencial.

Cuando Leeman le acusó de ser frivolo, se sintió mortalmente ofendido y rehusó decir una sola palabra más. Al término del día Leeman se sentía como un gusano en una malla dimensional.

De algún modo se las arregló para que todo el grupo fuera junto a cenar y poder así intercambiar ideas. Durante las cenas empezó a comprender todo. Sus oídos se ensancharon cuando escuchó la frase «campo retardador».

La cena terminó en una reunión. Eran casi las doscientas horas cuando al fin Leeman pudo hacer una llamada telefónica. El otro hombre casi le colgó, pero Leeman conocía las palabras que debía decir para hacerse escuchar.

Ling Wu había pasado su primera luna de miel con Dorothy en Reno, Nevada, hacía treinta años. Desde entonces se había vuelto rico vendiendo productos farmacéuticos al por mayor. Recientemente, el Consejo de Fertilidad les había dado permiso para tener más de dos niños —raro privilegio—, y en ésas se encontraban.

Aquí, detrás de la pared de cristal de la sala de baile principal, recorrían con la mirada el mundo. No escuchaban la música que sonaba detrás; era una música mágica, el sonido de la imaginación, traída a la vida por un amor salvaje y desértico anterior a ellos. Ligeras curvas de hielo se deslizaban hacia un horizonte como el borde de un cercano precipicio, y por debajo del precipicio había una decoración de tal gusto estético como no existía en ningún otro mundo habitable.

Haz alguna pregunta a un astrónomo aficionado sobre Saturno. No te dirá nada; solamente sacará su telescopio y te lo mostrará. Hará lo que sea por mostrártelo.

Ling Dorothy, cuarta generación de San Francisco, apoyó las palmas de sus manos sobre la pared de cristal como deseando atravesarla.

—¡Espero que nunca nos llegue a suceder tal cosa!

—¿El qué, Dot? —Ling Wu le sonrió mirando hacia arriba, pues ella era un poco más alta que él.

—El *Golden Circle*.

—Lleva ya cinco días de retraso. Me agrada estar aquí, pero odio que la gente muera sólo para que nosotros podamos vivir un poco más.

—¿No has oído hablar de ello, Wu? La señora Willing me contó que alguien robó el *Golden Circle* de la base espacial.

—La señora Willing es una romántica.

—Déjenme, déjenme —clamaba Charley—. Primero Larry, luego Arner. Sólo contamos con el tiempo. ¿Acaso quieren las estrellas para ellos solos?

—Creo que les menosprecias —le dijo el delfín más viejo.

—Seguramente hay espacio suficiente para nosotros dos en cualquier mundo —Charley no le había escuchado—. Ellos prácticamente no sabían de nosotros hasta hace poco tiempo. Podemos ser de utilidad, claro que podemos serlo.

—¿Por qué no tendrían tiempo? ¿Sabes acaso cuánto tiempo necesitan?

—¿Qué quieres decir?

—La primera historia de un viaje a la Luna es de hace trescientos años. No llegaron allí hasta hace sólo ciento cincuenta años. Ten un poco de paciencia —le dijo uno, con los dientes gastados y la mandíbula marcada con cicatrices.

—No dispongo de cientos de años. ¿Debo pasarme la vida mirando las estrellas hasta que mis ojos se sequen?

—No serías el primero, incluso entre los nadadores.

Dale Snyder se paseaba por el hall como un conquistador planeando nuevas hazañas. Al pasar a la altura de los pacientes sonreía y asentía con la cabeza, pero su rápido caminar no incitaba a la conversación. Llegó a la puerta de la sala de enfermeras y la abrió.

Quince segundos después llegó donde se encontraba el café. Para entonces, Dale Snyder tenía cuarenta años. Su cuerpo combado, sus hombros hundidos, sus mejillas caídas, y un rostro semejante a una máscara con ojos poco alentadores. Se llenó un vaso de café solo, lo miró y lo desechó. Tardó un momento en volver a llenarlo, pero esta vez de yerba mate; al menos su gusto sería diferente.

Luego se dirigió a un sillón, donde se sentó mientras miraba por la ventana. El vaso le calentaba las manos. Fuera se veían árboles, hierba y algo semejante a paredes de ladrillo. Meninger era un laberinto de edificios, pero ninguno de ellos tenía más de cuatro pisos de altura. Un gran rascacielos les habría ahorrado terreno —incluso rodeándolo de la superficie libre necesaria—; pero muchas mujeres pacientes habrían comenzado a gemir ante los problemas sexuales que les representaba tal tipo de torre.

Dale se agitó y bebió la poción. Durante diez minutos consiguió olvidarse de los pacientes.

Los pacientes con shock por el extranjero. Al principio los habían vuelto locos, con su comportamiento similar. Solamente ahora parecía obvio que sus problemas eran tan diferentes como sus huellas digitales. Dale y sus colegas intentaron tratarles como grupo al principio, pero fue una decisión equivocada.

Cada uno había cogido lo que necesitaba de la ráfaga de furor, shock, pesar y miedo del ET. Cada uno había encontrado lo que necesitaba o temía. Soledad, síndrome de castración, temor a ser violado, xenofobia, claustrofobia…, no se terminaría si se siguiera.

No había doctores suficientes, ni espacio para el número de médicos que necesitarían. Dale estaba completamente exhausto, como todo el mundo, pero no podía mostrarlo.

La taza estaba vacía.

—De pie, soldado —dijo Dale en voz alta, para sí mismo.

En la puerta dejó el paso a Harriet algo, una mujer muy gorda de carácter alegre, semejante a la madre de todo el mundo. Su mente era la imagen de su sonrisa, y Dale se preguntaba cómo podría conseguirlo. No vio cómo la sonrisa desaparecía a sus espaldas.

—Son los detalles —decía Lit—. Los condenados detalles. ¿Cómo puede haber cubierto tantos detalles?

—Creo que te contó la verdad —le dijo Marda con decisión.

Lit miró a su mujer con sorpresa. Marda solía ser muy lenta a la hora de tomar decisiones.

—No me confundas —le dijo—. Los Jefes pueden haber hecho ex profeso todas estas pequeñas cosas, pero lo que en verdad me preocupa es el trabajo que se han tomado. Ocultar a Greenberg, preparar a su mujer, cambiar el sistema de vida de la nave estelar… Por supuesto, luego pueden volver a dejar todo igual, pero imagínate qué jaleo.

»Y la alteración en Menninger. ¿Cómo pueden haber hecho eso? Preparar a todos esos pacientes… Y no pueden haber cogido prestado el *Golden Circle*. Noventa millonarios en el Hotel Titán están ahora gritando y pidiendo que rueden cabezas porque no pueden volver a sus casas. Otros treinta en la Tierra van a perder su viaje de luna de miel. Titán nunca lo habría permitido. ¡Los Jefes deben haber robado la nave!

—Lit, ¿no puedes correr el riesgo? Si Garner no está mintiendo, todo el sistema solar está en peligro. Y si miente, ¿cuál es su motivo?

—¿Estás convencida, verdad? —Marda asintió con la cabeza—. Bien, tienes razón; correremos el riesgo.

Cuando salió de la cabina telefónica, comentó:

—Acabo de enviar a la escuadrilla que los sigue el registro de mi conversación con Garner. Me gustaría hacer algo más, pero Garner lo oiría. A esa distancia estará pendiente del rayo de mensaje.

—Estarán dispuestos.

—Me gustaría haberle hablado sobre el casco; lo peor de todo sería que Garner lo tocara. Bien, Lew es inteligente y pensará en ello.

Más tarde llamó otra vez a Ceres para comprobar cómo iba todo. Desde hacía dos semanas, las naves del Cinturón no habían cesado de buscar naves de la Tierra al azar, en la eventualidad de que el discurso de Garner fuera un intento de encubrir algo; esto no le iba a funcionar. Sin embargo, Ceres informó que hasta la fecha no habían encontrado nada.

Sin embargo, Ceres estaba equivocado. Las tácticas de búsqueda sí habían tenido un resultado: nunca antes había habido tanta tensión entre la Tierra y el Cinturón.

El copiloto estaba sentado sin moverse, hablando a Kzanol/Greenberg. Kzanol no podía entender lo que decía, pero Kzanol/Greenberg sí podía, y el ET se comunicaba con aquel esclavo a través de la mente del copiloto.

—Tengo que librarme de ti inmediatamente —comentó Kzanol—. No es posible confiar en un esclavo al que no se puede controlar.

—Eso es más cierto de lo que tú piensas —había cierta amargura en la voz de Kzanol/Greenberg—. Pero aún no puedes matarme: tengo cierta información que necesitas mucho.

—¿Sí? ¿Qué tipo de información?

—Sé dónde está el segundo traje, y también sé por qué nadie nos ha recogido, y he deducido dónde se encuentra ahora nuestra raza.

—Ahora yo también creo saber dónde está el segundo traje —dijo Kzanol—, pero sin importar lo que sepas, no te mataré.

—Mejor para ti —Kzanol/Greenberg movía negligentemente el desintegrador—. Te diré algo por lo que podrás comprobar que sé lo que me digo. ¿Sabías que los carneblancas son inteligentes?

—Mierda con los carneblancas…

—Los humanos los han descubierto en Sirius A-III-1. De hecho son carneblancas, y son sensibles. Puedes pensar en algún modo por el que hayan desarrollado la inteligencia?

—No.

—Por supuesto que no. Si existe alguna forma de vida a prueba de mutación, ésa es la de los carneblancas. Además, ¿para qué quiere la inteligencia un herbívoro sin apéndices manipuladores y sin defensas naturales, excepto los órganos sensoriales básicos para huir? No. En primer lugar, los tnuctipos los hicieron inteligentes. El agrandar los cerebros para alimento fue sólo una excusa.

Kzanol se sentó. Su boca salía hacia fuera, como si respirara por allí.

—¿Y por qué habrían hecho eso?

Había caído en el anzuelo.

—Déjame que te lo explique todo de una vez —le dijo Kzanol/Greenberg.

Se quitó el casco, se sentó y encendió un pitillo, mientras Kzanol continuaba en silencio y cada vez más nervioso. No había razón alguna para que el thrinto se enfureciera, pensó Kzanol/Greenberg, siempre que no se enfureciera demasiado.

—Está bien —comenzó—. Primera cosa, los carneblancas sienten. Segundo, ¿te acuerdas de la depresión que hubo cuando los tnuctipos de Plorn descubrieron la antigravedad?

—La pérdida de poder, sí —contestó Kzanol con ardor—. Le debieron asesinar al instante.

—No a él, a sus tnuctipos. ¿No lo comprendes? Entonces ya se combatía una guerra sin declarar. Los tnuctipos libres debieron ser los causantes de todo, la flota de tnuctipos que escapó al espacio cuando Thrintun ocupó el sistema de Tnuctip.

»No intentaron llegar a Andrómeda; eso es falso. Debieron permanecer entre las estrellas donde nadie iba nunca. Unos pocos tnuctipos civilizados seguían sus órdenes… y los carneblancas eran sus espías. Recuerda que cada noble en la galaxia, todo aquel que podía, tenía carneblancas en sus tierras.

—Eres un ptavv loco. Basas todas tus suposiciones en la imbécil idea de que los carneblancas son inteligentes. Qué tontería.

—No. Compruébalo con Masney, si no me crees. De algún modo, los tnuctipos desarrollaron el cerebro del carneblanca inmune al poder. Y este hecho demuestra que todo fue preparado. Los carneblancas espías. La antigravedad, que causa una depresión. Debió haber muchas otras ideas.

»Unos años antes de la antigravedad, introdujeron una raza mutada de viprin. A todos los legítimos viprin los sacaron de los negocios. Los girasoles eran normalmente la única defensa para una plantación, y todo aquel que poseía tierras tenía un borde de girasoles. Eso hizo que los dueños de la tierra se acostumbraran a estar aislados y a vivir independientes, de modo que no cooperarían demasiado en época de guerra. Me apuesto lo que sea a que los tnuctipos tenían algo que servía para matar a los girasoles. Cuando la depresión estaba en su punto álgido, ellos golpearon fuerte…

Kzanol no hablaba. Era difícil leer su expresión.

—No todas son suposiciones —continuó Kzanol/Greenberg—, tengo hechos que lo demuestran. Primero: los bandersnatchi, carneblancas para nosotros, son inteligentes. Los humanos no son estúpidos; no cometerían tal error de apreciación. Segundo, es un hecho que no te recogieron cuando te lanzaste al F124. ¿Por qué?

—Ésa es una buena pregunta, ¿por qué?

Ahí estaba el principio de todo, lo que había corroído las entrañas de Kzanol/Greenberg durante dieciséis días de retrospección e introspección, dieciséis días durante los cuales lo único que había hecho era vigilar a Masney y rumiar su mala suerte. Su mente había seguido un camino que comenzaba en un bandersnatchi y terminaba en una guerra de hacía miles de años. Pero pudo haberse evitado todo esto si el vigilante le hubiera visto. No le vio, y había solamente una razón para ello.

—Porque *no había nadie* en la Luna. O el vigilante murió en la revuelta, o estaba luchando fuera, en algún lugar. Probablemente estaba muerto. Los tnuctipos los hubieran retirado al instante, para cortarnos los suministros de alimentos.

—¿Qué?

Kzanol estaba perdido. Los thrintos solamente habían luchado contra otros thrintos, y la última guerra había sido antes de que comenzaran los viajes estelares. Kzanol no sabía nada referente a guerras. El thrinto intentó volver al principio.

—Has dicho que me puedes indicar dónde están los thrintos ahora…

—Con los tnuctipos. Están *muertos*, se han extinguido. Si los thrintos no estuvieran muertos, ya habrían llegado a la Tierra. Esto sirve también para los tnuctipos y para cualquier otra de las especies que nos servían. Deben haber muerto todos en la guerra.

—Pero eso es una locura. Alguien tuvo que ganar la guerra…

Sonaba tan sincero que Kzanol/Greenberg se rió.

—No; pregunta a cualquier humano. Pregunta a un ruso, o a un chino. Pensarán que estás loco por necesitar preguntarlo; pero te hablarán y te explicarán lo que es una victoria pírrica. ¿Te cuento lo que pasó?—no esperó una respuesta—. Esto sí es pura conjetura, pero tiene sentido y tuve dos semanas para meditarlo.

»Debimos perder la guerra. Algunos miembros de nuestra raza seguramente decidieron que los esclavos les debían acompañar. Fue como la ceremonia del funeral del abuelo…, pero mucho mayor. Hicieron un casco amplificador con la suficiente potencia como para alcanzar a toda la galaxia. Luego ordenaron a todos los que estaban próximos a ellos que se suicidaran.

—Pero eso es una decisión horrible —gritó Kzanol, como si le hubieran ultrajado—. ¿Por qué tendría que hacer un thrinto una cosa así?

—Pregunta a un humano. Ellos saben lo que alguien es capaz de hacer cuando le amenazan con la muerte. Primero claman que todo el asunto es inmoral, y que es impensable que eso se pueda llevar a cabo. Luego revelan que ellos tienen planes similares, y que los han tenido durante años, décadas y siglos. ¿Admites que técnicamente sería posible construir un gran amplificador?

—Por supuesto.

—¿Dudas de que una raza esclava que se ha alzado deseara nuestra total extinción?

Los zarcillos se le enredaban en los extremos de la boca. Cuando finalmente habló, dijo:

—No lo dudo.

—Entonces…

—…Verdaderamente se extinguieron con nosotros. Esos inferiores asquerosos…, utilizando nuestras concesiones de libertad para destruirnos. ¡Sólo deseo que no haya quedado ninguno!

Kzanol/Greenberg sonrió.

—Así ha sido. ¿Cómo podrías explicar si no que solamente haya carneblancas, y ningún otro tipo de esclavos? Recuerda que los carneblancas son inmunes al poder.

»Ahora la otra información. ¿Has buscado el segundo traje?

Kzanol volvió al presente.

—Sí, en las lunas, y tú buscaste en Neptuno. Si Masney lo hubiera encontrado, yo lo sabría. Pero aún hay otro sitio donde me gustaría buscar…

—Continúa, entonces, y dime cuándo has terminado.

El *Iwo Jima* zumbaba débilmente a medida que el *Golden Circle* se movía en derredor. Kzanol miró hacia delante, fijando su mirada en la sala de control. Kzanol/Greenberg lió un pitillo, dispuesto a esperar.

Kzanol/Greenberg también había aprendido la paciencia —igual que Kzanol con las cartas—; si no fuera por ello, habría actuado de forma muy distinta cuando el thrinto avanzó sobre Masney, su esclavo personal. Podría haber matado al thrinto utilizando su nuevo cuerpo, el cuerpo robado de Greenberg. ¡Qué esfuerzo suponía encararse consigo mismo, con Kzanol frente a frente!

Pero no tenía otra elección.

Lo importante era que estaba teniendo éxito. Se enfrentaba a un thrinto en su propio territorio. Había necesitado bastante tiempo para conseguir que Kzanol le aceptara como otro thrinto, o al menos como un ptavv. Kzanol aún quería eliminarle; hubiera preferido que el thrinto prestara aún más atención a la amenaza que significaba el desintegrador en su mano. Pero hasta ahora había actuado bien, y estaba orgulloso de ello. Su amor propio había estado muy en baja.

Por ahora no había nada más que hacer. Sería mejor permanecer alejado de Kzanol durante algún tiempo.

En su primer movimiento luego de la discusión, Kzanol se dirigió al radar del *Iwo Jima*, la nave de Kzanol/Greenberg. Cansado de buscar el traje, ordenó a Masney que siguiera buscando con el radar, comprobando mientras tanto si el traje estaba en la nave y había disuelto el campo de estasis. No descubrió nada.

¡Pero el otro parecía tan seguro de sí mismo! ¿Por qué, si no tenía el traje?

Buscaron de nuevo en Tritón. Kzanol/Greenberg pudo ver cómo Kzanol perdía seguridad a medida que avanzaba la búsqueda. El traje no estaba en Neptuno, ni en las lunas; desde luego no estaba en la otra nave, y no podía haber permanecido en órbita durante tanto tiempo. ¿Dónde estaba?

Kzanol detuvo la conducción. Se volvió hacia el que le atormentaba, y éste sintió de pronto como si aplastaran su cerebro. Kzanol le estaba dando todo lo que tenía: un tifón de dolor, órdenes, furia, odio y preguntas. El piloto gimió a lo lejos y se cubrió la cabeza. El copiloto se agitó, permaneció de pie, se dio media vuelta y cayó muerto, con espuma entre sus labios. Kzanol/Greenberg se encaró con el thrinto como si estuviera ante un huracán.

El huracán mental terminó.

—¿Dónde está? —preguntó Kzanol.

—Hagamos un pacto.

Kzanol/Greenberg había alzado la voz, de modo que el piloto pudiera oírle. Por el rabillo del ojo vio que el thrinto había aceptado; el piloto salió de la sala de control para ocupar el puesto del copiloto como traductor.

Kzanol sacó su cuchillo. Trataba al desintegrador con desprecio; quizá no lo consideraba un arma. En cualquier caso, nadie utiliza un arma sobre un thrinto, excepto otro thrinto. Abrió el cuchillo, dispuesto a utilizar su filo invisible en el cuerpo del otro.

—Te desafío —le dijo Kzanol/Greenberg. No se preocupó de alzar el desintegrador.

—Sal afuera —le dijo Kzanol al piloto.

Kzanol/Greenberg habría gritado de alegría, si hubiera podido. ¡Había ganado! Los esclavos nunca deben estar presentes en una batalla o riña entre thrintos.

El piloto se dirigió despacio hacia la escotilla, muy despacio. Quizá alguna parte del motor se había quemado, o el esclavo no se decidía a salir. Kzanol probó su mente.

—Bien, de acuerdo. Date prisa.

Rápidamente el piloto se puso su traje espacial antes de salir. La familia de Racarliw nunca había maltratado a un esclavo.

Se oyó la escotilla al cerrarse. Kzanol preguntó:

—¿Qué tipo de pacto?

No pudo comprender la respuesta del otro. Sintiéndose a disgusto consigo mismo, dijo:

—Tendremos que conectar la radio… aquí está —acercó la cara a la pared, de modo que dos de sus zarcillos hicieron la conexión. Ahora el piloto podía oír a Kzanol/Greenberg mientras hablaba a través de la radio de su traje. El esclavo no podía estar presente en persona, así que todo estaba bien.

—Repito —dijo Kzanol—, ¿qué clase de pacto?

—Quiero parte del control de la Tierra. Nuestro contrato no se invalidará si encontramos otros seres como tú, o un gobierno similar. Mitad para ti y mitad para mí, y tu ayuda para construirme un amplificador. Mejor te quedas tú con el primer casco; no se ajusta bien a mi cerebro. Quiero que jures por…, espera un momento, no puedo pronunciarlo. Quiero que jures que protegerás mi parte lo mejor que puedas y que nunca pondrás en peligro mi vida o mi salud, puesto que yo te voy a llevar al lugar donde se encuentra el segundo traje. Jura también que capturaremos algunos humanos para que me hagan otro amplificador, una vez que estemos de vuelta.

Kzanol lo pensó durante un minuto. Su campo mental era muy sólido, pero Kzanol/Greenberg podía imaginarse bien cuáles eran sus pensamientos. Se demoraba sólo para causar efecto. De hecho había decidido jurar, pero el juramento de prtuuvl sólo servía entre thrintos; lo único que tenía que hacer Kzanol era considerar al otro como un esclavo…

—De acuerdo —dijo Kzanol, y juró por prtuuvl sin perder ninguna sílaba.

—Bien —aprobó Kzanol/Greenberg—. Ahora jura lo mismo por esto otro —sacó un trozo de tela de su bolsillo y se lo pasó. Kzanol lo cogió y lo miró.

—¿Quieres que jure también por kpitlithtulm?

—Sí.

No había necesidad de dar explicaciones. El juramento por kpitlithtulm se utilizaba entre un thrinto y su esclavo. Si juraba ambos, ya no podía hacer nada… a menos que considerase a Kzanol/Greenberg como una planta o un animal, pero esto habría sido muy poco honorable.

Kzanol dejó caer el papel. Su campo mental estaba a punto de estallar por su rigidez. Luego abrió sus mandíbulas y sus labios retrocedieron en una terrible sonrisa, más terrible que la de un tyranosaurus rex cazando a un paleontólogo, o Lucas Garner escuchando un buen chiste. Viendo así a Kzanol, nadie podía dudar de que era carnívoro, un carnívoro que pensaba en alimentarse en cualquier momento. Kzanol pesaba la mitad que un hombre, pero era mayor que cientos de escorpiones, o una horda de hormigas, o un grupo de pirañas.

Pero Kzanol/Greenberg reconoció esa sonrisa como indicadora de admiración, una sonrisa ante un adversario superior: la sonrisa del buen perdedor. Con su memoria de

thrinto vio aún más: Kzanol juró cuatro veces, pero cada vez cometiendo alguna falta técnica que invalidaba el juramento. La quinta vez desistió, y juró según el protocolo.

—Está bien —dijo Kzanol/Greenberg—. Dile al piloto que nos lleve a Plutón.

—Muy bien, que todo el mundo cambie el rumbo de la nave a tres, ochenta y cuatro, veintiuno —el hombre de la nave capitana se sentía bastante incómodo—. No sé qué tipo de juego es, pero podemos jugar tan bien como ellos.

—Plutón —dijo alguien—. Se dirige a Plutón —sonaba como una ofensa personal.

El viejo Smoky Petropoulos utilizó el transmisor:

—Lew, ¿no sería mejor que alguno de nosotros se detuviera y vea qué ha pasado con las otras dos naves?

—De acuerdo, Smoky. Hazlo tú. Intenta localizarnos luego.

—De acuerdo, jefe. ¿Algún secreto?

—Demonios, saben que les seguimos. Infórmanos de cualquier cosa que necesitemos saber y descubre dónde está Garner. Si está en la nave lunar, quiero saberlo. Mira, mejor conecta con Woody en el Número Seis y dile que vaya a dondequiera que se encuentre Garner.

—A Plutón, por supuesto. ¿Aún no te habías dado cuenta?

No era la primera vez que Kzanol/Greenberg tenía dudas sobre su propia inteligencia. Era difícil ignorar las dudas. Había temido que Kzanol lo hubiera descubierto. Pero…

—No —contestó Kzanol.

—La nave golpeó a una de las lunas de Neptuno —explicó Kzanol/Greenberg pacientemente— con tal fuerza que la luna se salió de su órbita. Recuerda que la nave se movía cerca de la velocidad de la luz. La luna recogió suficiente energía como para convertirse en planeta, pero su órbita es excéntrica y de vez en cuando penetra en la de Neptuno. Es fácil imaginárselo.

—Yo creía que Plutón provenía de otro sistema solar.

—También lo creía yo, pero no tiene sentido. Si una masa así penetra en el sistema, ¿por qué no vuelve a salir, completando la hipérbola? ¿Qué la habría detenido?

»Hay solamente una cosa que me preocupa. Plutón no es muy grande. Supon que el traje saltó al espacio por la explosión que se produjo al golpear la nave…

—Si fuera así, te mataría —le dijo Kzanol.

—No me lo digas, déjame recordar… —pidió Garner—. Ya está, lo tengo: Smoky Petropoulos. ¿Cómo estás?

—¡No tan bien como tu memoria! Han pasado veintidós años —Smoky permaneció en la escotilla entre los dos asientos, y sonrió al ver a los dos hombres. No había mucho espacio para hacer otra cosa—. ¿Cómo demonios te encuentras tú, Garner? ¿Por qué no te vuelves y das la mano a este viejo amigo?

—No puedo, Smoky. Un ET telépata nos ha ordenado que no nos movamos, y no hay otra alternativa. Quizá un buen hipnoterapista nos pueda sacar de esto, pero tendremos que esperar hasta entonces. A propósito, te presento a Leroy Anderson.

—Hola.

—Ahora enciende dos pitillos, y ponlos en nuestros labios. ¿Están tus chicos dando caza a Greenberg y al ET?

—Sí —Smoky alargó dos pitillos y un encendedor—. La nave lunar se dirige a Plutón. ¿Por qué?

—¡Plutón!

—¿Te sorprende?

—Entonces, no estaba aquí —comentó Anderson.

—Así parece —dijo Garner—. Sabemos lo que buscan y sabemos que no está aquí, pero no me puedo imaginar por qué piensan encontrarlo en Plutón… —Garner chupó furiosamente su pitillo, buen tabaco con nicotina. Al parecer, podía mover la cara—. Plutón pudo ser en algún tiempo una luna de Neptuno. Quizá esto tenga algo que ver con ello.

»¿Qué hay de la nave de Greenberg? ¿Va en la misma dirección?

—Dondequiera que esté, su conducción no está en marcha; la perdimos de vista hace cuatro horas.

—Si tu amigo está aún a bordo —dijo Anderson—, puede encontrarse en una situación difícil.

—Así es —comentó Garner—. Smoky, esa nave puede estar cayendo a Neptuno con Lloyd Masney a bordo. ¿Te acuerdas de él? Un tipo grande con bigote.

—Creo que sí. ¿Está paralizado?

—Está hipnotizado del todo, y si no le han dicho que se salve no lo intentará. ¿Le podrías buscar?

—Por supuesto. Le traeré aquí —Smoky se dirigió a la escotilla.

—¡Eh! Quítanos las colillas de la boca, o nos quemarán las caras.

Desde su nave Smoky llamó a Woody Arwood en el Número Seis —la nave a prueba de radar— y le contó la historia.

—Parece la verdad, Woody —terminó—. Pero no podemos correr riesgos. Ven y permanece al lado de la nave de Garner. Si hace un solo movimiento, es que ha mentido. Y mantén los ojos abiertos: es muy astuto. Yo veré si Masney tiene verdaderamente problemas. No será difícil encontrarle.

—Plutón se encuentra a una semana y media a una gravedad —dijo Anderson, que sólo podía hacer cálculos en su cabeza—. Pero aunque nos pudiéramos mover, no podríamos seguirles. No tenemos combustible.

—Podemos coger combustible en Titán, ¿no? ¿Dónde demonios está Smoky?

—No esperes verle hoy.

Garner le miró. Espacio, caída libre, parálisis y derrota, todo esto le estaba haciendo perder su control.

—¡Eh! —murmuró.

—¿Qué sucede? —la voz era un murmullo exagerado.

—Puedo mover los índices. Este embrujamiento debe estar desapareciendo.

Smoky volvió bastante tarde al día siguiente. Había insertado la proa de su nave en el tubo de conducción de la nave de Masney para empujarla. Al detener su motor, las dos naves se movieron en libertad. Smoky se acercó a la *Heinlein*. Para entonces Arwood se había unido al grupo y ayudaba a Smoky, pues era de tontos sospechar algún engaño después de haber encontrado a Masney.

No porque Masney estuviera aún hipnotizado; no lo estaba. Kzanol le había liberado de la hipnosis y le había dejado sin órdenes —quizá sin darse cuenta— al partir para Plutón. Pero Masney estaba muerto de hambre. Tenía arrugas profundas en su cara debido a un exceso de vigilia y la piel de su torso le caía en pliegues. Kzanol/Greenberg no se había preocupado de alimentarle; sólo lo había hecho cuando parecía que el hambre iba a destruir la hipnosis.

Kzanol nunca habría tratado a un esclavo de este modo, pero Kzanol, el real, era más telepático que el falso, y Kzanol/Greenberg no había aprendido a considerar el alimento diario como una necesidad. Tanta comida era una lujuria y una tontería.

Masney había iniciado una expedición en búsqueda de alimentos tan pronto como el *Golden Circle* partió, pero no tardó mucho tiempo en detenerse. Se le había acabado el combustible de la nave y se encontró a la deriva en una órbita excéntrica alrededor de Tritón, una órbita que cada vez se iba estrechando más.

—No puede ser fingido —comentó Smoky a la escuadrilla del Cinturón—. Si Masney hubiera fingido un poco más se habría muerto. Se siente mareado.

Ahora las cuatro naves aterrizaban en Nereida.

—Tenemos que llenar de combustible todas estas naves, y sólo hay un modo de hacerlo —comenzó a decir Garner.

—Yo no dejaré mi nave aquí —protestó Smoky.

—Lo siento, Smoky. Mira, tenemos tres pilotos, ¿verdad? Tú, Woody y Masney; Anderson y yo no nos podemos mover. Pero hay cuatro naves para pilotar. Tenemos que dejar una.

—Por supuesto, pero ¿por qué la mía?

—Cinco hombres para tres naves. Significa que nos quedamos con dos naves, ¿no?

—Así es.

—Dejamos tu aparato o la nave a prueba de radar. ¿Cuál dejarías?

—¿Crees que llegaremos a Plutón a tiempo para la guerra?

—Debemos intentarlo. ¿Quieres volver a casa o no?

—Está bien, está bien.

La escuadrilla se dirigió hacia Tritón sin el Número Cuatro. La mitad del combustible del Número Cuatro fue transferido a la nave de Masney, el *Iwo Jima*.. Garner era ahora pasajero de Masney y Smoky iba en la *Heinlein* con Anderson. Las tres naves atravesaron la gran atmósfera helada de la luna mientras sus conducciones se mezclaban con capas finas de gases helados: nitrógeno, oxígeno y dióxido de carbono, hasta que alcanzaron una capa dura y helada de agua. Aterrizaron sobre el hielo. Luego Woody y Smoky se dirigieron al Número Cuatro.

Smoky aterrizó la nave con el tanque casi vacío. Sacaron lo que había quedado en el *Iwo Jima* y continuaron con el suministro de la *Heinlein*. Woody cortó la unidad de enfriamiento en el tanque de hidrógeno, desmanteló la calefacción y la cambió al tanque. Tuvo que hacer un agujero en la pared para entrar.

Las siguientes horas se las pasaron cortando bloques de hielo. Garner estaba aún convaleciente y por ello las gentes del Cinturón tuvieron que hacer todo el trabajo. Al final estaban medio exhaustos y casi habían destruido varias herramientas, pero el tanque de combustible del Número Cuatro se llenó con agua templada no muy limpia.

Sacaron la batería del Número Seis para electrolizar el hielo. Vertieron hidrógeno y oxígeno mezclados en el tanque de la *Heinlein*. Colocaron el termostato por debajo del punto de condensación de hidrógeno, pero el oxígeno caía como nieve y Smoky y Woody alternaban sus posiciones en el fondo del tanque retirando la nieve. Una vez tuvieron que poner en marcha el Número Seis y hacerlo volar un poco para cargar las baterías. Siempre con el apremio del tiempo que transcurría y la «guerra», que cada minuto que pasaba estaba más lejos.

En dos días habían repuesto el combustible de las tres naves. Los tanques no estaban llenos del todo, pero podrían llevar a la pequeña escuadrilla a Plutón sin detenerse, con combustible de sobra. El Número Cuatro quedó estropeado, pues su tanque se obstruyó con la suciedad.

—Llegaremos tres días más tarde de lo que allí suceda —comentó Woody amargamente—. ¿Por qué ir?

—Podemos estar en contacto próximo mediante la radio —argumentó Smoky—. Quiero estar cerca de Garner, para poder sugerir a la escuadrilla lo que tienen que hacer. Él sabe más que nosotros sobre esos monstruos.

Luke comentó:

—El primer argumento es que necesitaremos seguramente tres días, así que vayámonos y ahorraremos un día. Partamos ahora mismo.

Woody Arwood avisó a la escuadrilla inmediatamente, sabiendo que los otros no interceptarían la conversación. Si se hubieran movido dentro del rayo mensaje, sus radios habrían volado.

—¡Matchsticks! —la voz de Kzanol sonaba con el ímpetu de un thrinto—. También debemos tener paciencia.

Era extraño oírle eso, debido a que entonces su parte era la peor.

—Te diré qué —sugirió Kzanol/Greenberg—. Podemos dividir la Tierra justo ahora, y a la gente. Cada uno tendremos unos ocho millones, aunque no exactamente. De hecho podemos acordar ahora mismo el dividir la Tierra en dos grandes líneas circulares de Norte a Sur; dejémosles tranquilos hasta que volvamos con el amplificador y cada uno podrá gobernar su parte.

—No está mal. ¿Por qué de Norte a Sur?

—Así los dos tenemos toda clase de climas. ¿Por qué no?

—De acuerdo —Kzanol puso dos cartas boca abajo y una boca arriba—. Siete —dijo el piloto.

—Doblo —dijo Kzanol/Greenberg, y miró a Kzanol, que gruñía y examinaba los tantos—. Debíamos habernos traído a Masney —dijo—. Puede ser peligroso no tener un piloto.

—¿Ah, sí? Supon que lo hubiera traído; ¿cómo te sentirías viéndome a mí dirigir a tu esclavo?

—Mal.

Se dio cuenta entonces que había sido una cuestión de tacto que Kzanol dejara a Masney. Lloyd era un esclavo utilizado, uno que había sido ya poseído por otro. La tradición casi demandaba su muerte, y decretaba que nunca debía ser poseído por un thrinto que se considerase digno, aunque se le diera a un mendigo.

—Cinco —dijo el piloto.

Estaba sentado en un sitio desde donde no veía las manos de los otros, dispuesto a utilizar su lengua para traducir al lenguaje del póquer cuando Kzanol quería hablar, y para traducir mentalmente a Kzanol/Greenberg.

—Es extraño —comentó Kzanol/Greenberg—. Casi me acuerdo de algo, pero se me ha ido.

—Abre tu mente y te diré lo que es.

—No. En cualquier caso, es en inglés. Viene de las memorias de Greenberg —se tocó la cabeza—. ¿Qué es? Parece ser algo sobre Masney.

—Juega.

—Nueve.

—Subo cinco.

—Hasta diez.

—Greenberg, ¿por qué ganas más veces que yo?

Kzanol/Greenberg chascó los dedos.

—Ya lo tengo. «Cuando sea un hombre seré orgulloso e importante. Diré a los otros chicos y chicas que no se mezclen con mis juguetes Stevenson» —se rió—. Ahora…

—A dos, reina para mí —dijo el piloto. Kzanol continuó en thrinto— Si los hombres tienen registros telepáticos, no debían entrometerse con los sonidos de este modo. Es un ritmo bonito.

—Sí —comentó Kzanol/Greenberg, como ausente. Perdió esa mano apostando casi doscientos sobre un par de cuatros.

Algo más tarde Kzanol levantó la mirada del juego.

—Comunicador —dijo.

Se levantó y se dirigió a la sala del piloto. Kzanol/Greenberg le siguió. Se sentaron próximos a la puerta de la sala de control y el piloto subió el volumen.

—…Atwood en el Número Seis. Espero que me escuches, Lew. Hay definitivamente un ET en la nave lunar y tiene talentos extraños. El extranjero paralizó a Garner y a su piloto desde una distancia de más de un millón de kilómetros. El hombre de la segunda nave se quedó cerca de Tritón, medio muerto de hambre y sin combustible, después que el extranjero no le llevara consigo. Garner dice que Greenberg es el responsable. Greenberg es el otro, el que piensa que es un ET. También está en la nave lunar. Hay otros dos en la nave lunar, el piloto y el copiloto.

»Garner sugiere que disparen en cuanto los tengan al alcance, sin intentar aproximarse. Dejo eso en tus manos. Nos llevan tres días. La nave Número Cuatro está en Tritón sin combustible, y no podemos usarla. Sólo tres de nosotros pueden pilotar. Garner y su piloto están aún paralizados, aunque parece ser que se les está pasando de a poco. Deberíamos tener un hipnoterapista para estos terrestres, o si no nunca podrán volver a bailar.

»En mi opinión, tu primer objetivo es el amplificador, si puedes encontrarlo. Es menos peligroso que cualquier ET. El Cinturón solamente lo querría para investigación, y sé de algunos científicos que nos odiarían por desechar esta oportunidad, pero te puedes imaginar lo que haría la Tierra con un amplificador para hipnosis telepática.

»Lo estoy colocando para repetición. Lew, aquí Atwood en el Número Seis; repito, Atwood…

Kzanol/Greenberg sacó un pitillo y lo encendió. La nave lunar tenía una amplia selección de tabaco para elegir, y éste era uno de doble filtro, mentol sin nicotina. Olía a hojas quemándose y sabía a jarabe.

—Disparad en cuanto estén a vuestro alcance —repitió—. No me gusta.

El thrinto le miraba con cierta displicencia. ¡Temerle a un esclavo! Pero claro, él solamente era un ptavv.

Kzanol/Greenberg se alegró de este detalle. Después de todo, sabía más sobre las personas que el mismo Kzanol.

—A todas las naves —dijo el hombre de la nave capitana—. Digo que disparemos ahora. ¿Algún comentario?

Hubo comentarios. Lew esperó a que terminaran y luego habló.

—Tartov, respeto tus impulsos humanitarios. No lo digo con sarcasmo, pero las cosas están demasiado difíciles como para preocuparnos por dos terrestres en una nave lunar especial. En cuanto a encontrar el amplificador, no creo que tengamos que preocuparnos por ello. La Tierra no lo encontrará antes que nosotros. Ellos no saben «eso» que nosotros sabemos sobre Plutón. Podemos custodiar el planeta hasta que el Cinturón nos envíe un vigilante orbital automático. El radar nos indicará si el amplificador está allí; en ese caso lanzamos una bomba y al demonio con las posibilidades de investigación. ¿Me he olvidado de algo?

Una voz femenina dijo:

—Envía un misil con una cámara de video. No queremos utilizar de una vez todas nuestras posibilidades de disparar.

—Bien, quizá. ¿Tienes un misil con cámara?

—Sí.

—Utilízalo.

Cuando el *Iwo Jima* llevaba una semana fuera de la Tierra, y Kzanol/Greenberg, como de costumbre, se había pasado los días soñando, por alguna razón se acordó del reloj, el reloj de manillas criogénicas ahora enterrado con el segundo traje.

Tendría que conseguirle una nueva correa. Pero ¿para qué? Siempre se retrasaba. Tenía que ponerlo en hora cada vez que volvía de una visita…, de una visita a otra plantación. De un viaje en el espacio.

Pero… ¡por supuesto! La relatividad había alterado el reloj. ¿Por qué no se dio cuenta de esto antes?

¿Porque había sido un thrinto?

—Subo treinta —dijo ahora Kzanol.

Tenía cinco para completar el par que mostraba, y no era eso. Pensó que Kzanol/Greenberg le estaba engañando. No se había dado cuenta de que los números estaban en secuencia.

Estúpidos. Los thrintos eran estúpidos. Kzanol no sabía jugar al póquer, incluso utilizando el entendimiento del piloto. No se había imaginado que su nave debía haber golpeado Plutón. No necesitaba cerebro, porque tenía el poder.

Los thrintos no habían necesitado de la inteligencia desde el momento en que encontraron a la primera raza de esclavos. Anteriormente, el poder no les había interesado, porque no tenían nada en qué usarlo. Con un suministro ilimitado de sirvientes para cumplir lo que ellos pensaran, ¿tenían que preocuparse de que hubieran degenerado?

—Subo cincuenta —dijo Kzanol/Greenberg. El thrinto sonrió.

—Nunca pensé que la Jefatura fuera una gran idea —dijo Luke—. Creía que era necesaria. Absolutamente necesaria. Me uní a ella porque pensé que podía ser de utilidad.

—Luke, si los terrestres necesitan una policía que les mantenga vivos, no deberían estar vivos. Estás intentando detener la evolución.

—¡No somos policías! Lo que nosotros controlamos es la tecnología. Si alguien construye algo con lo que pudiera hacer desaparecer la civilización, entonces, y sólo entonces, lo suprimimos. Te sorprenderías si supieras qué tan a menudo sucede.

La voz de Smoky revelaba cierto desdén.

—¿De veras? ¿Por qué no suprimes el tubo de fusión mientras estás en él? No, no me interrumpas, Luke, es importante. No utilizan fusión solamente las naves. La mitad del agua que se bebe en la Tierra procede de destilerías de agua de mar, y todas utilizan calor de fusión. La mayor parte de la electricidad de la Tierra es de fusión, así como la del Cinturón. Hay llamas de fusión en los crematorios y en las plantas de desperdicios. ¿Qué cantidad de uranio se tiene que importar para introducirlo en los tubos de fusión? Y hay cientos de miles de naves de fusión, y cada una de ellas…

—…se convierte en una bomba de hidrógeno en cuanto haces una conexión.

—Exactamente. Entonces, ¿por qué la Jefatura no suprime la fusión?

—Primero, porque la Jefatura se formó demasiado tarde: la fusión ya estaba aquí. Segundo, porque *necesitamos* la fusión. El tubo de fusión soporta la civilización

humana, lo que solía hacer el generador eléctrico. Tercero, porque nunca interferimos con nada que colabore con los viajes espaciales. Pero me alegro…

—Estás pidiendo…

—Es mi turno, Smoky. Me alegro que sacaras a cuenta lo de la fusión, porque ése es el punto principal. El propósito de la Jefatura es mantener el equilibrio en la civilización. Rompe ese equilibrio, y lo primero que ocurrirá será la guerra. Siempre lo es, pero esta vez habría sido la última. ¿Te imaginas una escalada de conflictos, con tantas bombas de hidrógeno esperando ser utilizadas? Haz una conexión, creo que es lo que quieres decir.

—Tú dices: hay que apoyarse en la ingenuidad humana para mantener el equilibrio. Eso sería condenar a la Tierra si fuera verdad.

—Smoky, si no fuera secreto de estado te mostraría un proyector que puede amortiguar un campo de fusión a quince kilómetros de distancia. Chick Watson se convirtió en mi jefe al descubrir algo que nos hubiera forzado a legalizar el asesinato. Había…

—No me hables de pruebas evidentes que no puedes mostrar.

—De acuerdo. ¿Y qué me dices de ese amplificador que estamos todos buscando? Supón que algún chico inteligente se nos aparece con un amplificador para hipnosis telepática. ¿Lo suprimirías?

—Muéstramelo y te contestaré…

—Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? —dijo Masney.

—Que se mueran —contestó la voz de Anderson—. Dadnos una hora de reposo a nosotros, inocentes espectadores.

El hombre de la nave capitana abrió los ojos. Neblinas como amebas bloqueaban su visión, pero la pantalla estaba oscura y sin imagen.

—A todas las naves —dijo—. Aún no podemos disparar. Tendremos que esperar hasta que den la vuelta.

Nadie le hizo pregunta alguna. Todos habían visto a través de la cámara cómo el misil de Mabe Doolin se acercaba al *Golden Circle*. Habían visto cómo el resplandor de la conducción de la nave lunar había disminuido, incluso cuando la imagen de la cámara cambió de lugar. Luego las pantallas se pusieron en blanco. El hidrógeno de fusión convertía a los misiles en escorias antes de que éstos se acercaran demasiado.

La nave lunar estaría a salvo por otro día.

Kzanol/Greenberg tomó una decisión.

—Encárgate de todo —dijo—; vuelvo en seguida.

Kzanol vio cómo se levantaba y se ponía un traje espacial.

—¿Qué haces?

—Disminuiré la oposición, si tengo suerte —el casi ptavv subió por la escalera a la escotilla.

Kzanol, sin preocuparse, se quedó solo. Sabía que el esclavo con mente de ptavv estaba haciendo un tremendo problema de lo que no era nada. Quizá había meditado demasiado sobre la hipotética revuelta de los tnuctipos, y ahora todos los esclavos le parecían peligrosos.

Kzanol/Greenberg emergió sobre la superficie dorsal del casco. Había muchas razones para situar la escotilla en aquel lugar. La principal, que las personas podían caminar sobre el casco mientras la conducción estaba en funcionamiento por debajo de él. Se puso unas sandalias magnéticas —pues sería una gran caída si resbalaba— y caminó rápidamente hasta la popa. Un panel de mando escondido hacía salir una serie

de escalones que conducían desde la curva del casco hasta el ala. Descendió. La llama del hidrógeno era muy fuerte allí; incluso llevando los ojos cubiertos podía sentir el calor en la cara. Una vez asentado en el borde posterior, el ala le protegía del calor.

Miró por sobre el borde. Si se inclinaba demasiado se quedaría ciego, pero tenía que adelantarse lo suficiente para ver… Sí, allí estaban. Cinco puntos luminosos, de igual resplandor, todos del mismo color. Kzanol/Greenberg apoyó el extremo del desintegrador sobre el borde y apretó el gatillo.

Si el desintegrador hubiera tenido un rayo de tipo máser, el daño podía haber sido importante. Pero en ese caso nunca podría alcanzar aquellos objetivos con tal rayo. Además, el cono se extendía demasiado rápidamente. Kzanol/Greenberg no pudo ver efecto alguno; realmente no había esperado verlo. Mantuvo el excavador como mejor pudo hacia las estrellas. Pasaron los minutos.

—¿Qué demonios pasa, Lew? ¿Estamos en una nube de polvo?

—No —el hombre de la nave capitana miraba con ansiedad los trozos helados sobre el panel frontal, que había dejado de ser transparente—. No, nos lo indicarían nuestros instrumentos. Debe ser el arma de que nos habló Garner. ¿Todo el mundo tiene un panel frontal de repuesto?

Un coro de afirmaciones.

—No sabemos cuánta potencia tiene esa cosa, pero tendrá un límite. Haremos lo siguiente: dejaremos que los instrumentos nos conduzcan durante un rato. Segundo, vamos a romper nuestros paneles para poder ver, así que haremos el resto del viaje en trajes cerrados. Pero aún no lo podemos hacer, porque nuestros miembros se helarían. Tercero —miró alrededor para dar más énfasis a sus palabras, aunque nadie le miraba; todos tenían la vista fija en el panel, ahora opaco—, nadie saldrá fuera bajo ningún concepto; por lo poco que sabemos, esa arma puede dejarnos sin trajes en diez segundos. ¿Alguna sugerencia?

Las hubo.

—Llama a Garner y que te dé alguna idea.

Mabel Doolin en el Número Dos lo hizo.

—Dijo que quitáramos las antenas del radar durante unas horas; si no las harán desaparecer.

Lo hicieron así. Las naves marchaban a ciegas.

—Necesitamos algo que nos indique el daño que ha causado esa arma en las naves.

Pero nadie pudo pensar en algo mejor que: «Lo miraremos más tarde».

Cada minuto alguien comprobaba el panel frontal con un trozo de cuarzo. El rayo se detuvo durante quince minutos, y luego se puso en marcha de nuevo por dos minutos. Tartov, que estaba fuera inspeccionando el daño durante la pausa, entró en la nave con la mitad del rostro opaco en su lado derecho.

Kzanol miró cuando el ptavv descendía por la escotilla.

—Muy bien pensado —dijo—. Pero ¿se te ha ocurrido pensar que podemos necesitar el desintegrador para recuperar el traje?

—Claro que sí, por eso no lo utilicé demasiado —en realidad, se había retirado porque estaba cansado, pero sabía que Kzanol tenía razón. Veinte minutos de funcionamiento era bastante gasto de la batería—. Pensé que les podría hacer algún daño. No sé si lo he hecho o no.

—¿Por qué no te relajas? Si se acercan me apoderaré de ellos, y tendremos algunas naves y sirvientes extra.

—Estoy seguro de ello, pero no tienen porqué acercarse tanto.

La distancia entre el *Golden Circle* y la escuadrilla del Cinturón disminuía lentamente. De continuar el camino llegarían a Plutón casi a la vez, once días después de que la nave lunar dejó Neptuno.

—Ahí va —dijo alguien.

—Exacto —dijo Lew—. ¿Todo el mundo dispuesto para disparar? —el disparador tenía un mecanismo de protección sobre el que había operado con una llave.

Nadie contestó. La llama de la conducción de la nave lunar desaparecía en el espacio en forma de una línea blanca azulada dentro de una envoltura cónica. Se iba diluyendo lentamente.

—¡Fuego!—ordenó Lew, y apretó un botón rojo.

Cinco misiles partieron, lanzando llamas. El disparo de la nave capitana se había dirigido a un punto.

Pasaron los minutos. Una hora, luego dos. La radio comenzó a sonar.

—Habla Garner. No habéis llamado. ¿Aún no ha pasado nada?

—No —le respondió Lew—. Sin embargo, ya deberían haber sido alcanzados.

Pasaban los minutos. La estrella blanca de la nave lunar ardía serenamente.

—Entonces algo ha ido mal —la voz de Garner había atravesado los minutos luz entre él y la escuadrilla—. Quizá el desintegrador quemó la antena de radar de los misiles.

—¡Diablos! Eso es justamente lo que ha pasado. ¿Y ahora qué hacemos?

Más minutos.

—Nuestros misiles están bien —dijo Garner—. Si nos pudiéramos acercar lo suficiente a ellos los utilizaríamos. Pero esto les deja tres días para buscar el amplificador. ¿Se te ocurre algo para detenerles durante tres días?

—Vaya —Lew frunció el ceño—. Imagino que no aterrizarán en Plutón —se mordió el labio, preguntándose si podía evitar el dar a Garner esta información. No era realmente secreto de estado, y seguramente la Jefatura lo descubriría tarde o temprano—. El Cinturón ha hecho viajes a Plutón, pero nunca intentamos aterrizar allí. No después de que la primera nave tomara lecturas espectroscópicas…

Jugaban en la mesa más cercana a la puerta de la sala del piloto. Kzanol/Greenberg había insistido en ello; jugaba con un oído pegado a la radio. Esto le venía bien a Kzanol, pues afectaba el juego de su contrario.

La voz de Garner llegaba bastante alterada, después de unos minutos de silencio.

—Creo que todo depende del lugar donde aterricen. No podemos controlar eso. Mejor pensamos en otra cosa, sólo por si acaso. ¿Qué tienes además de misiles?

La radio sonó ligeramente.

—Me gustaría oír ambas partes —comentó Kzanol—. ¿Entiendes lo que quiere decir?

Kzanol/Greenberg asintió con la cabeza.

—No podremos, de todos modos. Deben saber que estamos en el rayo del mensaje de Garner. Pero parecen saber algo que nosotros no sabemos.

—Cuatro.

—Cojo dos. De todos modos es agradable saber que no nos pueden disparar.

—Sí. Bien hecho.

Kzanol habló con la típica autoridad no pensada, utilizando la clásica frase convencional con que se felicita a un esclavo que muestra iniciativa propia. Su ojo miraba las cartas; nunca sintió la batalla que se libraba sobre la mesa. Kzanol/Greenberg no mostró señales de furia en su rostro; sin embargo, tuvo que esforzarse por detenerla.

Kzanol debía haber muerto aquel día, aullando a medida que el desintegrador le quitaba la piel, el traje, los músculos, sin que nunca supiera el porqué.

Habían pasado diez días y veintiuna horas desde que habían partido de Neptuno. El planeta helado colgaba sobre ellos, medio sucio, con ese gran resplandor que había atontado a los primeros astrónomos. Desde la Tierra solamente se puede ver ese resplandor; se sabe que es bastante llano y lo hace parecer muy pequeño y denso.

—Vaya cosa —dijo Kzanol.

—¿Qué esperabas de una luna?

—Recuerdo el F-28. Demasiado pesado incluso para los carneblancas.

—Es verdad. Mira ese gran círculo; parece un cráter de un meteoro, ¿verdad?

—¿Dónde? Ah, ya lo veo —Kzanol escuchó—. Eso es, el radar lo detectó aún a bajo poder —añadió, mirando el telescopio del radar a través de los ojos del piloto—. Casi se puede ver su configuración. Pero tendremos que esperar al próximo circuito para aterrizar.

Lentamente la gran nave se volvió, hasta que el motor puso la proa en órbita.

La escuadrilla del Cinturón permanecía a una respetable distancia, muy respetable, a seis millones de kilómetros. Sin telescopio, Plutón parecía un disco.

—Que todo el mundo piense un número —dijo Lew—. Entre uno y ciento uno. Cuando sepa los vuestros os diré el mío. Luego llamamos a Garner y le decimos que escoja uno. El que se acerque más al número de Garner… ése es.

—Tres, veintiocho, setenta.

—Cincuenta. Está bien. Voy a llamar a Garner —Lew cambió el mensaje—. Uno llamando a Garner. Uno llamando a Garner. Hemos decidido lo que haremos si no descienden. Ninguno de los radares de las naves ha sufrido daños, de modo que lo que haremos será programar una nave para chocar contra la nave lunar a la máxima velocidad. Vigilaremos por los telescopios para ver cuándo nuestras naves están lo suficientemente cerca de ellos. Queremos que elijas un número entre uno y ciento uno.

Pasaron los segundos. La nave de Garner estaba ahora más cerca, casi al final de su viaje.

—Aquí Tartov, en el Número Tres. Está descendiendo.

—Aquí Garner. Sugiero que esperemos y utilicemos la nave a prueba de radar. Parece que planeas que un hombre deba viajar en la escotilla hasta volver al Cinturón. Si es así, espéranos, quizá tengamos sitio para alguien más en una de las naves de la Tierra. ¿Sigues queriendo un número? El cincuenta y cinco.

Lew tragó un poco de saliva.

—Gracias, Garner —desconectó el aparato.

—Tres de nuevo. Te has salvado, Lew. Está descendiendo en la parte oscura. En la zona previa al amanecer. No podía ser mejor… ¡A lo mejor aterriza en el creciente!

Lew, con la cara pálida, contemplaba la luz que ardía sobre la superficie blanquecina de Plutón. Garner se debía haber olvidado de que la sala de control de la nave era su propia escotilla, y tenía que ser evacuada siempre que el piloto quisiera salir. Estaba contento de que la escuadrilla terrestre les hubiera seguido; no le agradaba la idea de viajar varias semanas en su traje, sujeto al exterior de una nave espacial.

Kzanol/Greenberg tragó saliva varias veces. La baja aceleración le preocupaba. Le echó la culpa a su cuerpo humano. Se sentó en un sillón con la red de sujeción bien apretada, mirando arriba y abajo por la ventana.

Había poco que ver. La nave rodeó en círculo la mitad del mundo, descendiendo cada vez más, pero lo único que se vio en aquella superficie fue la sombra planetaria

que parecía arrastrarse lentamente. Ahora la nave volaba sobre el lado donde era de noche y la única luz que se veía era la de la conducción, cuando se reflejaba en la atmósfera desde su altura. Y hasta ahora no había nada más que ver.

Algo aparecía en el horizonte hacia el este, una sombra más luminosa que la planicie. Una línea irregular frente a las estrellas. Kzanol/Greenberg se echó hacia delante para ver mejor qué era aquello, pues solamente podía ser una cadena de montañas.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz alta.

—Cien diltuns —Kzanol probó la mente del piloto. El piloto dijo:—. El creciente de Cott. Hidrógeno helado apilado a lo largo de la zona del amanecer del planeta. Al rotar en la luz del día el hidrógeno desaparece, pero luego se vuelve a helar en la zona de noche. Eventualmente rota de nuevo hacia aquí.

—Gracias.

Montañas que se desvanecían de nieve de hidrógeno, blandas y bajas, como una bandeja de bolas de nieve que se lanzan desde cierta altura. Se elevaron gentilmente ante la nave, hilera tras hilera, mostrando la gran amplitud de la cadena. Pero no pudieron ver su longitud. Kzanol/Greenberg pudo ver solamente que las montañas se estrechaban en el horizonte, pero se las podía imaginar marchando de un polo a otro alrededor de la curva del mundo. Como debían hacerlo. Como lo hacían.

La nave casi tocaba suelo, permaneciendo sin moverse a unas pocos kilómetros al oeste del Creciente que comenzaba a surgir. Un pilar de fuego tocaba en su extremo con la superficie. Allí donde tocaba la superficie desaparecía, apareciendo debajo de la nave el lecho de un río que se deslizaba en la oscuridad, fuera del alcance de la luz.

La nave viajaba con la punta elevada, la llama de fusión iba hacia abajo. Poco a poco, a un kilómetro de altura, el *Golden Circle*, despacio, se detuvo.

Donde la llama tocaba la superficie, ésta desaparecía. Un amplio cráter se iba formando bajo la nave que descendía. Se hacía profundo con rapidez. Se formaba un anillo de niebla, blanca y opaca, espesándose en el frío y en la oscuridad, acercándose a la nave. Luego ya no hubo nada más, excepto la niebla luminosa y el cráter, y el fuego de fusión.

Era el sitio más extraño de todos. Había pasado su vida buscando mundos sin habitar de la galaxia, pero nunca había encontrado algo tan extraño como este mundo de hielo, más frío que… el mismo infierno.

—Aterrizaremos en la película de hielo —explicó el piloto, como si se lo hubieran preguntado— porque la capa de gas helado no nos soportaría. Pero primero tenemos que cavar.

¿No era eso algo extraño? ¿No se trataría de un pensamiento de Greenberg que se había deslizado en su mente consciente? Sí. Esa satisfacción propia ante el mundo nuevo era la del viejo Greenberg; Kzanol había buscado riqueza, solamente riqueza.

El cráter parecía ahora una mina abierta, con una pared circular y luego un borde plano y luego otro, otra pared más profunda… Kzanol/Greenberg miraba hacia abajo sonriendo, tratando de averiguar qué gas contenía cada capa. Habían atravesado una capa espesa helada, de cientos o miles de metros de espesor. ¿Era quizá nitrógeno? Entonces la próxima que aparecería sería oxígeno.

La planicie entera, y el espacio por debajo de ella estalló en llamas.

—¡Vuela!—se jactó Lew, como un criminal indultado.

Una torre en espiral de llamas azules y amarillas se extendía más allá del telescopio, más allá de donde había estado la pequeña luz blanca del *Golden Circle*. Durante unos momentos la estrella resplandeció a través de las llamas. Luego el fuego lo inundó todo

y el telescopio parecía la boca de un horno. Lew bajó el rango del amplificador para contemplar el fuego. Tuvo que volverlo a bajar, y una vez más.

Plutón estaba en llamas. Durante billones de años una capa espesa de hielo nitrogenado relativamente inerte había protegido las capas altamente reactivas inferiores. Los meteoros inevitablemente se apagaban dentro de la capa de nitrógeno. No había habido combustión en Plutón desde que la nave de Kzanol se estrelló desde las estrellas; pero ahora el hidrógeno en vapor estaba mezclado con el vapor de oxígeno y ardían. Otros elementos ardían también.

El fuego se expandía hacia el exterior en un círculo. Un viento fuerte y caliente soplaba hacia el vacío, llevando masas de llamas sobre los hielos que hervían hasta que se exponían al oxígeno en bruto. Había algunas materias primas por debajo de la capa fina de hielo, pero eran demasiado finas, casi inexistentes, pues se habían formado al chocar la nave espacial, hacía millones de años, cuando las levaduras alimenticias cubrían la Tierra. Vetas de sodio y calcio, incluso de hierro, ardían furiosamente ante la presencia de tanto oxígeno y calor. También cloro y flúor —ambos halógenos estaban presentes volando por encima de la atmósfera helada de Plutón—, algunos con hidrógeno en las primeras partes de la llama. Si la temperatura subía lo suficiente, incluso el oxígeno y el nitrógeno se unirían.

Lew contemplaba su pantalla, a medias concentrado. Pensaba en sus futuros nietos y se preguntaba cómo podría hacerles ver lo que él estaba viendo ahora. Viejo, sin piel, sin pelo y sedentario le contaría a aquellos niños: «Vi un mundo arder cuando era joven…». Nunca volvería a ver algo tan fantástico.

Plutón era un disco negro que cubría casi toda la pantalla, con un toque de luz helada cerca del brazo solar. En ese disco negro, el anillo de fuego se había casi convertido en un gran círculo, cuyo arco avanzaba sobre el borde del mundo. Al unirse con el otro lado del mundo habría una explosión como nadie podría imaginarse. Pero en el centro del anillo la luz era oscura, casi negra: todo su combustible se había quemado.

El punto más frío dentro del anillo era donde el fuego había comenzado.

El *Golden Circle* se había elevado rápidamente, alejándose del estallido con trozos de fuego que pasaban rozando su ala y su casco. Kzanol/Greenberg sufrió un golpe en la cabeza. Kzanol estaba volviendo en sí luego del shock. La nave aún no había sufrido daño alguno. No la dañó el calor de la combustión; la base de la nave estaba construida de modo que soportara el calor de fusión durante semanas.

Pero el piloto estaba fuera de control. Le habían vuelto sus reflejos en el instante en que el shock abatió a Kzanol, y luego su mente estuvo consciente. Por primera vez en semanas se consideró su propio dueño, y tomó su decisión. Cerró el suministro de combustible; no se podía volver a conectar la conducción. Kzanol rugió y le ordenó que muriera, lo que hizo, pero ya era demasiado tarde: la nave, privada de la potencia, se movía de un lado a otro entre el viento ardiente.

Kzanol/Greenberg insultó en inglés. Debajo de él, una pared de fuego de cientos de kilómetros de altura se retiraba hacia el horizonte. La nave no había volcado: el rumbo debía seguir funcionando. Los golpes por debajo disminuyeron a medida que el fuego se apagaba.

La nave comenzó a descender.

Deliberadamente, con reluctancia, Lew apartó sus ojos de la pantalla y se agitó. Luego se volvió a la radio.

—A todas las naves —dijo—. Dirección Plutón, a la máxima velocidad. Podemos vigilar el fuego por el camino. Tartov, programe un curso para aterrizar en la zona del

amanecer, o de lo que quede del creciente de Cott. Hexter, no ha hecho nada útil últimamente; contacte con Ceres a través del máser para informarles. ¿Algún comentario?

—Aquí Tartov. Lew, por favor, el planeta está ardiendo. ¿Cómo podemos aterrizar?

—Tenemos seis millones de kilómetros de viaje aún; el fuego se habrá extinguido para cuando lleguemos. De acuerdo, situémonos en órbita; pero tú prográmanos el aterrizaje.

—Creo que si aterrizamos, deberíamos mantener una nave en órbita por si algo sucediera.

—Está bien, quizá. Echaremos a suertes a quién le tocará. ¿Algún comentario más?

Tres hombres y una mujer apretaron botones, que hicieron salir a chorros uranio volatilizado hacia los tubos de fusión, y después nitrógeno.

Una tormenta cada vez mayor de neutrones produjo fusión, que a su vez produjo calor que mantenía la fusión. Se formaron cuatro estrellas blanquiazules, muy largas y muy finas; sus puntas luminosas se apartaban de Plutón. Comenzaron a moverse.

—Eso es —comentó Masney cansadamente—. Y una buena cosa también. ¿Piensas que existió alguna vez un amplificador de telepatía?

—Estoy seguro de que existe, y aún no hemos terminado —Luke se doblaba los dedos y parecía preocupado. Plutón aparecía en la pantalla delante de él, con el borde ardiendo en una línea que se arrastraba de oeste a este—. Lloyd, ¿por qué crees que no quise que el Cinturón nos venciera en la llegada a Plutón? ¿Por qué vinimos detrás de ellos? ¡Ese amplificador es un arma nueva! Si el Cinturón se apodera de él y construye uno para utilizar sobre los humanos, viviríamos la peor y más duradera dictadura de la historia. Nunca terminaría.

Masney contempló el futuro que Luke le dibujaba, y a juzgar por su expresión lo encontraba horrible. Luego sonrió:

—No pueden aterrizar. No te preocupes, Luke. No pueden conseguir el casco con ese fuego.

—Ese fuego se habrá apagado para cuando la nave lunar descienda.

Masney le miró:

—Está bien. ¿Puede explotar aún Plutón?

—No lo sé. Puede que aún hubiera restos de material sin arder, pero si ellos quieren pueden aterrizar a pesar de eso. Todo lo que tienen que hacer es tomar tierra en el lado que es de día, donde no hay nitrógeno, y aterrizar con tal rapidez que no se incendien a través de la capa de nitrógeno. Penetrarán en ella a través del agujero que con el calor hará el casco, y tendrán que cavar la salida. Pero eso no es nada. Lo que importa es el hidrógeno; sin él no se volverá a iniciar el fuego.

—Casi seguro que van a descender a por el amplificador tan pronto como se extinga el fuego. ¿Los destruiremos antes de que lo cojan, o después?

—Echa una mirada —le dijo Lloyd.

Cuatro puntos luminosos se agrupaban en la pantalla. En segundos se habían convertido en líneas de dos kilómetros de longitud, todos en la misma dirección.

—Tenemos tiempo —comentó Masney—; nos quedan millones de kilómetros hasta llegar a Plutón.

—No demasiado —Luke se acercó al comunicador—. Llamando a la *Heinlein*. Anderson, la escuadrilla del Cinturón acaba de partir para Plutón. ¿Cuánto tiempo tardarán?

—Déjame ver… Unas cinco horas y diez minutos aproximadamente. No menos que eso, y quizá más, según lo que teman al fuego.

—¿Cuánto tiempo necesitamos nosotros?

—Cincuenta y nueve horas a partir de este momento.

—Gracias, Anderson.

Luke apagó la radio. Era raro cómo Smoky había permanecido sentado sin decir una sola palabra. De hecho, no había dicho mucho últimamente.

Con un escalofrío, Luke se dio cuenta de que Smoky debía estar pensando lo mismo que él. Muerto el ET, el asunto era: ¿quién conseguiría el casco? ¿El Cinturón o la Tierra? Smoky no estaba dispuesto a confiar en la Tierra.

Larry Greenberg abrió los ojos y sólo vio oscuridad. Hacía frío. Las luces no funcionaban. Una voz le dijo en su mente:

—¿Nos estrellamos?

—Así es. No sé ni cómo estamos vivos aún.

—Levántate.

Larry Greenberg se levantó y avanzó por el pasillo entre los asientos de los viajeros. Sus músculos, retorcidos y doloridos, parecía que actuaban solos. Se dirigió al sillón del piloto, desplazó a éste y se sentó. Sus manos sujetaron las correas y luego se apoyaron sobre sus rodillas. Kzanol permanecía detrás de él, apenas dentro de su visión periférica.

—¿Confortable?

—No demasiado —confesó Larry—. ¿Me podrías dejar un brazo libre para fumar?

—Por supuesto.

—Larry se dio cuenta de que su brazo izquierdo le obedecía. No podía mover los ojos, aunque sí parpadear. Sacó un pitillo y lo encendió, moviéndose al tacto.

Menos mal, pensó, que soy una de esas personas que se pueden afeitar sin mirarse en el espejo.

Kzanol le preguntó:

—¿Qué tiene eso que ver?

—Significa que no pierdo la coordinación sin los ojos.

Kzanol seguía vigilándole, una masa imprecisa en el límite de su visión. Larry sabía lo que quería. No lo haría, no preguntaría.

Se preguntaba qué apariencia tendría Kzanol.

Por supuesto, parecería un thrinto. Larry se acordaba de cuando era Kzanol/Greenberg, y todo lo que había visto era un tipo de thrinto pequeño, bien parecido, poco cuidado. Pero cuando al caminar hacia la sala del piloto miró a Kzanol, descubrió algo horroroso, con un solo ojo de un verde vidrioso, con dos lombrices grises gigantes en los extremos de la boca, con dientes metálicos afilados, con unos brazos de tamaño exagerado que terminaban en tres manos con dedos, como dragas mecánicas.

La voz del thrinto era glacial, según sus propios estándares.

—¿Piensas en mi juramento?

—Juramento. Sí, ya que lo mencionas.

—Ya no puedes decir que eres un thrinto en un cuerpo humano. No eres el ser a quien di mi juramento.

—Juramento.

—Todavía sigo queriendo que me ayudes a gobernar la Tierra.

Larry no tenía dificultad en comprender las inflexiones de su lenguaje, y por supuesto Kzanol podía ahora leer su mente.

—Pero tú me gobernarás —le dijo Larry.

—Sí, claro.

Larry alzó su pitillo y lo golpeó con la yema de un dedo. La ceniza caía más lenta que la niebla que pasaba ante él y desaparecía de su vista.

—Hay algo que tengo que decirte —dijo.

—Condénsalo. Tengo poco tiempo y debo encontrar algo.

—No creo que puedas apoderarte de la Tierra. Te detendré si puedo.

Los zarcillos de comer de Kzanol estaban haciendo algo extraño. Larry no podía ver lo que era.

—Piensas como un esclavo, no como un ptavv; como un esclavo. No hay razón alguna para que me prevengas.

—Ése es mi problema.

—Está bien. No te muevas hasta que yo vuelva —la orden tenía ciertos tonos de repugnancia. Una mancha oscura, que era Kzanol, se movió y desapareció.

Solo en la sala del piloto, Larry escuchaba ruidos metálicos. Kzanol estaba buscando algo. Oyó cómo el thrinto ordenaba al piloto que volviera a la vida y le mostrara *al instante* dónde había escondido el radar portátil. La orden, una explosión de frustración, se detuvo de repente, así como los ruidos que indicaban una búsqueda.

Larry pudo oír la escotilla cerrándose.

El empleado era un intermediario. Su trabajo consistía en dar prioridad a los mensajes que se recibían del espacio. A las tres de la mañana contestó al teléfono exterior.

—Aló, Estación de Mensajes de la Jefatura —dijo, un poco dormido. Había sido una noche aburrida.

Dejó de ser aburrida. La rubia que aparecía en su pantalla era realmente hermosa, especialmente para el hombre que la veía en una hora inesperada.

—Hola, tengo un mensaje para Lucas Garner. Creo que se dirige a Neptuno.

—¿Lucas Garner? ¿Qué mensaje?

—Dígale que mi esposo ya está normal y que debe tenerlo en consideración. Es muy importante.

—¿Y quién es su esposo?

—Larry Greenberg.

—Ya veo… Pero ambos están más allá de Neptuno ahora. ¿No podría saber Garner ya lo que usted sabe sobre Greenberg?

—No, a menos que sea telepático.

—¡Oh!

Era una decisión difícil para un empleado. Los mensajes por rayo costaban caros como el uranio, menos por la potencia que se necesita y el gasto de las máquinas que por la dificultad de encontrar el objetivo. Pero solamente Garner podía decidir si esto tenía importancia. El empleado puso en juego su trabajo y envió el mensaje.

El fuego había disminuido. La mayor parte del hidrógeno que no se quemó había volado antes del fuego, condensándose en una masa nubosa en las antípodas del lugar donde descansaba el *Golden Circle*. Alrededor de esa nube bramaba un huracán de inmensas proporciones. Lluvia helada caía de los cielos; las gotas silbaban en la nieve nitrogenada. Las capas situadas por debajo del nitrógeno habían desaparecido vaporizadas, y el gas diluía el hidrógeno que aún caía. En sus límites, el hidrógeno ardía con sus halógenos —e incluso con el nitrógeno, formando amoníaco—, pero el fuego ya se había apagado en casi toda la extensión alrededor del gran círculo. Conflagraciones aisladas, relativamente pequeñas, abrían su camino hacia el nuevo centro. El hielo

«caliente» continuaba cayendo. Una vez desaparecido el nitrógeno, comenzaría con el oxígeno. Y entonces se volvería a producir fuego.

En el centro del huracán el hielo se mantenía. Incluso los halógenos estaban aún congelados a lo largo de su extensión, miles de kilómetros de hielo fluorado con el vacío por encima. Los efectos de la fuerza de Coriolis mantenían alejado el viento.

En la otra parte del mundo, Kzanol salía del *Golden Circle*.

Se volvió una vez para mirar hacia atrás. La nave lunar yacía sobre su panza. Su sistema de aterrizaje estaba torcido y un gran cráter se veía justo debajo del cono de conducción, porque poco tiempo después de cortar el combustible se derramó hidrógeno caliente del tubo de fusión. El fuselaje estaba abollado, aunque no roto. Sus alas delanteras habían sufrido sacudidas y ahora colgaban partidas. Un extremo del ala principal triangular se había enroscado al chocar contra el hielo, duro como una roca.

Estaba condenada, no servía ya. Kzanol siguió caminando.

El traje espacial de un thrinto era un maravilloso conjunto de herramientas. No se habían realizado cambios en él desde siglos antes de la época de Kzanol, pues su diseño era hasta entonces perfecto, excepto por una leve falla en los sistemas de emergencia, y el thrinto, ingenuo, no había alcanzado el nivel de sofisticación que produce la caída en desuso de algo. La temperatura dentro del traje era perfecta, incluso un poco mayor que la de la nave.

Pero el traje no podía compensar la imaginación del que lo llevaba. Kzanol sentía sonidos exteriores a medida que la nave quedaba atrás. Habían ardido capas espesas de nieve nitrogenadas y oxigenadas dejando una capa helada permanente, que en la oscuridad brillaba de un color verde oscuro a la luz de la lámpara de su casco. También había niebla, no demasiado espesa, como un cinturón que se alargaba alrededor del mundo en una de sus mitades. La niebla reducía su universo a una senda circular de hielo burbujeante.

Moviéndose por medio de pequeños saltos, llegó a la primera elevación del creciente en cuarenta minutos. Estaba ahora a diez kilómetros de la nave. El creciente era ahora una capa helada ligeramente elevada, marcada por el fuego que la había atravesado. El radar portátil, que Kzanol había cogido de los armarios del *Golden Circle*, indicaba que su objetivo se encontraba justo al frente, en el límite de su alcance. A un kilómetro de distancia… y a unos trescientos metros de profundidad.

Kzanol comenzó a subir la ladera del creciente.

—No tenemos flechas —dijo tristemente el hombre en la nave Número Cuatro. Se refería a los misiles—. ¿Cómo nos protegeremos?

—Estaremos en camino de vuelta a casa antes de que Garner se encuentre a una distancia significativa de Plutón —dijo Lew—. Lo máximo que puede hacer es dispararnos cuando le pasemos al lado. Sus flechas no son lo suficientemente buenas como para alcanzarnos con la rapidez que iremos, a no ser que acierte por accidente. El lo sabe. Ni lo intentará, pues así iniciaría la Ultima Guerra.

—Puede decidir que el premio es suficientemente grande.

—Demonios, Tartov, ¿qué otra elección tenemos? ¡No debemos dejar que Garner salga de aquí con el amplificador! Si lo consigue, conoceremos un período de esclavitud como nadie lo habría soñado hasta ahora —Lew respiró ruidosamente—. Tenemos que descender y destruirlo. Aterrizar en la zona del amanecer y formar una expedición. Hexter, ¿puedes desmontar el radar de una nave de modo que siga funcionando?

—Por supuesto, Lew; pero necesitaremos dos hombres para transportarlo.

—Te estás olvidando de lo que he dicho —dijo Tartov—. Por supuesto, tenemos que destruir ese condenado amplificador, ¿pero cómo probaremos ante Garner que lo hicimos? ¿Por qué habría de confiar en nosotros?

Lew se pasó las manos por el pelo.

—Acepta mis disculpas, Tartov. Es una buena pregunta. ¿Algún comentario?

Kzanol apuntó el desintegrador treinta grados hacia abajo y abrió la llave.

El túnel se formó rápidamente. Kzanol no podía comprobar la rapidez, porque después del primer metro sólo había oscuridad adentro. Un pequeño huracán salió del túnel; Kzanol se inclinó contra el viento igual que contra una pared. El «viento» era claro en el cono estrecho del rayo, pero más allá del borde era una tormenta de polvo. El viento llevaba polvo también, polvo helado en forma de partículas de dos y tres moléculas cada una, debido a la repulsión mutua de los núcleos.

Al cabo de diez minutos, Kzanol decidió que el túnel se estaba ampliando demasiado. La apertura era inferior a treinta centímetros cuadrados y utilizó el desintegrador para ampliarla. Incluso cuando apagó el aparato no podía ver muy lejos.

Después de un momento, se puso a caminar y entró en la oscuridad.

Larry alargó su brazo izquierdo y agitó el hombro del piloto. Nada. Era como una estatua de cera. Probablemente antes él se había sentido igual. Pero las mejillas del hombre estaban frías. No estaba paralizado, sino muerto.

En algún lugar en el fondo de su mente estaba Judy. Era distinto al modo en que había estado anteriormente. Ahora lo creía. Incluso separados por más de cuatro millones de kilómetros, él y Judy se sentían. Pero solamente eso.

No le podía decir nada. No era posible alertarla de que el monstruo de un solo ojo tardaría unas horas —o quizá minutos— en poseer la Tierra.

El piloto tampoco podía ayudarle. Había tenido un instante para elegir —cosa privativa de los millonarios— y primero eligió bien y luego mal. Había decidido morir matando a todos los que estaban dentro de la nave. Pero debía haber desconectado el campo de fusión, no la salida de combustible. Ahora él estaba muerto, y Kzanol libre.

Fue culpa suya. Sin Larry Greenberg, Kzanol podía haber volado cuando estaba aún en Neptuno. ¡Nunca supo que el traje estaba en Plutón! El saberlo era algo mortificante.

¿Dónde estaba su campo mental? Hacía dos horas había tenido una muralla telepática impenetrable, un campo que se resistió a los esfuerzos más furiosos de Kzanol. Ahora no podía recordar adonde se había ido. Era capaz de sostenerlo, lo sabía, si pudiera encontrarlo.

No, se había ido. Alguna memoria, alguna memoria de un thrinto.

Bien, veamos. Había estado en la oficina de Masney cuando el thrinto ordenó a todo el mundo que hicieran desaparecer sus mentes. Su campo mental había desaparecido ahora, pero ya había estado en él. De algún modo ya sabía cómo utilizarlo. Lo había sabido desde siempre.

Girasoles de dos metros. Giraban y giraban siguiendo el sol a medida que éste trazaba círculos alrededor de la plantación en el polo de Kzathit. Grandes fuentes plateadas que enviaban luz del sol concentrada a sus nudos fotosintéticos verde oscuros. Espejos flexibles sobre tallos espesos, espejos que podían rizarse situando su foco mortal donde querían, sobre un esclavo rebelde o un animal salvaje, o un thrinto enemigo que atacara. Ese foco era tan mortal como un cañón de rayos láser, y los girasoles rara vez erraban. Por alguna razón especial, nunca atacaban a los miembros de la casa que protegían.

Siguiendo esa misma línea, Larry Greenberg se estremeció. Los girasoles tuvieron que ser controlados por los esclavos tnuctipos de la casa. No tenía la más mínima prueba de ello, pero lo sabía. Un día en el pasado —pensó—, cada girasol en la galaxia se debió alzar contra su dueño.

Haciendo memoria de nuevo, vio que los girasoles no eran tan grandes como parecían. Estaba viéndolos desde el punto de vista de Kzanol, un niño de ocho años thrintos y de cuarenta centímetros de alto. Kzanol sin haber crecido aún del todo.

El rayo máser a baja frecuencia partió para Plutón, extendiéndose en amplitud a medida que salía del pozo gravitacional del Sol. Cuando alcanzó su objetivo ya habían pasado más de cinco horas, y la onda frontal ocupaba trescientos mil kilómetros de ancho.

Plutón no lo detuvo; solamente dejó en él un agujero apreciable. Había un gran poder detrás de ese rayo. Penetró en el vacío, moviéndose directamente hacia el centro galáctico, disminuido por las nubes de polvo y la distancia. Fue recogido siglos después por seres que no se asemejaban a los humanos. Pudieron determinar la forma cónica del rayo y su ápice, pero no con suficiente exactitud. En su estela…

—Tienes razón, Lew —comentó Tartov—, no hay fuego en la zona adonde nos dirigimos.

—Así es. Vosotros tres, descended. Yo me quedaré en órbita.

—Tendríamos que sortearlo de nuevo.

—Quizá —dijo Lew—. Pero piensa en todo lo que ganaré al póquer después de dejar mi mala suerte aquí. ¿Tienes mi órbita, Tartov?

—Haz aterrizar tu idiota sabiduría y te daré los datos directamente.

—El autopiloto, en marcha.

Lew sintió cómo la nave se ponía en marcha a medida que el ruido cesaba. Las lanzas de luz de fusión comenzaron a disminuir de tamaño. ¿Se las arreglarían sin él? Seguro que sí, eran gentes del Cinturón. Si surgía algún peligro sería allí, en órbita.

—A todas las naves —dijo—. Buena suerte. No corráis ningún riesgo estúpido.

—Hexter llamando. Algo en el canal de la Tierra, Lew.

Lew manipuló su esfera de frecuencia.

—No puedo encontrarlo.

—Es un poco bajo.

—Vaya, típico. Demonios…, está en código. ¿Por qué lo pondrían en código?

—Quizá tengan pequeños secretos —sugirió Tartov—. Sea lo que sea, es una buena razón para acabar esto lo antes posible.

—Adelante y aterrizad. Enviaré esto a Ceres para que lo descifren. Tardaremos doce horas en tener una respuesta, pero creo que será necesario.

¿Por qué estaría en clave? Lit Shaeffer debía saberlo.

Incluso ahora, sentado en la oficina situada en una roca de Ceres, con la burbuja del asteroide Confinamiento moviéndose en su órbita a cuarenta y cinco kilómetros sobre él, Lit estaba preparando una nota de disculpa a las Naciones Unidas. Era el trabajo más difícil que jamás había tenido que hacer, pero no quedaba otra salida.

Hacía una semana y media había llegado un mensaje máser desde Neptuno. La historia de Garner era cierta: iba a Neptuno siguiendo a un peligroso y salvaje ET. Lit frunció el ceño y ordenó que cesara el acoso a las naves de la Tierra.

Pero el daño estaba hecho. Durante dos semanas el Cinturón persiguió a las pobres naves terrestres, utilizando claves en las transmisiones, incluso en las previsiones del

tiempo, violando la tradición de un siglo. Había utilizado sus sistemas de espionaje con tal ímpetu que su existencia se convirtió en algo insultante. El secreto y la sospecha gobernaron. La Tierra tomó represalias.

Ahora la Tierra utilizaba claves, aunque el Cinturón ya no las utilizaba.

¿Contenían los mensajes en clave información vital? Casi seguro que no. Lit lo debía haber supuesto. Algunos mensajes escogidos al azar se descifraron delante de él, pero el Cinturón no podía estar seguro, y esto era lo principal.

Las naves del Cinturón sufrían cacheos de forma casi insultante en las bases de la Tierra.

Había que detener ahora mismo la falta de confianza. Lit apretó los labios y siguió escribiendo.

El mensaje volvía a repetirse y Lloyd desconectó el aparato.

—Ella siente que Larry va a morir —dijo Luke—. No lo sabía, pero lo sentía.

Sus pensamientos se deslizaban sin él… Había sentido que moría. ¿Qué era aquello que permitía a algunas personas conocer cosas que no *podían* saber? Cada vez abundaban más. Luke nunca había sido psíquico, y envidiaba a aquellos que podían encontrar anillos perdidos o criminales sueltos sin el menor esfuerzo, con la única explicación de que «Pensé que lo podrías haber dejado caer en la mayonesa» o «Tuve el pálpito de que se estaba escondiendo en el Metro limpiando las máquinas de cacahuetes». Los parapsicólogos, con sus características especiales, habían demostrado que los poderes psíquicos existían, y no habrían avanzado en doscientos años a no ser por los aparatos psiónicos, como la máquina de contacto. «Psiónicos» significaba para Luke: no sé cómo funciona esa condenada cosa.

¿Cómo sabía Judy que el *Golden Circle* se había estrellado? No se podía conocer la respuesta. Telepatía.

—Y aun así —dijo Luke sin darse cuenta de que hablaba en voz alta— se las arregló para volverse loca. ¡Maravilloso!

—¿De verdad?

Luke levantó la cabeza y miró en derredor. Lloyd tenía miedo y no trataba de disimularlo.

—El *Golden Circle* —dijo— era una nave dura. La conducción la tenía en la panza, ¿recuerdas? La habían construido de modo que aguantara el calor de la fusión, y la explosión fue debajo de ella.

Luke sintió cómo sus propios nervios se estremecían con pavor.

—Lo sabremos ahora mismo —dijo, y tocó el panel de control—. A todas las naves, escuchen. Anderson, ¿qué sabe sobre el *Golden Circle*?

—También lo oí. Podría ser, sólo podría ser. La gente que construyó las naves lunares sabían muy bien que un accidente o una avería podría arruinar un negocio de millones. Construyeron las naves de modo que aguantaran todo. El sistema de vida del *Golden Circle* es menor en proporción al de cualquier otra nave, porque pusieron demasiado peso extra en las paredes y en el sistema de suspensión.

Con voz cavernosa, Smoky dijo:

—Y no estamos allá.

—Demonios, ese mensaje estaba en clave. Lloyd, sitúa el máser hacia Plutón; tenemos que avisar a los del Cinturón. Smoky, ¿hay alguna señal de alerta que podamos usar?

—No es necesario. Te oirían igual, pero de cualquier modo es demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Están descendiendo.

Kzanol caminaba despacio por un túnel brillante; era de color blanco opaco donde enfocaba la luz. Con la práctica había aprendido a permanecer a la distancia apropiada detrás de la pared que iba desapareciendo, siguiendo al rayo de su desintegrador, de modo que caminaba por un cilindro de metro ochenta de diámetro. El viento bramando le pasaba al lado y dejaba de ser viento; llevaba consigo polvo y partículas de hielo, que volaban en vacío y a baja gravedad, solidificando en las paredes del túnel que dejaba atrás.

El traje de repuesto se encontraba a seiscientos metros más allá.

Kzanol se detuvo. Paró el desintegrador y permaneció quieto, furioso, esperando. ¡Se habían atrevido! Estaban fuera de su control, demasiado lejos y moviéndose rápidamente, pero iban cada vez más despacio a medida que se acercaban. Esperó, listo para matar.

Una consideración le detuvo. Necesitaba una nave para salir de Plutón, pues la suya ya no servía. Las que estaban encima eran de una sola persona y no le servían, pero sabía que otras naves mayores se aproximaban. No debía asustarlas.

Dejaría que esas naves aterrizaran.

La nave de Lew se mantenía de frente a la superficie de Plutón. Colocó la dirección de ese modo. Seguiría así durante mucho tiempo, sin necesitar correcciones. La superficie del planeta se escondía detrás de una hirviente cortina de nubes de tormenta.

Había pasado por encima del Creciente de Cott hacía algunos minutos. Escuchó el zumbido de un circuito entre naves abierto. Ahora, avanzando hacia él sobre el horizonte curvo, se veía una tormenta dentro de otra tormenta, el titánico huracán sobre el que ya había pasado dos veces. Plutón tarda meses en completar su rotación; solamente una ráfaga de viento monumental, de reciente creación, arrastrándose desde el otro lado del planeta, podría llevar suficiente velocidad lateral como para formar tal torbellino con los efectos de la fuerza de Coriolis. Las llamas centelleaban en el borde, pero el centro era un amplio círculo de calma, casi de vacío, en su trayectoria a la planicie de hielo.

En la radio surgió el ruido de la voz de Garner.

—…Por favor, contéstenos al instante para saber si estamos en lo cierto. ¿Hay alguna posibilidad real de que el ET sobreviviera al estrellarse, en cuyo caso…?

—Ahora me estás diciendo que sabes todo, condenado.

Lew no podía hablar. Su lengua y sus labios estaban tan helados como el resto de sus músculos. Oyó todo el mensaje y luego repetirlo, repetirlo. Parecía que Garner estaba más apremiado que hacía algunos minutos.

En ese instante, el huracán estaba casi por debajo de él. Miró hacia abajo dentro del ojo.

Desde uno de los fuegos tenebrosos en el borde del ojo, una lengua se alzó hacia arriba.

Fue como la primera explosión, la que había visto por el telescopio. ¡Pero esto no era el telescopio! Toda la meseta se perdió en medio de llamas multicolores en los primeros veinte segundos. Con la clásica lentitud de un suelo perezoso que está dormido en una mañana fría, el fuego se elevó y le salió al encuentro. Era fuego y hielo, trozos de hielo lo suficientemente grandes como para verlos; hielo ardiendo que se alzaba hacia las alturas, un carnívoro llameante que quería engullirle.

La raza viperina. Formas esqueléticas dobladas como grandes lebreles albinos parecían rozar la superficie sucia del camino, con sus zarcillos resplandecientes y sus

pieles brillando como el aceite, corriendo akededor de la audiencia y deteniéndose sin aliento en el centro del círculo. El aire estaba pesado con el poder: miles de thrintos dando ánimos a sus favoritos, sabiendo perfectamente que el viperino mutado no tenía cerebro para oírle. Kzanol, en uno de los asientos caros sujetando una cuerda de plástico, sabiendo que esa raza significaba la diferencia entre una vida como un explorador y otra como superintendente de maquinaria de limpieza. Viviría aquí con los viajantes para comprarse una nave… o con nadie.

Larry lo dejó. Era una época demasiado tardía en la vida de Kzanol. Quería recordar algo más próximo, pero su cerebro parecía estar lleno de niebla, y le costaba seguir las memorias del thrinto. Cuando era Kzanol/Greenberg no había tenido problemas con su memoria; pero siendo sólo Larry ahora, todo le era demasiado vago. La cosa más temprana que podía recordar era la escena de los girasoles.

Ya no tenía pitillos. El piloto debía tener alguno, pero no podía llegar hasta él. Y estaba hambriento; no había comido en unas diez horas. Un gnal le ayudaría. Desde luego le ayudaría, porque seguramente le mataría en segundos. Larry se desabrochó un botón de la camisa y se lo puso en la boca. Era redondo y blando, como un gnal.

Lo chupó y dejó que su mente se disolviera.

Tres naves permanecían en la otra cara de lo que quedaba del Creciente de Cott. En las cabinas de control los pilotos permanecían sentados sin moverse, esperando instrucciones y con pensamientos enardecidos e inútiles. En la cuarta nave…

Los zarcillos comedores de Kzanol se alejaban de su boca al explorar. Era como explorar su propia memoria, su recuerdo del choque. Un viento ardiente y brillante, un universo de bramidos, llamas que laceraban y golpes.

Bien, no era que necesitara a Lew. Kzanol puso en marcha el desintegrador y comenzó a caminar. Algo luminoso resplandecía a través de la pared oscura de hielo.

—No contestan —dijo Lloyd.

Luke se recostó contra el panel de desaceleración. Demasiado pocos, demasiado tarde…, el Cinturón habría sido vencido. Pero luego sus ojos se empequeñecieron, y dijo:

—Nos están engañando.

Masney se volvió, como preguntándole.

—Sí, hacen silencio de radio, Lloyd. Serían tontos si no lo hicieran. Al llegar, les hemos quitado la posibilidad, la oportunidad perfecta de conseguir un arma para luchar contra el enemigo equivocado.

—Pero si hubieran caído, también habría este silencio.

Luke hablaba nerviosamente, a medida que llegaban a su mente las respuestas.

—Está bien. De cualquier modo, apaguemos la radio. Pero hemos de dar, en uno u otro caso, la misma respuesta: disparar a matar. O la escuadrilla está de vuelta con el amplificador, o el ET lo tiene y se dirige a conquistar la Tierra. En cualquier caso tenemos que atacar.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Dímelo.

—Primero tendremos que matar a Atwood, a Smoky y a Anderson.

—Bien, de acuerdo sobre Atwood…, nunca nos ha dejado disparar sobre sus amigos, fueran esclavos o no. Pero no podemos esperar que Anderson controle a Smoky.

—¿Estás en tus cabales?

Luke consideró sus manos inseguras y sus dedos torpes, su falta de control sobre sus músculos. Todo a causa de la parálisis.

—Está bien, Smoky haría picadillo a Anderson —una mirada borrascosa—. Tendremos que volar ambas naves.

—Luke, quiero que me hagas una promesa —Masney tenía el aspecto de la muerte. Parecía enormemente viejo—. Quiero que me jures que en cuanto veamos el amplificador lo destruiremos. No capturarlo, Luke: destruirlo.

—De acuerdo, Lloyd, lo juro.

—Si intentas llevártelo a casa, no dudaré en matarte.

*Su dedo, un dedo de gran tamaño en una boca de gran tamaño con dientes pequeños. Estaba apoyado sobre un lado —parecía una masa informe de carne, más que otra cosa— y se chupaba el dedo porque estaba hambriento. Siempre estaría hambriento.*

*Algo enorme se le apareció, bloqueando la luz. ¿Madre? ¿Padre? Se le movía el brazo, sacudiendo el dedo, rozándolo contra los nuevos dientes. Intentó ponerlo en su lugar, pero no se movería. Algo con fuerza le dijo que no volviera a hacerlo otra vez. Nunca lo hizo.*

Ningún campo mental aquí. Qué extraño, qué fuerza tenía ese recuerdo, el recuerdo de una frustración temprana...

Algo…

*La habitación estaba llena de huéspedes. Kzanol era un thrinto que acababa de cumplir cuatro años y se le había dejado salir por primera vez. Su padre lo mostró con orgullo. Pero el ruido, el ruido telepático, era demasiado fuerte. Estaba intentando pensar como todo el mundo a la vez. Eso le asustaba.*

*Algo terrible sucedió. Un chorro de materia semilíquida marrón oscuro salió de su boca y se extendió sobre la pared. Había defecado en público.*

*Rabia, escrúpulo, vergüenza. De repente no tenía control sobre sus miembros, corría medio cayéndose hacia la puerta. Rabia por su padre, y vergüenza de sí mismo… ¿o de su padre? No podía decirlo. Pero dolía y luchó contra ello, centró su mente en ello. La mente del padre desapareció como una llama que se apaga, los huéspedes también, todo el mundo desapareció. Estaba solo en un mundo vacío. Se detuvo, con miedo. Las otras mentes volvieron.*

*¡Su padre estaba orgulloso, orgulloso! A los cuatro años el pequeño Kzanol ya tenía el poder.*

Larry sonrió —una sonrisa de predador— y se levantó. ¿Su traje? En el salón, en uno de los asientos. Lo cogió, se lo puso y salió.

Kzanol tiró de la gran masa brillante, hasta que salió del hielo. Se asemejaba a un gran duende mutilado que yacía sobre su espalda.

El hielo había revestido el túnel sólidamente detrás de él; el aire, de hecho, era espeso. Era una suerte. Kzanol había utilizado el aire comprimido cargado en su traje para hacer presión en la cámara de hielo que lo encerraba. Frunció el entrecejo al ver las esferas sobre la parte superior de su pecho y luego se sacó el casco.

El aire era frío y cortante, pero ahora no necesitaba llevar el casco amplificador a la nave: se lo podía poner allí.

Recorrió el traje con la mirada y se dio cuenta que quería llevárselo. Kzanol centró su atención en Larry Greenberg. Encontró un vacío.

Greenberg no estaba en ningún sitio.

¿Había muerto? No, seguro que no, porque Kzanol lo hubiera sentido morir.

Eso no le gustaba ni un poco. Greenberg le había avisado que intentaría detenerle. El esclavo debía estar ahora en camino, con su campo mental trabajando perfectamente.

Por fortuna, el amplificador le detendría. Controlaría fácilmente incluso a un thrinto ya maduro.

Kzanol se agachó para dar vuelta el traje auxiliar. No era pesado, pero abultaba…; y al fin se movió.

Estaba nevando. En la rara atmósfera, la nieve caía como grava lanzada por una explosión, con la fuerza suficiente como para matar a un hombre que no se hubiera protegido contra ella. Donde golpeaba se amontonaba formando una superficie dura, lo bastante segura como para caminar.

Por fortuna, Greenberg no tenía necesidad de ver. Podía sentir exactamente dónde estaba Kzanol, y caminaba confiado en aquella dirección. Su traje no era tan bueno como el del ET; el frío se filtraba a través de sus guantes y botas. Pero había sufrido cosas peores en sus paseos con esquíes, y le gustaba.

Entonces el poder llegó, azotando su cerebro. Su campo mental se alzó. La onda se fue en un momento, pero ahora ya no podía encontrar a Kzanol. El thrinto había alzado su campo mental. Larry se detuvo, desconcertado; luego continuó.

Tenía un compás, y esto le ayudaría a no caminar en círculos. Pero ya Kzanol debía saber adonde se dirigía.

Gradualmente, la imagen retrospectiva se introducía en su mente. En cada uno de sus sentidos, ojos, oídos, tacto, nervios quinestésicos, sentía lo que Kzanol había estado haciendo cuando su poder se repartió: se había inclinado sobre el segundo traje.

Ya era demasiado tarde.

No podía correr; su traje no servía para ello. Miró a su alrededor con desesperación, y luego, como no había nada que le pudiera ayudar, siguió caminando.

Caminar. Quitarse el hielo del rostro y caminar.

Caminar hasta que alguien te mande que te detengas.

Media hora después, una hora desde que había dejado la nave, comenzó a ver nieve en polvo. Era ligera y blanda, muy distinta de las bolas de hielo que caían. Eran los residuos de lo que había excavado Kzanol. Lo podía utilizar como guía.

La nieve en polvo era cada vez más profunda, hasta que de pronto se alzaba como una montaña de nieve. Cuando intentó subir, se escurría nerviosamente en la nieve. Pero ¡tenía que conseguirlo! Cuando Kzanol abriera el traje todo habría terminado. Continuó subiendo.

Estaba a mitad de camino y al límite de sus fuerzas, cuando la cima comenzó a moverse: la nieve salía a chorros y se deslizaba como de una fuente.

Larry se dejó caer hacia abajo por miedo a ser enterrado vivo.

La nieve continuaba saliendo. Kzanol se estaba abriendo su salida…; pero ¿por qué no llevaba puesto el casco?

La fuente cada vez era mayor. Partículas heladas por la atmósfera fría y quemada de Plutón salían a gran velocidad de la fuente y salpicaban el traje de Larry. Siguió moviéndose, para mantener las articulaciones libres. Ahora llevaba una funda de hielo translúcido, rota y agrietada en las articulaciones.

Y de pronto, se imaginó la respuesta. Sus labios se estiraron en una sonrisa de felicidad, y su sentido del humor de delfín surgió lleno de contento a la superficie.

Kzanol salía del túnel, tirando del traje de repuesto. Estaba muy cansado. Había tenido que utilizar el desintegrador para limpiar el camino de nieve en el túnel y mantenerlo a una altura de treinta grados, tirando además de un bulto tan pesado como

él mismo y llevando puesto un traje espacial que pesaba casi otro tanto. Si hubiera sido un ser humano, se habría largado a llorar.

Cuando salió del todo, la vista de la ladera fue demasiado. ¿Enterrar sus pies en aquello? Pero suspiró, y mandó el otro traje rodando abajo por la ladera de la montaña. Vio cómo llegaba al final y se detenía medio enterrado, y le siguió.

El hielo caía ahora con más rapidez que antes: cientos de miles de toneladas de agua nueva congelada, cayendo como si el planeta quisiera recuperar su estado de equilibrio a cuarenta grados bajo cero. Kzanol tropezó, enceguecido, colocando un gran pie enfrente del otro y preparándose para el choque, manteniendo la mente cerrada, pues sabía que Greenberg estaba por allí en alguna parte. Su mente estaba insensible por la fatiga y el frío.

Se hallaba a mitad de camino en el descenso, cuando la nieve se levantó y se detuvo ante él como un thrinto gigante. Jadeó y se detuvo. La figura lanzó un guante contra su rostro, y el hielo espeso se rompió y cayó, apareciendo un rostro dentro de un casco.

¡Greenberg! Kzanol levantó el desintegrador.

Casi como por casualidad, con una sonrisa propia del más puro delfín, Larry adelantó un dedo índice y lo plantó en el pecho de Kzanol.

Durante treinta y cuatro horas la nave de Lew había dado vueltas en torno a Plutón. Garner y Masney habían hecho turnos para dormir, de modo que podían vigilar la pantalla por si aparecía la línea que indicaba el despegar de una nave. Se había hablado poco entre las naves terrestres. Cualquier charla era un esfuerzo para todos, pues cada uno de los cinco hombres sabía que la batalla estaba muy próxima y ninguno quería hacer alusión a la posibilidad.

En la pantalla aparecía la nave de Lew, en órbita, sin conducción. Ahora Luke, vigilando aunque no le tocaba, vigilando aunque sabía que debería dormir, vigilando a través de sus párpados que le pesaban como papel de lija, ahora por fin Luke dijo las palabras mágicas:

—No nos están engañando.

—¿Eh? ¿Por qué esta súbita conclusión?

—No conduce a nada, Lloyd. Mentira o no, la escuadrilla habría partido tan pronto como hubiera encontrado el amplificador. Cuanto más esperen allí, más nos equiparamos a su velocidad y con más precisión van nuestras flechas. Han estado abajo demasiado tiempo. El ET los retiene.

—Lo he venido pensando. Pero ¿por qué no ha despegado?

—¿En qué lo haría? En Plutón aterrizaron tres naves de un solo tripulante. No puede volar con ellas. Nos está esperando.

La conferencia fue un alivio para todos. También produjo resultados. Uno de ellos fue que Woody Atwood se tuvo que pasar treinta horas en la escotilla del *Iwo Jima*.

Unos respetables seis millones de kilómetros habían sido suficientes para la escuadrilla del Cinturón. Se tuvo que hacer por Garner, pues su nave y otra se habían detenido en el espacio. La tercera había seguido un camino divergente y se encontraba ahora a varios cientos de kilómetros por encima de la superficie aún cubierta.

—Es raro —dijo Smoky—. Cada vez que decides que se puede prescindir de una de las naves, resulta que es una del Cinturón.

—¿Qué nave habrías utilizado tú, Old Smoky?

—No trates de confundirme con la lógica.

—Escucha —dijo Masney.

Levemente, pero en forma clara, la radio emitía un chillido que subía y bajaba, semejante a una sirena.

—Es la señal de peligro del *Lazy Eight* —dijo Anderson.

El Número Seis era ahora un robot. Los controles de conducción de la *Heinlein* manejaban la conducción de la nave en remoto y Anderson apretó los botones de reacción y la válvula reguladora del combustible a la vez que veía la pantalla del *Heinlein*, que ahora miraba a través del telescopio del Número Seis. Tuvieron que utilizar la nave monoplaza, pues la nave biplaza era justo lo que necesitaba desesperadamente el ET.

—Bueno, ¿la hacemos descender?

—Primero veamos si Lew está bien —sugirió Woody.

Anderson condujo la nave monoplaza a la órbita en que la nave capitana giraba alrededor de Plutón, detuvo la conducción y utilizó los motores a propulsión para acercarse más. Por fin, todos pudieron contemplar directamente la sala de control de Lew, que estaba helada y desecha en pequeños fragmentos. Había manchas de calor sobre el borde de metal. Lew estaba allí: una figura dentro de un traje espacial de metal blindado, pero no se movía. Estaba muerto o paralizado.

—No podemos hacer nada por él ahora —dijo Smoky.

—Está bien —comentó Luke—. No hay por qué posponer el tan temido momento. Hazla descender.

La señal de peligro provenía de un campo de nieve sin romper.

Anderson nunca había sudado tanto en su vida. Murmurando sin cesar, mantuvo la nave monoplaza sin moverse a un kilómetro de altura sobre la señal de peligro mientras la nieve hervía y le dejaba camino. Se vio cierta bruma en la pantalla del *Heinlein*; luego niebla. Conectó un foco infrarrojo y ayudaba, pero no mucho. Smoky retrocedió ante algunas cosas que el joven Anderson estaba diciendo. De repente Anderson se quedó callado y los cinco se adelantaron para ver mejor.

El *Golden Circle* salía del hielo.

Anderson aterrizó la nave monoplaza con el mayor cuidado posible. En el momento de entrar en contacto con el hielo, toda la nave chirrió como una campana de latón. La imagen en la pantalla vibró.

En el subsiguiente silencio que se produjo, una forma bípeda salió con dificultad por la escotilla superior del *Golden Circle*. Descendió y se acercó hacia ellos a través de la nieve.

La nave lunar ya no era una nave espacial, pero servía de lugar de reunión y de hospital. Especialmente de hospital, pues de los diez hombres situados alrededor de la mesa solamente dos tenían buena salud.

Larry Greenberg, llevando un traje espacial de thrinto sobre cada hombro, había vuelto a la nave y se había encontrado el *Golden Circle* enterrado en el hielo. La capa helada sobre el extremo de la nave tenía siete metros de espesor. Se las había arreglado para abrirse camino con un soldador que llevaba entre las herramientas del traje, pero los dedos de sus manos y pies estaban congelados cuando consiguió llegar a la escotilla. Durante casi tres días había esperado algún tratamiento. No le agradó descubrir vacío al Número Seis, pero había conseguido lanzar su mensaje mostrándose a los que vigilaban su pantalla. Todos a salvo, descended.

Smoky Petropoulos y Woody Atwood, haciendo todo el trabajo —pues eran los únicos que estaban bien—, habían trasladado a los del Cinturón al *Golden Circle* en las naves de dos personas. Los cuatro, paralizados, no podían utilizar nada excepto los ojos

al principio, y ahora ya la voz. Las manos de Lew, las muñecas, los pies, el cuello, todo parecía como quemado allí donde se podía ver la piel a través de las ampollas. El sistema de enfriamiento de su traje no había podido detener el calor durante aquellos segundos de inmersión en los gases en llamas. Si el gas hubiera sido un poco más denso, alguna conexión plástica de su cámara de aire o de su sistema de enfriamiento se habría derretido —como contaría incansablemente una y otra vez en años futuros a quienes le estuvieran escuchando—. Más tarde los otros recordarían que llevaban puestos los trajes porque se les rompieron los limpiaparabrisas, y que si Smoky y Woody no les hubieran encontrado se habrían muerto de hambre en las naves. Por ahora estaban a salvo.

Garner y Anderson casi habían superado su parálisis, que sólo se evidenciaba aún en su falta de coordinación.

—Todos lo conseguimos —dijo Luke, recorriendo con la mirada a la gente—. Temí que la Ultima Guerra comenzara en Plutón.

—Yo también —dijo Lew; pronunciaba con cierta dificultad—. Temíamos que al no poder responder a vuestras llamadas, hubierais pensado que era alguna estúpida indirecta —parpadeó y apretó los labios, apartando de sí el recuerdo—. ¿Qué haremos con el traje que sobra?

Ahora había atraído la atención de todos. Era una reunión, y el traje era la cuestión principal del negocio.

—No podemos dejarlo en manos de la Tierra —dijo Smoky—. Podrían abrirlo. No tenemos su aparato de detención del tiempo —y sin mirar a Luke, añadió—. Algunos inventos deberían ser suprimidos.

—Podríamos quedárnoslo e investigar un poco —dijo Garner—. Así…

—Tirémoslo en Júpiter —aconsejó Masney—. Atémoslo al casco de la *Heinlein*, y Woody y yo conduciremos la nave. Si volvemos con vida, es que se le dejó según el plan. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Lew.

Garner asintió. Los demás meditaron un momento y la idea les pareció buena, a pesar de la pérdida de conocimientos que se enterrarían con el traje. Larry Greenberg, que tenía algunas objeciones que hacer, se las guardó.

—¿Todos de acuerdo? —Lew recorrió su mirada por el salón—. Está bien; ahora, ¿cuál es el del amplificador?

Se produjeron unos segundos de silencio, llenos de consternación.

—El más arrugado, con las dos manos vacías —indicó Greenberg.

Una vez indicado, la diferencia era obvia. El otro traje tenía arrugas, abolladuras, bultos, los miembros estaban torcidos y no tenía más personalidad que un saco; pero ese traje era el de Kzanol.

Yacía en un rincón del salón, con las rodillas dobladas y el desintegrador a medio alzar. Incluso en la forma curiosa de sus brazos y piernas, y en el espejo sin expresión que era su cara, se podía leer sorpresa y consternación, que habían sido las últimas emociones del thrinto. Debía haber también furia, furia por la frustración desde que Kzanol vio por primera vez la mancha fundida, descolorida, que era la conexión de rescate sobre su segundo traje.

Garner agitó su champán, proveniente de las reservas de alimentos de la nave lunar.

—Entonces, queda así arreglado. La Estatua del Mar vuelve a la Exhibición de Cultura Comparativa de las Naciones Unidas, y el traje va a Júpiter. Creo que el Sol podría ser más seguro, pero ¡qué diablos! Greenberg, ¿adonde irás tú?

—A casa y luego a Jinx, creo —Larry Greenberg mostraba lo que Lucas Garner consideró como una sonrisa agridulce, aunque no hizo conjeturas sobre lo que

significaba—. Ahora no nos lo podrán negar: soy el único hombre en el universo que puede leer la escritura bandersnatchi.

Masney movió la cabeza y comenzó a reírse. Tenía un tipo de risa sorda, desvalida, tan contagiosa como las paperas.

—Mejor no leas sus mentes, Greenberg. Terminarás convertido en un zoológico espacial si no tienes cuidado.

Otros se unieron a las risas y Larry sonrió con ellos, aunque solamente él sabía lo veraces que eran las palabras de Masney.

¿Pensaba Garner así? El viejo le miraba de forma extraña. Si Garner hubiera supuesto…

Disparates. Solamente Larry lo sabía. Si se hubiera abierto el traje, se podría haber iniciado una guerra. Con la fusión de hidrógeno bajo control, tan común hoy en día como lo habían sido hacía siglos los generadores eléctricos, cualquier guerra podría haber sido la última.

Hacía dos mil millones de años, Kzanol había cogido un esclavo racarliw como animal doméstico y souvenir. El traje tenía que ir a Júpiter, y el condenado esclavo racarliw con él, enterrado en muerte. Un estasis silencioso por toda la eternidad.

¿Habría sacrificado Larry Greenberg a un ser sensitivo inocente, aún por semejante motivo? Para Larry, humano-delfín-thrinto, no era difícil.

*Sólo un esclavo*, murmuró Kzanol. *Pequeño, estúpido, feo, que vale la mitad como mucho*.

*No se puede defender*, pensó Charley. *No tiene derechos*.

Larry se apuntó mentalmente que nunca se lo diría a Judy —ni por accidente—, y luego pasó a pensar cosas más agradables.

«¿Qué estará pensando?», se preguntaba Garner. «Ya lo ha dejado. Debería dejar de mirarle…, pero daría mi vida por leer las mentes durante una hora, si pudiera elegir la hora».

**FIN**